

CRISTIANDAD

Año XVII - Núm. 347

BARCELONA

Enero 1960

Depto. legal. B. 15.860-1959

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

DISTENSIÓN Y RACISMO

SOBERANÍA EN EVOLUCIÓN

MENSAJE PONTIFICIO NAVIDEÑO

**DISCURSO
DEL CARDENAL OTTAVIANI**

**PROPAGANDA ANTIRRELIGIOSA
EN CHECOESLOVAQUIA**

**NOTAS DE UN VIAJE
POR EL «TELÓN DE ACERO»
Isabel de Montoliu**

**DE LA «MAXIMUM ILLUD»
A LA «PRINCEPS PASTORUM»
Jaime Bofill**

**CUBA:
EL MOVIMIENTO DEL «26 DE JULIO»
Sergio Brotero**

**NICEA Y CONSTANTINOPLA
M.^a Asunción López
Javier Sanmartí
Francisco Canals**

**ENCUESTA
SOBRE EL ARTE SACRO MODERNO
Agustín Esclasans
Miguel Llosas**

**ATLAS LINGÜÍSTICO DE ANDORRA
Francisco Salvá-Miquel**

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 212775

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222446

Suscripción anual: 150 ptas.

Precio de este núm.: 12 ptas.

DISTENSIÓN Y RACISMO

Dos fenómenos acaparan hoy la atención mundial: los esfuerzos occidentales para vivir en paz con Rusia y el inesperado rebrote antisemita exteriorizado con más aparato que peligro por anónimo alquitrán sobre las paredes.

Sin intento de penetrar en la respectiva motivación, probablemente muy distinta de lo que los simples hechos podrían inducir a suponer, su coincidencia en un mismo momento político, si no decisivo, sí al menos importante para la historia de un futuro casi actual, se presta a un sinfín de consideraciones.

Por de pronto no deja de ser paradójica la distinta reacción del mundo occidental frente a ambos: de una parte, mientras es generalmente acogida con indisoluble satisfacción la perspectiva de una especie de «statu quo» con la Rusia soviética, que relativamente asegure a los países occidentales un mínimo de tranquilidad para disfrutar las ventajas materiales de un nunca soñado progreso técnico y de unos envidiables niveles de vida; por el contrario, la por ahora más ruidosa que efectiva campaña antisemita, ha sido unánimemente reprobada por las Cancillerías y la opinión pública mundial.

Sin embargo, ésta en principio sana reacción «anti-antisemita» no deja de prestarse a serias reflexiones: una, que no acierta a distinguir entre los judíos como personas humanas y el Judaísmo como «criptarquía». Y otra, el hecho de que, quienes con mayor énfasis ante unas mal pintadas «swásticas» han vociferado una inquietud y preocupación harto sospechosas dada la poquedad y anónimo de aquéllas, sean no infrecuentemente los mismos que claman por la segregación racial en la cuestión negra o los conformistas ante la sangrienta represión de Hungría y la esclavización, verdadero genocidio físico y moral, de media Humanidad.

Lo incongruente de esta distinta reacción del Occidente «cristiano» hace que a la Iglesia no le sea preciso reafirmar ahora, con otra expresa condenación del racismo, su perenne aspiración de unir a todos los hombres, sin distinción, en un mismo rebaño y bajo un mismo Pastor; y si lo haya sido, en cambio, levantar otra vez la antorcha de su magisterio ante quienes se empeñan en cerrar los ojos a la amenaza de un comunismo que, no obstante todos sus circunstanciales virajes y manos tendidas, es, por su misma, esencia intrínsecamente perverso; el mensaje navideño de S. S. Juan XXIII y el reciente discurso del Emmo. Cardenal Secretario del Santo Oficio, vienen a recordar una vez más que la paz verdadera no es la que brinda al egoísmo de unos, a trueque de la esclavitud indefinida de otros, la falsa felicidad de una intrascendente vida, comodona y burguesa.

Esta sería la paz del mundo; no la Paz que Cristo dió y legó a su Iglesia, y que a El cada día pedimos tras el «Agnus Dei» de la Santa Misa.

SOBERANIA EN EVOLUCION

Próxima a finalizar la sexta década del siglo XX, presenciarnos como culmina hacia su rápido fin un proceso político que se inició lentamente hace ya cuatrocientos cincuenta años.

Tres o cuatro grandes estados establecieron entonces en Europa el llamado principio de las nacionalidades, denominación ciertamente algo equívoca. Este sistema político ideado sólo para gobernar Europa sin sujetarse al Papa o al Emperador, pareció luego que llevaba al europeo a gobernar el mundo. A pesar del contratiempo que había podido suponer la independencia de América, en el momento de la muerte de la Reina Victoria el opio y los rifles habían completado en pocos años la labor empezada cuatro siglos antes por las tablas astronómicas y las velas gobernables.

Sin embargo, Alemania e Italia, que consiguieron sus respectivas unidades políticas, la aparición de los países escandinavos en el concierto de las naciones, la constelación de independencias en América junto con la nunca dudada soberanía del Japón, elevaron a más de tres docenas el número de estados libres que se veían en el mapa.

En estas semanas contemplamos como surgen por doquier nuevos Estados: las repúblicas que brotan entre las selvas africanas son ya tan independientes como las islas perdidas entre los hielos árticos. Los grandes Estados que antes monopolizaban el poder político, a fuerza de enorgullecerse de él, han provocado a todas las razas a desearlo. Y cada día nos enteramos (si es que llegamos a fijar la atención en ello) de que existe un nuevo estado que con seguridad será causa de inocente fruición para los filatélicos y de espinosos problemas para los jefes de protocolo.

Sin embargo, este nuevo Estado, cuya bandera no discutirá nadie, y cuyo jefe será recibido en todas partes con las salvas de rigor, nace firmando un tratado de comercio con el Decano de su flamante cuerpo diplomático. Con frecuencia la lengua oficial del nuevo estado es el francés o el inglés, única manera que tienen los indígenas de entenderse superando los muchos dialectos que los separan y su primer problema será acaso ahogar los separatismos con la ayuda de ejércitos extranjeros. Pronto la O.N.U. recibirá a un nuevo miembro, con lo que las votaciones se desnivelarán todavía un poco más a favor del grupo afroasiático. Y en virtud de esta misma soberanía que la exalta hasta el séptimo cielo de la asamblea de la O.N.U., el nuevo estado participará en una sabia red de convenios y conferencias internacionales, donde aprenderá el peso que pueden tener por eje sus camiones y las

épocas del año en que debe permitirse la caza de la jirafa macho.

★

Por otra parte, muchos estados europeos parece como si ahora sintieran un para nosotros extraño deseo de renunciar a gran parte de su soberanía. El motivo confesado de esta tendencia, que aparece un poco en todas partes, es simplemente el deseo de una mayor agilidad comercial que permita superar las dificultades que la división del Mundo en dos grandes bloques plantea en toda clase de actividades a los países civilizados relativamente pequeños.

Es forzoso notar un detalle: en todo momento las clases que hemos convenido en llamar dirigentes han sido respecto a esta tendencia todo lo pesimistas que la situación les permita. Empresarios, políticos, militares y líderes obreros han pronosticado desastres dentro y fuera de su esfera de competencia para su país y para los demás si la prudencia no ponía límites a estos deseos de unidad; estos desastres, a su vez, serían el fin y la tumba de la nueva tendencia.

Las masas, en cambio, han persistido en ella con verdadero empeño; las anima sin duda el deseo de abandonar nacionalismos que han costado demasiada sangre en lo que va de siglo, sobre todo cuando la primera guerra europea. La ilusión de pasar sin más las fronteras que su padre murió por defender con demasiada facilidad la impresión de que se ha entrado en una nueva edad de la historia. La libre circulación de hombres, mercaderías y capitales se considera prenda segura de que será imposible hacer marcha atrás.

En el llamado grupo de las seis, que es curioso hacerlo notar, casi coincide en sus límites con los del Imperio Sacro Romano Germánico, pesa más la tendencia a la unidad de las masas que la prudencia de los que parece que mandan. Y así vemos que la pequeña Europa va quemando rápidamente etapas hacia una unidad política que supera en velocidad lo estipulado por los firmantes del tratado de Roma a pesar de las previstas crisis laborales y económicas que «en pequeño» se han producido.

En los otros países, que justo es reconocerlo, no sintieron tanto en su propia carne los horrores pasados, se puede estimar que predomina por lo menos de momento la tendencia nacionalista. En éstos, el deseo natural de rivalizar con el grupo de los seis los ha llevado a la firma en Estocolmo de la Agrupación de Libre Comercio, que como no tiene una finalidad política, es difícil que se sepa lo que significa. La distribución periférica de los firmantes, quita cohesión a su posible contenido.

OCTAVARIO PRO UNION DE LAS IGLESIAS

Carta de Su Santidad Juan XXIII

A principios de este siglo, en el campo protestante, empezaron a notarse los primeros síntomas de los movimientos ecumenistas, que cristalizarían posteriormente en el Congreso Misional de Edimburgo y en los movimientos Faith and Order y Life and Work. Un pastor norteamericano perteneciente a la Iglesia Episcopaliana, correspondiente en EE. UU. a la Church established de Inglaterra, propuso la celebración universal del Octavario de la Unidad, entre las fiestas de la Cátedra de San Pedro en Roma y la Conversión de San Pablo. Por vez primera se celebró el Octavario en 1908 y su primer fruto sensible fue la conversión de su promotor, el pastor Wattson, y de la sociedad por él fundada, los Franciscan Friars of the Atonement, a la Iglesia Católica Romana.

San Pio X aprobó oficialmente el Octavario en su Breve Quoties animum. Y la sociedad fundada por Wattson, aprobada por Pio XII, comenzó a laborar por la extensión de las plegarias unionistas. La nueva congregación religiosa consta de dos ramas, de las que sólo la masculina cuenta trescientos miembros. Su fin principal es la unión de todos los disidentes a la Iglesia Católica y la propagación del Octavario de la Unión.

Con motivo de la celebración del Octavario en el presente año S. S. Juan XXIII ha dirigido la siguiente carta autógrafa a su Superior General. R. P. Angel Dalahunt.

El alma del Vicario de Cristo sobre la tierra no puede menos de sentir la tierna emoción que llenó al Sagrado Corazón de Jesús cuando "vio una muchedumbre numerosa y tuvo compasión de ella porque estaba como rebaño sin pastor" (Mar. 6, 34), ante la multitud de aquellos a quienes no ha llegado aún la buena nueva y especialmente ante aquellos que desgraciadamente se separaron de la comunión con la Santa Sede y de la Cátedra de Pedro, centro de la unidad en la fe y el amor.

Como el Divino Salvador, el sucesor de Pedro puede decir: "Tengo también otras ovejas que no son de este rebaño. Es preciso que también a éstas las conduzca y que escuchen mi voz" (Juan, 10, 16). En efecto, nuestro ilustre predecesor y Nos mismo hemos dirigido frecuentemente amorosos llamamientos a nuestros hermanos separados, invitándoles afectuosamente a volver a la casa de su Padre para que pueda cumplirse la oración del Redentor: "Que haya un solo rebaño y un solo pastor" (Juan, 10, 16).

Efectivamente, la oración es el primer y principal medio que ha de ponerse en juego para obtener esa tan deseada unidad, como tan claramente lo había visto vuestro fundador, el Rvdo. P. Pablo Wattson. De ahí que tomara la iniciativa del octavario de oraciones por la unidad, durante el cual se elevarían al Dios Todopoderoso fervientes súplicas por el retorno de todos a la única fe verdadera.

Nos complace hacer nuestras las palabras de nuestro predecesor inmediato, de feliz memoria, Pio XII, que expresaba el deseo de que esta práctica "sea extendida por todas las partes del mundo tan ampliamente como sea posible", especialmente con miras al próximo Concilio Ecuménico, durante el cual —Nos lo esperamos— nuestros hermanos separados recibirán en abundancia luz y fuerza del Divino consolador. Como hemos escrito en nuestra encíclica "Ad Petri Cathedram", el Concilio "será seguramente un admirable espectáculo de verdad, de unidad y de caridad, cuya contemplación será —confiamos en ello—, para cuantos están separados de esta Sede Apostólica, una dulce invitación a buscar y a encontrar esta unidad por la cual Jesucristo dirigió a su Padre celestial una tan ardiente plegaria".

Alentándoos a vos y a vuestra comunidad a esforzaros cada vez más por propagar la semana de oración por la unidad, invitamos de forma apremiante a los fieles de toda raza y país a unirse a este período de oraciones; y, en prenda de abundantes gracias y favores divinos sobre todos los que en él participarán, así como sobre quienes pedirán por la unidad, os otorgamos de todo corazón, a vos, queridísimo hijo, a los miembros de vuestra congregación, a los miembros de vuestra liga de oración y a todos cuantos participen en el octavario de la unidad, nuestra paternal y afectuosa bendición apostólica.

Como otra reacción en este sentido puede interpretarse la reciente modificación de la O.E.C.E., que ahora incluirá a los Estados Unidos y al Canadá.

★

Vemos como la división del Mundo en dos bloques militares es causa anecdótica en los países atrasados de la aparición de nuevas soberanías y de que en Europa se amalgamen los Estados. En una y otra parte cada vez más funciones serán ejercidas por técnicos extranjeros de nacientes tecnocracias supranacionales.

Hemos de esperar que gracias a la aparición de estos nuevos estados sea más fácilmente evangelizada la palabra de Dios, hasta ahora en labios de

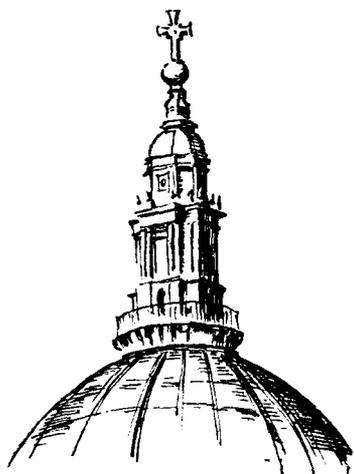
misioneros que al indígena le parecieron demasiado próximos al poder político.

Una Unidad política europea podría ser con la bendición de Dios instrumento eficaz de una recristianización del Mundo si es que en ella llegan a germinar los valores espirituales de que son portadores algunos de sus más destacados adalides.

★

En los tratados de Apologética, y la Sagrada Escritura nos ofrece bases seguras para ello, es frecuente comparar la perennidad de la Iglesia con lo fugaz de los reinos de este Mundo. En nuestros días podemos contemplar además cómo es de fugaz en el Mundo la misma noción de Reino.

FRAXINUS EXCELSIOR



**LA PAZ VERDADERA
NO PUEDE VENIR SINO DE DIOS.
NO TIENE SINO UN SOLO NOMBRE:
PAX CHRISTI**

Hémos ya en Navidad. La segunda Navidad de Nuestro Pontificado. Mirándola desde lejos, espiritualmente unidos con María y José en el camino hacia Belén, desde hace muchos días gustamos por anticipado la dulzura del cantar angélico, que nos espera, anuncio de paz celestial ofrecida a todos los hombres de buena voluntad. Y así, día tras día, pensamos que la vía de Belén indica verdaderamente la ruta para un buen camino hacia aquella paz, que está en los labios, anhelos y corazones de todos.

El llamamiento de la Liturgia en los acentos del Papa León Magno, nos advertía ya, con festiva invitación: "Regocijáos en el Señor, carísimos, alegráos con júbilo espiritual, porque se renueva el día de la Redención, el día de la vieja esperanza al anuncio de la eterna felicidad". (*Serm. XX in Nativitate Domini*, PL 54, 193). Junto, y casi haciendo coro con esa voz solemne y conmovedora, que nos llega desde el siglo v, oímos como elevarse juntas todas las voces suplicantes de los Sumos Pontífices, que gobernaron la Iglesia antes y después de las dos guerras, que han desgarrado a la humanidad en este siglo nuestro; las voces más cercanas a nosotros de los diecinueve Mensajes de Navidad de Nuestro Padre Santo Pío XII, de siempre tan amada y feliz memoria.

Continúa invitación, pues, a apresurar nuestros pasos por los caminos de Belén que son, para nosotros, la senda de la paz.

En el mundo de hoy, ¡cuántas vías de paz se proponen e imponen! ¡Cuántas se sugieren también a Nos, que, como María y José, gozamos de la seguridad de conocer nuestro camino y no tememos que Nos podamos equivocarnos!

Desde el fin de la segunda guerra, en efecto, hasta nuestros días, ¡qué variedad de expresiones y cuántos abusos de esta santa palabra! *Pax, pax: paz, paz* (*Ier. 6, 13*).

Rendimos nuestro homenaje de respeto a la buena voluntad de tantos buscadores y anunciadores de paz en el mundo: estadistas, expertos diplomáticos, buenos escritores.

Pero los esfuerzos humanos en materia de pacificación universal están muy lejos todavía de los puntos de acuerdo entre el cielo y la tierra.

Es que la paz verdadera, no puede venir sino de Dios; no tiene sino un solo nombre: *pax Christi*; tiene su solo rostro: el que Cristo le imprimió, quien — como para prevenir las humanas falsificaciones — subrayó: "Yo os dejo la paz; os doy mi paz" (*Ioan. 14, 27*).

«La Iglesia quiere ver a todos, en primera fila los católicos, empeñados en un esfuerzo de asimilación de su mensaje de paz».

**TRES ASPECTOS
DE LA VERDADERA PAZ.
PAZ DEL CORAZON**

La paz, ante todo, es un hecho interior, espiritual y tiene como condición fundamental, la dependencia amorosa y filial de la voluntad de Dios: "¡Señor, nos hiciste para Ti y nuestro corazón no está en paz hasta que descanse en Ti!" (*S. Aug. Confess. I, 11, 1, PL 32, 61*).

Todo lo que debilita, rompe o destroza esta conformidad y unión de voluntades, se opone a la paz: antes que nada y sobre todo la culpa, el pecado. "¿Quién le resiste (a Dios) y ha tenido paz?" (*Iob. 9, 4*). La paz es la herencia feliz de quienes observan la ley divina: "*Pax multa diligentibus legem tuam*" (*Ps. 118, 165*).

A su vez, la buena voluntad no es otra cosa que el sincero propósito de respetar la ley eterna de Dios, de acatar sus mandamientos, de secundar sus designios: de permanecer, en una palabra, en la verdad. Esta es la gloria que Dios espera del hombre: "*Pax hominibus bonae voluntatis*".

PAZ SOCIAL

Esta se basa sólidamente en el mutuo y recíproco respeto a la dignidad personal del hombre. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, y su redención no se extiende sólo a la colectividad, sino también a cada uno en particular: *Ipsse dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*: Me amó y se entregó a sí mismo por mí (*Gal. 2, 20*), dice San Pablo a los Gálatas. Y si Dios ha amado al hombre hasta tal punto, es que el hombre le pertenece y que debe ser respetada absolutamente la persona humana. Esta es la enseñanza de la Iglesia, que en la solución de los problemas sociales, ha tenido siempre fijos los ojos en la persona humana, enseñando que las cosas y las instituciones — los bienes materiales, la economía, el Estado — son ante todo para el hombre y no el hombre para ellas.

Los disturbios que sacuden la paz interna de las naciones tienen, en primer lugar, su origen precisamente en esto: que al hombre se le ha tratado, casi exclusivamente como instrumento, como mercancía, como miserable rueda de engranaje de una gran máquina, simple unidad productiva. Sólo cuando se tome la dignidad personal del hombre como criterio de valoración del hombre mismo y de su actividad, se dispondrá del medio de aplacar las discordias sociales y las divergencias, con frecuencia profundas, entre patronos, por ejemplo, y obreros;

y sobre todo, de asegurar a la familia aquellas condiciones de vida, de trabajo y de asistencia aptas para el mejor desarrollo de sus funciones, como célula de la sociedad y primera comunidad constituida por Dios mismo para el desarrollo de la persona humana.

No: la paz no podrá tener sólidos cimientos, si en los corazones no se alimenta aquel sentimiento de fraternidad, que debe existir entre cuantos tienen un origen común y están llamados a los mismos destinos. La conciencia de pertenecer a una única familia extingue en los corazones la avidez, la codicia, la soberbia, el instinto de dominar a los demás, que son la raíz de las disensiones y de las guerras; ella nos estrecha a todos en un vínculo de superior y generosa solidaridad.

LA PAZ INTERNACIONAL

La base de la paz internacional es, ante todo, *la verdad*. Puesto que, también en las relaciones internacionales vale el principio cristiano: *Veritas liberabit vos*: La verdad os hará libres (*Ioan. 8, 32*). Es necesario, por tanto, superar ciertas concepciones erróneas: los mitos de la fuerza, del nacionalismo, u otras cosas que han intoxicado la vida social de los pueblos, e implantar la convivencia pacífica sobre la base de los principios morales, de acuerdo con la enseñanza de la recta razón y de la doctrina cristiana.

Juntamente, e iluminada por la verdad, debe marchar la *justicia*. Ella elimina las razones de discordia y de guerra, soluciona los conflictos, determina las atribuciones, precisa los deberes, responde a los derechos de cada parte.

La justicia, a su vez, debe estar integrada y sostenida por la *caridad* cristiana. Es decir, el amor al prójimo y a la propia nación, no ha de replegarse sobre sí, como un egoísmo cerrado y sospechoso del bien ajeno, sino que debe ensancharse y extenderse para abrazar a todos los pueblos con un impulso espontáneo hacia la solidaridad, y con ellos estrechar relaciones vitales. Se podrá así hablar de *convivencia* y no de simple *coexistencia*, la cual, precisamente por estar privada de ese espíritu de solidaridad, levanta barreras tras las cuales anidan la recíproca sospecha, el temor y el terror.

LA VERDADERA PAZ ES INDIVISIBLE

La paz es un don incomparable de Dios. Pero es también suprema aspiración del hombre. Ella, sin embargo, es *indivisible*. Ninguno de los trazos que forman su rostro inconfundible puede ser ignorado o excluido.

Como los hombres de nuestra época tampoco han actuado plenamente las exigencias de la paz, ha resultado de aquí que los caminos de Dios para la paz no se encuentran con los del hombre. De aquí la anormal situación internacional de esta postguerra, que ha creado como dos bloques, con todos sus inconvenientes. No es un estado de guerra; pero tampoco es la paz, la paz verdadera, aquella hacia la que aspiran ardientemente las naciones.

Siempre por el motivo de que la verdadera paz es indivisible en sus varios aspectos, ella no logrará establecerse en el plano social e internacional, mientras no sea también ella, y antes que nada, una realidad interior. Es decir, se necesita, primero de todo — es menester repetirlo — que haya *hombres de buena voluntad*; precisamente aquellos a quienes los ángeles de Belén anunciaron la paz de Cristo: *Pax haminiibus bonae voluntatis* (*Luc. 2, 14*). Efectivamente, sólo ellos pueden realizar las condiciones contenidas en la definición que Santo Tomás da de la paz: la ordenada concordia de los ciudadanos (*Contra gent. III, c. 146*): es decir, *orden* y *concordia*. Pero, ¿cómo podrá germinar esta doble flor del orden y de la concordia, si las personas que tienen las responsabilidades públicas antes de sopesar las utilidades y los riesgos de sus determinaciones, no se reconocen personalmente sujetas a las eternas leyes morales?

OBSTACULOS INTERPUESTOS POR LA MALICIA HUMANA

Será muchas veces necesario eliminar los obstáculos, que ha interpuesto la malicia humana. Obstáculos, cuya presencia es patente en la propaganda de la inmoralidad, en la injusticia social, en el paro forzado, en la miseria que contrasta con el privilegio de los que pueden darse al derroche, en el tremendo desequilibrio entre el progreso técnico y el progreso moral de los pueblos, en la desenfrenada carrera de armamentos, sin que aún se vislumbre la seria posibilidad de llegar a la solución del problema del desarme.

Los últimos acontecimientos han creado una atmósfera de la llamada distensión, que ha renovado la esperanza en los ánimos de muchos, después de haber vivido tanto tiempo en un estado de paz ficticia, en una situación de lo más inestable, que más de una vez ha amenazado romperse.

Todo esto hace ver cómo ha penetrado en el ánimo de todos el anhelo por la paz.

LA PAZ FUNCION Y OFICIO PROPIO DE LA IGLESIA

Para que este común deseo se cumpla sin demora, la Iglesia dirige sus plegarias a Aquel que rige los destinos de los pueblos y puede inclinar hacia el bien los corazones de los gobernantes. La Iglesia, sin ser hija del mundo, pero viviendo y obrando en el mundo, así como ya desde la aurora del Cristianismo — según escribía San Pablo a Timoteo — “hacía oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres: por los emperadores y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad” (*I Tim. 2, 1-2*); así también ahora acompaña con sus plegarias todo cuanto en las relaciones internacionales favorece la serenidad de las reuniones, el arreglo pacífico de las controversias, el acercamiento de los pueblos y la mutua colaboración.

Además de las oraciones, la Iglesia pone a disposición su solicitud materna, recuerda los incomparables tesoros de su doctrina, insta a sus hijos para que presten su activa colaboración en favor de la paz, repitiendo la célebre advertencia de San Agustín: “Es mayor gloria dar muerte a la guerra con la palabra, que matar a los hombres con el hierro: y es auténtica gloria ganar la paz con la paz” (*S. Agust. Epist. CCXXIX, 2; PL 1019*).

Es función y oficio propio de la Iglesia el trabajar por la paz, y ella tiene conciencia de no haber omitido nada de cuanto le era posible llevar a cabo por asegurársela a los pueblos y a los individuos. La Iglesia mira con simpatía toda seria iniciativa que puede contribuir a liberar la humanidad de nuevos lutos, nuevas matanzas, nuevas incalculables destrucciones.

CAUSAS DEL MALESTAR INTERNACIONAL

Por desgracia, aún no se han eliminado las causas que han perturbado, y perturban, el orden internacional. Por eso es necesario cegar las mismas fuentes del mal. De lo contrario seguirán siempre amenazando los peligros contra la paz.

Las causas del malestar internacional claramente quedaron denunciadas por nuestro predecesor Pío XII, de inmortal memoria, especialmente en los Mensajes de Navidad de 1942 y 1943. Bien está repetirlas. Estas causas son: la violación de los derechos y de la dignidad de la persona humana y la lesión de los de la familia y del trabajo; la subversión del orden jurídico y del sano concepto del Estado, según el espíritu cristiano, el menoscabo de la libertad, de la integridad y de la seguridad de las demás Naciones, sea cual fuere su extensión; la opresión sistemática de las peculiaridades culturales y lingüísticas de las minorías nacionales; los cálculos egoístas de quien tiende a acaparar para sí las fuentes económicas y las materias de uso común, con perjuicio de los demás pueblos: y, en particular, la persecución de la religión y de la Iglesia.

LA PAZ NO ES FLOJEDAD FRENTE AL MAL

Debe notarse todavía que la pacificación que la Iglesia desea no se la puede confundir, en modo alguno, con ese ceder o aflojar en su firmeza frente a ideologías y sistemas de vida que están en oposición manifiesta e irreductible con la doctrina social católica; ni tampoco significa indiferencia ante los gemidos que todavía siguen llegando hasta Nos desde regiones desgraciadas, donde son desconocidos los derechos del hombre y se adopta la mentira por sistema. Ni mucho menos se puede olvidar el doloroso calvario de la Iglesia del Silencio, donde los confesores de la fe, émulo de los primeros mártires cristianos se hallan sometidos a sufrimientos y torturas sin fin por la causa de Cristo. Estas constataciones ponen en guardia contra un optimismo excesivo; pero al mismo tiempo hacen más ferviente nuestra oración por la vuelta verdaderamente universal al respeto de la dignidad humana y cristiana.

LLAMAMIENTO A TODOS LOS HOMBRES

¡Oh! vuelvan, vuelvan todos los hombres de buena voluntad a Cristo, oigan la voz de su enseñanza divina que es la de su Vicario en la tierra, la de los legítimos Pastores, los Obispos. Encontrarán la verdad, que libra del error, de la mentira, de la ficción; acelerarán la consecución de la paz de Belén, la anunciada por los ángeles a los hombres de buena voluntad.

Prometiéndonoslo así, rogando así, henos todos ante el portal del Salvador, recién nacido, como María y José, como los humildes pastores de las colinas que rodeaban a Belén, como los Magos del Oriente.

¡Oh Jesús, qué tierno este presentarse de nuestras almas ante la sencillez del pesebre; qué suave y piadosa emoción de nuestros corazones, qué vivo deseo de cooperar todos juntos a la gran labor de la paz universal, ante Ti, divino autor y príncipe de la paz!

En Belén todos deben hallar su puesto. En primera fila los católicos. La Iglesia, hoy especialmente, quiere verlos empeñados en un esfuerzo de asimilación de su mensaje de paz, que es llamamiento a una orientación integral hacia los dictámenes de la ley divina, que pide la adhesión resuelta de todos, hasta el sacrificio. Con el estudio se debe unir la acción. De ningún modo los católicos pueden reducirse a la simple posición de observadores, sino que deben sentirse como investidos de un mandato de lo alto.

El esfuerzo es, sin duda, largo y fatigoso.

Pero el misterio navideño da a todos la certeza de que nada se pierde de la buena voluntad de los hombres, de cuanto ellos hacen con buena voluntad, quizá sin ser del todo conscientes de ello, por el advenimiento del reino de Dios sobre la tierra y para que la ciudad del hombre se modele sobre el ejemplo de la Ciudad celestial. ¡Oh, la ciudad —“la civitas Dei”— que San Agustín saludaba, radiante de la verdad que salva, de la caridad que vivifica, de la eternidad que asegura! (Cfr. *Epist. CXXXVIII*, 3; PL, 33, 5, 33).

ACOGIDA AL NUEVO PONTIFICADO

Venerables Hermanos y amados hijos esparcidos por todo el mundo:

Las últimas expresiones de este segundo Mensaje navideño nos recuerdan el primero, enviado a todo el mundo precisamente el 23 de diciembre de 1958. Hace un año, el nuevo sucesor de San Pedro, vibrando todavía de emoción, por la alta misión a él confiada de pastor de la Iglesia universal, con la timidez del nombre de Juan, que había tomado para indicar su buena voluntad, anhelante y resuelta hacia un programa de preparación de los caminos del Señor, en seguida pensaba en los valles por llenar, en los montes por aplanar y se adentraba en su camino. Todos los días luego tuvo que reconocer, con grande hu-

mildad de espíritu, que en verdad la mano del Altísimo estaba con él.

El espectáculo de las multitudes religiosas y piadosas, que acudieron de todas partes del mundo, aquí a Roma o a Castigandolfo, para saludarlo, escucharlo, pedirle la bendición, fue continuo y conmovedor y muchas veces sorprendente y maravilloso.

Se nos ofrecieron también dones, que conservamos con sentimiento de viva gratitud. Entre los más gratos y significativos, una antigua pintura veneciana representando una Sacra Conversación: María y José con Jesús y un gracioso San Juanito, que ofrece a Jesús una dulce fruta, acogida por El con leve sonrisa, que difunde sobre todo el conjunto una celestial suavidad. El cuadro está ahora en lugar preferente y se ha hecho familiar a nuestra oración cotidiana, en nuestro más íntimo oratorio.

FELICITACION Y VOTOS PATERNOS

Permitidnos, amados hermanos e hijos, tomar de allí la más feliz inspiración para nuestras felicitaciones de Navidad, que Nos place enviar a toda la Santa Iglesia y al mundo entero, con serena y confiada mirada.

La preocupación de la paz de Belén ocupa el primer lugar en nuestras solicitudes: pero aquella Sacra Conversación se ensancha ante nuestros ojos, hasta acoger en torno a sí a todos los que, con Nos y con vosotros, en el espíritu del ministerio universal, que ha sido confiado a Nuestra humilde persona, amamos especialmente *in visceribus Christi*. Queremos decir, a cuantos sufren las ansiedades y miserias de la vida y para quienes la Navidad es como un dulce rayo de esperanza y consuelo; los enfermos y débiles, objeto de especial y vigilante cuidado y de singularísimo afecto; los que padecen en su espíritu y corazón por la incerteza del porvenir, por la estrechez económica, por las humillaciones que les han sido impuestas por faltas cometidas o tal vez presuntas; los niños, predilectos de Jesús y que por su misma fragilidad y blandura piden más sagrado respeto y reclaman más delicadas atenciones; los ancianos asaltados a menudo por la tentación de instantes de melancolía y de creerse inútiles.

Ante semejante visión, la Iglesia confía sus intenciones — por las que ora y anhela — y solicitudes apostólicas, por todos estos, que son sus predilectos, y no solamente por ellos, sino también por todos los humildes, por los pobres, por los trabajadores, por los patronos y por los que tienen en sus manos el poder público y civil.

Y, ¿cómo dejaríamos de recordar, en esta antevíspera navideña a nuestros venerables obispos, lo mismo de rito Latino que de rito Oriental, de cuyo fervor de santificación personal y entrega a las almas podemos saborear, en nuestras frecuentes entrevistas, toda la fraternal suavidad? ¿Y los ejércitos, generosos y audaces, de los misioneros, de las misioneras, de los catequistas; y el escuadrón compacto y noble del clero secular y regular y de las religiosas pertenecientes a venerables y beneméritas Instituciones; y el laicado católico, encendido todo en fervor por las obras de piedad cristiana, de múltiple asistencia, de caridad y de educación? Ni queremos tampoco olvidar a todos aquellos hermanos separados, por los cuales sube incesantemente al cielo nuestra oración, para que se cumpla la promesa de Cristo: *unus Pastor et unum ovile*.

El oficio del Papa es *parare Domino plebem perfectam* (Luc. 1, 17), exactamente como el oficio del Bautista, su homónimo y patrono. Pues bien, no se podría imaginar perfección más alta y más amable que la perfección de la paz cristiana, que es paz de los corazones, paz en el orden social, en la vida, en la prosperidad, en el mutuo respeto, en la fraternidad de todas las naciones.

Venerables Hermanos, amados hijos: en nombre de esta *pax Christi*; la grande y luminosa paz de Navidad, Nos es dulce, una vez más, desear todo bien y bendecir.

(Traducción de la Oficina de Prensa del Vaticano.)

«NO SE TIENE REPUGNANCIA EN DAR LA MANO A LOS NUEVOS ANTICRISTOS»

Los intentos de coexistencia con el comunismo han sido objeto del discurso —llamado a tener gran resonancia en la opinión pública mundial— que el Cardenal Alfredo Ottaviani, Secretario del Santo Oficio, pronunció el día 7 de enero, a raíz del proyectado viaje del Presidente italiano Gronchi a Moscú. Tuvo lugar en la Capilla Borghesiana de Santa María la Mayor, en Roma, durante una función propiciatoria por la Iglesia del Silencio. Ofrecemos esta importante declaración, que constituye una enérgica toma de posición del Cardenal Secretario del Santo Oficio ante problema tan decisivo de la actualidad mundial.

Comenzó el Cardenal aludiendo a la oración y las lágrimas que los católicos de las naciones dominadas por el comunismo depositan delante de la Virgen en los diversos santuarios de sus respectivos países a Ella dedicados. Habló después del deseo de paz de todos los hombres y a continuación dijo:

“Pero esto se os concederá —dijo— sólo cuando sea encuchada la palabra del Maestro de la verdad y de la justicia que, desde la Cátedra de Pedro, ha augurado, en el reciente Mensaje de Navidad, la verdadera paz: “¡Cuánto se abusa de esta santa palabra: Paz, paz!”. “La verdadera paz —ha dicho Juan XXIII— sólo tiene un nombre: Pax Christi (paz de Cristo); sólo tiene una cara, la que le imprimió Cristo... Es indivisible. Ninguno de los rasgos que constituyen su faz inconfundible puede ser ignorado o excluido”.

“Sus rasgos expresan no sólo el desarme, el reparto de los bienes, el respeto a los tratados estipulados, la solución a los problemas sociales; sino también la salvaguarda de los derechos de cada hombre, de la familia, de la religión. La paz es indivisible, ha dicho el Papa. No se puede pensar solamente en sus aspectos materiales, sino que se deben tener presentes también los aspectos morales y espirituales, entre los que están la tranquilidad de las conciencias, el orden, la seguridad en la posesión de los derechos naturales y sobrenaturales.”

Tras una referencia a la lucha fratricida entre Caín y Abel, que se ha repetido en nuestros días en un plano social, continuó: “Hace ya decenios que, en nombre de presuntas teorías humanitarias y sociales, se ha establecido en el mundo una desvergonzada técnica de gobierno por parte de quienes, después de haberse hecho con el poder —y no me detengo en explicar con qué métodos—, y de tener en la mano las palancas del mundo, deportan, encarcelan, exterminan. Los tiempos de Tamerlán se repiten. En pleno siglo xx ha habido que deplorar genocidios, deportaciones en masa, carnicerías como aquellas de las fosas de Katin, matanzas como las de Budapest.

“¡No basta! ¡Y no se tiene ninguna repugnancia en dar la mano a los nuevos Anticristos! Es más, se corre para ver quién llega antes a estrechársela y a cambiar amables sonrisas.

“Cuando Hitler vino a Roma, el Papa abandonó la ciudad. Y hoy, todos, incluso aquellos que entonces lo criticaron, admiten que hizo bien; que era lo menos que podía hacer, no digo ya un Papa, sino un hombre de honor, un hombre de corazón, ante quien había matado a miles de inocentes y extendía el terror entre los pueblos. Sin embargo, ¡qué fiestas, qué triunfos, qué himnos! Tampoco Hitler era el guardián de sus hermanos: era su asesino, y fundaba ciudades y civilizaciones. Y esta historia se ha repetido después de él, en nombre de otros principios y de otros imperialismos.

“¿De dónde ha nacido tanta ceguera en muchos, en muchísimos? ¿Tan revuelto y perdido está en los hombres el sentido de lo humano? ¿Cómo y por qué? ¿Es éste el triunfo del hombre, es ésta la gloria de la sociedad nueva? ¿Esto se oculta bajo los manifiestos y los discursos que hablan, acariciadores, de la conquista social? ¿Y ya nadie protesta frente a quien, con represión feroz, pretende apagar en el corazón del hombre hasta la idea de Dios y sofocar, frente a la muerte cierta, la esperanza cristiana de la inmortalidad?...”

“Pero la misma frecuencia y la inmensidad del delito han embotado, desgraciadamente, la sensibilidad cristiana, incluso en los cristianos. No ya sólo como hombres, sino ni siquiera como cristianos, reaccionan, estallan en cólera. ¿Cómo se pue-

den sentir cristianos, si no sienten las heridas hechas al cristianismo? Un brazo herido que ya no duele, es un brazo muerto; así, un cristiano que ya no advierte qué es el anticristianismo, no participa ya de la vida del Cuerpo Místico.”

Habló después de la situación de los Cardenales Mindszenty y Stepinac y del Arzobispo de Praga, encarcelados y maltratados, junto con numerosos obispos y sacerdotes e innumerables fieles, y continuó:

“Cabía pensar —continuó— que se iba a asistir a una protesta como la de un océano rugiente; a un ponerse en pie de toda la humanidad; a un clamor de reprobación; igual al clamor de un llanto que no se puede refrenar. Nada de todo esto. Alguna prensa, totalmente absorbida por las vicisitudes de la vida de los futbolistas, de los artistas de cine, por los sucesos criminales, no saben lo que todos saben: que hay hombres encarcelados, otros condenados a trabajos forzados, muchos tan ferozmente atezados que no pueden dejar ni por dos días su patria y su casa. Políticos y hombres que ocupan sitios de responsabilidad saben que en media Europa no hay libertad de ningún tipo, ni en la escuela, ni en los estudios, ni en las profesiones; que en media Europa existe una sola manera de ser hombres, es decir, siendo esclavos, incensando a los que mandan. Lo saben, pero están pasivos frente a la iniciativa de los otros, divididos entre sí; están pasivos, como atontados por el miedo, cuando no, como algunos intelectuales, se pasan incluso al servicio de los perseguidores, con la esperanza de salir del paso en el momento difícil.

“Además no tienen en cuenta, aunque se profesan cristianos, consideraciones de orden superior. El Cuerpo Místico de Cristo, que hace de cada cristiano una célula viva del Cristo en la tierra que es la Iglesia, nunca ha sido tan golpeado y herido. Pues, si a mí me duele un dedo, todo mi cuerpo sufre; si la Iglesia sufre en tantos miembros destrozados, ¿los otros miembros pueden no sufrir? Y si no sufren ¿qué indica esto? Que están muertos, moralmente muertos.

“Se puede ser el hombre más encumbrado de la escala social, y estar muerto. Se puede todo, menos vivir en este estado de insensibilidad. Y la vida se demuestra en el resentirse del dolor, en la vivacidad con la que se reacciona a la herida, en la prontitud y la potencia de la reacción. Si uno no reacciona está totalmente perdido. ¿Puede por lo tanto un cristiano, frente a un exterminador de cristianos, frente a quien no se contenta con negar a Dios, sino que lo insulta y azota, por un desafío cruel a sus siervos y a sus hijos; puede un cristiano sonreír y adular? ¿Puede un cristiano optar por la alianza con los auxiliares, con los aliados de aquellos que propugnan y preparan la llegada de un tal anticristiano régimen de terror en los países todavía libres? ¿Puede uno considerarse satisfecho de una distensión cualquiera, cuando en primer lugar no hay distensión en la humanidad, en la más elemental actitud de respeto a las conciencias y a la fe, en nuestro caso, al Rostro de Cristo, una vez más escupido, coronado de espinas, abofeteado? ¿Se puede dar la mano a quien hace esto? «¡Ojalá hubiera estado allí con mis Francos!», decía Clodoveo, oyendo la narración de la Pasión de Cristo. Mas la Pasión de Cristo continúa. Otro francés dijo, en una página inmortal: «Jesús está en agonía, ¿y tú pactas con los crucificadores?».”

El Cardenal terminó invocando a la Virgen “para que sea concedido a los pueblos lo que esperan con hambre y sed de justicia”.

PROPAGANDA ANTIRRELIGIOSA EN CHECOESLOVAQUIA

El órgano comunista esloveno PRAVDA decía en su número correspondiente al 9 de mayo pasado: "En la conciencia del pueblo checoslovaco han sido removidos sólida y profundamente los prejuicios religiosos, especialmente la tradición católica... El Vaticano, los curas y los enemigos de la clase obrera, tanto en el interior como en el exterior de las fronteras, tratan empeño, mantener por todos los medios estos prejuicios..."

En dicho artículo, por cierto muy extenso, los comunistas reconocen cuán difícil es arrancar la fe del corazón del pueblo eslovaco, a pesar de todos sus esfuerzos que duran ya más de un decenio. Por esta razón el Estado ha intensificado este año la propaganda atea. La radio, los diarios y demás publicaciones han sido totalmente movilizadas para esta tarea diabólica.

En las reuniones del partido y en las escuelas se promueven públicas discusiones sobre la necesidad del ateísmo; se intenta, en definitiva, formar una nueva sociedad y un nuevo orden social, "único verdadero y adaptado a la mentalidad moderna progresista".

Siguiendo estas directrices, se intensifican las conferencias sobre "ciencia y religión", a las que se pretende contraponer. El fin es siempre el mismo: probar, por medio de la ciencia, la inexistencia de Dios. Para ello se emplean los métodos más caros a la propaganda atea.

En este artículo no pretendemos otra cosa que describir en líneas generales la descristianización de la juventud checoslovaca que el Estado intenta valiéndose de todos los medios a su alcance.

El comunismo no se preocupa demasiado de la conversión a su credo de los ancianos o de la gente de edad madura, se contenta confinándolos en un rincón insignificante de la sociedad y tiene la paciencia de esperar su "natural eliminación de la historia" por la muerte. Ello no reza, naturalmente, con los Obispos, sacerdotes o religiosos, de los que los campos de concentración o las cárceles están llenos, por cuanto los comunistas saben perfectamente que un Obispo o un sacerdote, aunque viejos, son los padres de su pueblo y pueden guiar a éste.

Pero aparte de esta salvedad tan lógica, el comunismo concentra su atención, por medio de una constante y copiosa legislación, en los niños, los adolescentes y las jóvenes familias.

Esta "atención" se plasma en el método más diabólico que mente alguna haya podido concebir: demostrar "científicamente" a la juventud que Dios no existe a fin de alejarla sistemáticamente de la ideología cristiana.

Para conseguir su propósito, los comunistas no reparan en medios, sirviéndose del inmenso poder del Estado, que tienen en sus manos. Ejercen fuertes presiones sobre la familia para dividirla, sembrando la desconfianza y la discordia entre sus miembros, hasta tal extremo que en muchos hogares los unos no se hablan con los otros por el temor de ser traicionados por el hijo o el hermano, ya que se controlan mutuamente con el temor siempre de ser deportados por cualquier motivo. En muchos casos se precisa, para resistir, la fuerte y heroica voluntad de un mártir y, así, no es extraño que en este ambiente de terror sean muchos los que, debilitados, se colocan al lado de los enemigos de Dios.

Con el pretexto de los "sacrosantos" trabajo y productividad, se obliga a las madres de familia a trabajar fuera del hogar, en la fábrica o en el taller, al igual que el marido. Así el Estado tiene excusa para hacerse cargo de los hijos con el pretexto de su custodia. En el entretanto, en los jardines de infancia y en la escuela, se dan a estos niños inocentes las primeras lecciones de ateísmo, enseñándoseles a negar y a odiar a Dios.

Cuando los niños son ya algo mayores, todo el aparato esco-

lar sirve para seguir apartándolos de Dios. La familia es totalmente eliminada de la educación y el muchacho queda por completo en las manos del Estado, que prepara a maestros y profesores de manera especial a fin de que sean "perfectos educadores" en el estilo marxista. Según este "estilo" todo maestro debe ser un guía integral que lleve a sus alumnos por el camino del ateísmo absoluto, si el profesor no actúa de esta forma se le conceptúa como "carente del sentido de su trabajo".

Un maestro comunista, en un artículo aparecido en el diario PRAVDOJ con el título "El concepto científico de la vida en las jóvenes inteligencias" toma posiciones contra los educadores que no cumplen aquellas consignas y escribe:

"Defender el concepto religioso de la vida, siquiera sea en la clandestinidad, significa pura y simplemente, un crimen que se comete contra la juventud y su porvenir científico. Por ello el maestro, el educador, debe estar libre de todo prejuicio religioso, ya que sólo siendo libre y ateo convencido puede dar una justa y perfecta educación libre y atea..."

En los centros de formación profesoral se siguen con carácter obligatorio cursos de marxismo ateo a fin de preparar al educador "en su importante misión de difundir las nuevas ideas". Estos profesores reciben órdenes concretas de alejar por todos los medios a sus alumnos de la Iglesia, impidiéndoles que frecuenten las clases de religión, demostrándoles la inexistencia de Dios, convenciéndoles de que la religión es pura superstición, etc., etc.

Los domingos se organizan conferencias para los jóvenes, a quienes se insta que acudan a ellas acompañados de sus padres, sobre temas de ateísmo científico y, en saliendo de ellas, se les obliga materialmente a asistir a sesiones deportivas o cinematográficas al objeto de que no les quede tiempo ni ocasión de frecuentar las iglesias. Por otra parte, los jóvenes tienen miedo de asistir a los oficios divinos, ya que les consta serán perseguidos por ello y que su "currículum" quedará por siempre perjudicado con la anotación de "reaccionario", lo que, en la práctica, equivale a ser excluido de los estudios superiores.

Muchos jóvenes y sus padres acuden empero a iglesias alejadas de su centro de vida a fin de resultar desconocidos y escapar a todo control. Pero esto no dura demasiado tiempo puesto que hay espías en todas partes.

Durante las vacaciones se organizan campamentos que duran un par de meses, en los cuales se fomenta la promiscuidad y la libertad de conducta, mientras sigue el adoctrinamiento ateo. Así resulta más fácil corromper el sentido moral de la juventud y volver su conciencia contra Dios.

Aún cuando gran parte de la clase educadora se resiste a poner en práctica estos métodos e intenta proteger a la juventud de tanta insidia, ve su buena voluntad coaccionada por el temor de ser separada del magisterio y tener que escoger entre morir de hambre o buscar trabajo en las fábricas o en las minas.

¡Cuántos de estos heroicos maestros han pagado ya cara su fidelidad a los ideales cristianos, especialmente este año en el que se ha cursado la consigna de "o dejar la Iglesia o abandonar la enseñanza"! Muchos maestros han preferido dejar de ejercer su profesión antes que traicionar su fe y ser fabricantes de apóstatas. Estos mártires silenciosos pasarán el resto de sus días con hambre y miseria en los campos de trabajo o en chamizos de mineros, ignorados por todos nosotros, pero muy presentes para Dios.

Como quiera que las clases de religión son voluntarias, se ejercen todas las presiones imaginables, cuando la persuasión falla, para que los padres no manden a ellas a sus hijos.

A pesar de ello debe constatarse que el ateísmo no echa raíces en el corazón de la juventud checoslovaca, al menos en la proporción que los comunistas desean y de cuyo hecho se lamentan públicamente, según es de ver del discurso pronunciado por uno de ellos, V. Bilak:

"Son muchas las familias que resisten todavía y que pretenden dar a sus hijos una educación católica; incluso en las zonas más industrializadas del país como Zilín y Bratislava (la capital) se dan los más altos porcentajes de niños que frecuentan las clases de religión, evidentemente por imposición de unos padres reaccionarios."

Deben rendirse los debidos honores a estos padres, que no sucumben por temor, aunque saben perfectamente qué consecuencias tendrá su actitud: la pérdida del trabajo, el traslado a otras regiones, o la continua persecución. Honor también a estos pequeños confesores — así debemos de llamarlos —, porque bajo aquel ambiente y ante tantas presiones desean conocer y amar a Dios, tan maltratado ante sus inocentes ojos. Pagarán cara más tarde su audacia, ya que encontrarán innumerables dificultades en sus estudios y hallarán cerradas para ellos las Universidades y todos los sectores de las profesiones liberales.

No se enseña empero religión ni en las primeras ni en las últimas clases elementales, ya que según los comunistas el niño debe estar libre de todo prejuicio religioso para ser capaz de asimilar los fundamentos de la doctrina marxista, "la religión del puro materialismo". Aquí radica el doloso y enorme peligro del sistema porque, como hemos dicho, el niño antes que sentir a Dios, siente su pretendida inexistencia e inutilidad.

Pero, insistimos, las cosas no van en la forma apetecida por los comunistas, y así se refleja en las conclusiones del Consejo Comunal del Partido de Bratislava (U. V. de K. S. S.) en las reuniones habidas los días 7 y 8 de mayo último para discutir y promover procedimientos prácticos para potenciar la propaganda ateo-marxista:

"La falta de éxito fundamental de la lucha contra la religión en Checoslovaquia, se ha debido principalmente a la escasa preocupación demostrada hasta el momento por los órganos del Partido en preparar elementos capaces en la propaganda atea. Ello se deduce especialmente del hecho de que las clases intelectuales han tomado escasísimo interés en la educación materialista del pueblo, y que todavía existen, no tan sólo maestros, sino también científicos y artistas que a este respecto guardan la más absoluta pasividad, cuando no alimentan todavía prejuicios religiosos..."

"El Consejo Comunal de la K. S. S. de Bratislava ha organizado para este año escolar un curso especial de ateísmo científico en la Universidad Central del Marxismo y Leninismo; este curso, que durará nueve meses y que será seguido por los educadores del Partido y de la Sociedad, tendrá como objeto la propaganda de la cultura política y científica y será, seguramente, de gran utilidad..."

Este documento apareció publicado en el diario "PRAVDA", de Bratislava, en el número correspondiente al 13 de mayo pasado.

Como puede apreciarse por el texto transcrito, el comunismo ha creado la triste figura del "educador del Partido y de la Sociedad", quien tendrá la misión y la obligación de enseñar al pueblo y, en especial a la juventud, "el método científico del ateísmo marxista". En suma, una especie de catequista del marxismo.

En el precitado número de "PRAVDA" y en su tercera página aparece la siguiente noticia:

"Los 135 diversos títulos de libros para la infancia y la juventud impresos durante el año en curso para una completa edición de dos millones de ejemplares, representa una fuerza enorme que no debe ser desperdiciada, antes al contrario, debe aprovecharse en su totalidad para la educación comunista

de la juventud, bajo cuyas directrices debe empezar el nuevo curso escolar..."

Puede leerse todavía en la cuarta página del propio diario lo siguiente:

"Hacia finales de junio próximo queremos preparar para los cuadros de la organización del Partido un extenso y complejo plan de trabajo ideológico, con una duración mínima de 2 a 3 años, en el que se dedicará especial interés a la educación atea de los estudiantes. Queremos iniciar también en el próximo año escolar un ciclo de conferencias y seminarios sobre los aspectos del ateísmo, cuyo ciclo durará todo el curso, a fin de que pueda ser frecuentado y aprovechado por todos los estudiantes. Tenemos intención de preparar asimismo, como complemento de este plan, una exposición permanente de ateísmo..."

"En relación con el ateísmo científico, queremos analizar y discutir algunas cuestiones en torno al concepto científico de la vida (Die Weltanschauung); cual sea el origen del sistema solar; la aparición de la vida sobre la tierra; el origen y evolución del hombre; el carácter científico de la religión; el origen del Cristianismo y de la religión Católica; el Cristianismo durante el feudalismo, etc., etc. En ciclos sucesivos analizaremos los siguientes temas: el papel de la Iglesia en la explotación del obrero durante la época del capitalismo y del imperialismo; el pueblo y la religión; la religión y las iglesias en la Historia mundial contemporánea..."

De conformidad con dicho plan, Radio Bratislava anunció en su emisión del 3 de septiembre último la inauguración, en dicha Ciudad, del "renovado" Museo Nacional con una exposición adjunta sobre "Las Ciencias Naturales y la Sociedad", en la que se muestra la historia de Checoslovaquia desde los tiempos remotos hasta nuestros días, pasando por la época del feudalismo y del capitalismo. Tanto el Museo como dicha exposición han sido preparados "según los últimos resultados y conocimientos del materialismo científico". En ellos, los visitantes tendrán la "posibilidad de constatar directamente la *verdad* acerca de cualquier materia que hayan aprendido en la escuela". Quienes han montado estas manifestaciones, "lo han hecho de manera que se aprecie la *verdad científica* sobre el origen del mundo y del hombre, conforme a la doctrina marxista".

Según se desprende de las anteriores transcripciones, de las que se ha cuidado de proporcionar su fecha exacta de aparición, a fin de que el lector no pueda dudar sobre su autenticidad, la fe en Dios se halla profundamente arraigada en el corazón del pueblo checoslovaco. Es cierto que los comunistas tienen de su parte todo el poder del Estado y que los católicos, humanamente considerado, se hallan totalmente indefensos; pero Dios está a su lado.

En tal sentido, son conmovedoras las expresiones de fe que nos llegan. Un joven huido recientemente nos cuenta este episodio:

En una pequeña iglesia de un pueblecito hay un solo sacerdote, los otros o están muertos, o deportados o en la cárcel. Es un anciano de 78 años enfermo, además, de una grave esclerosis que le impide moverse. Los fieles le conducen a la iglesia en un carrito, lo visten y, luego, sentado, oficia la Misa con las manos temblorosas. Todos los feligreses, llorando de alegría por tener todavía un sacerdote entre ellos, ruegan a Dios le dé larga vida, porque saben que una vez muerto se quedarán sin pastor. Este es uno de tantos casos en los que se demuestra que el pueblo checoslovaco sigue fiel a Dios, a su Iglesia y al Papa.

En gracia a este heroísmo de nuestros hermanos checoslovacos, esperamos que los enemigos de Dios no prevalecerán definitivamente, como prometió Jesús a su Iglesia. Estamos seguros que el Señor preservará el núcleo más fuerte y generoso de aquella nación y protegerá a su juventud de las diabólicas insidias del maligno, manteniendo encendida la llama de la esperanza en un mañana mejor.

C. L.

AÑO MUNDIAL DEL REFUGIADO

NOTAS DE UN VIAJE POR EL «TELON DE ACERO»

Cuarenta millones de hombres, mujeres y niños se han convertido en refugiados desde que terminó la segunda guerra mundial.

A raíz del levantamiento de Hungría, el Alto Comisario de las Naciones Unidas para los Refugiados incorporó doscientos mil fugitivos del citado país al millón y medio de refugiados que tenía a su cargo, dirigiéndolos, por el cauce de la emigración, a sus nuevas patrias transoceánicas.

En «campos» oficiales diseminados por toda la Europa occidental siguen en espera de la solución de su caso treinta y dos mil refugiados, muchos de ellos nacidos en el destierro, y, en «campos» no oficiales, más de cien mil. Asimismo reclaman soluciones de urgencia unos doscientos mil refugiados en Túnez y Marruecos; doscientos cuarenta mil en la franja de Gaza; quinientos setenta mil en Jordania; ciento veinticinco mil en el Líbano; un millón de chinos en Hong Kong...

Estas cifras dan idea del sentido y la trascendencia del Año Mundial del Refugiado que estamos celebrando con el fin de crear un clima de conocimiento del problema de la Diáspora del siglo XX, primer paso para mover a los individuos, a los organismos públicos y a las naciones a contribuir a su solución.

Para los barceloneses se tratará de revivir en escala mundial los días de la fundación de O. C. A. R. E., Obra patrocinada por nuestro querido Prelado para asistir a los refugiados que llegaban a la ciudad condal empujados por el triunfo de los ejércitos comunistas.

La señorita Isabel de Montoliu, fundadora y Secretaria General de la ALIANZA DEL CREDO, obra internacional consagrada a la Iglesia Perseguida, invitada por la Dirección de «EXPULSUS» (Königstein/Ts), cuya edición iberoamericana se publica en Barcelona, ha pasado unos días memorables entre los refugiados de la Diáspora alemana, ha recorrido sus «campos», ha tomado parte en las reuniones de la «OSTPRIESTERHILFE» (Obra de Ayuda a los Sacerdotes Expulsados del Este), ha «vivido», en fin, el milagro de la solución del problema de los refugiados centroeuropeos, milagro que, como observará el lector en las líneas que siguen, ha sido posible gracias a los maternales desvelos de la Iglesia Católica.

LAS CAPILLAS AMBULANTES EN LA DIASPORA ALEMANA

Una de las más puras emociones que el viajero católico puede experimentar en nuestros días al recorrer las tierras alemanas de la Diáspora es la de asistir a una Misa celebrada por los Misioneros sacerdotes de diversos países en los Coches Capilla de la "Ostpriesterhilfe", en las afueras de cualquier aldea habitada por refugiados o expulsados del Este. El "Wolkswagen" de la Obra, conducido por su propio Director, Monseñor Kindermann que quiso proporcionarnos la experiencia de ello, rodaba veloz una de estas noches serenas — se trataba de una misa vespertina — por las perfectas carreteras del Bundestag. Cruzamos Darmstadt, totalmente reconstruida, sembrada de anuncios luminosos que permitían contemplar sus bellos edificios y avenidas, y llegamos después de atravesar algún otro pueblo al que constituía la finalidad de nuestro viaje: Thaisa. Contiguo a las casas, en el exterior del pueblo sobre la verde hierba se levantaba una gran tienda de lona. Como saliendo de ella aparecía la parte delantera y media de un enorme camión. Nos apeamos del coche y mientras rodeábamos el entoldado oíamos dentro del mismo unas voces armoniosas entonan-

do uno de esos cánticos acompasados, firmes y dulces a la vez propios de los hijos de esta tierra. Procurando sortear en la penumbra las cuerdas que afianzaban el toldo hallamos por fin la entrada dentro del mismo. Es difícil expresar nuestra emoción ante la escena que se ofrecía a nuestros ojos: Bajo la luz de lámparas eléctricas colgadas del techo aparecía, recogido y grave, de pie, un grupo numeroso, unas 120 personas, de aspecto sencillo y campesino alineadas ante diversos bancos, ante el altar en que el sacerdote católico empezaba la Santa Misa. Este altar se abría en la puerta posterior del camión, gentilmente adornado con flores y luces encuadrando un Crucifijo. Las puertas abiertas a modo de retablos ostentaban piadosas pinturas. A la izquierda San Francisco de Asís (cada capilla ambulante tiene inscrito en su exterior el nombre de un Santo Patrono y el de ésta era San Francisco). A la derecha, la huida a Egipto. Asimismo aparecía a la izquierda del conjunto, sobre un soporte recubierto por un paño de color, un cuadro de la Virgen con el Niño, adornado también con flores y luces. Los cantos

resonaban en el silencio de la noche. "¡Stille nacht, heilige nacht" era aquella. Llegaron solemnes la elevación y la comunión, en que la casi totalidad de los asistentes recibieron al Señor. Después de la Misa, un fraile holandés capuchino joven, de figura ascética predicó en alemán. Les hablaba de los Sacramentos.

Terminada la Misa nos invitó generosamente a cenar junto con los Misioneros, un matrimonio residente en el pueblo. Se trataba, se nos dijo, de convertidos. Durante la sencilla y típica cena tuvimos ocasión de entablar diálogo con el sacerdote que había celebrado: el P. Martoens, religioso belga:

—¿Cuántas capillas están en circulación en la Diáspora?

—Tenemos treinta y cinco, pero sólo circulan treinta por falta de sacerdotes.

—¿Cuál es su campo de trabajo?

—La República Federal.

—¿Cuál ha sido el motivo de las Capillas?

—Devolver una Iglesia y proporcionar el ejercicio del culto y de los sacramentos a los refugiados del Este. Están en una región casi totalmente protestante

y no tienen iglesia católica. Puesto que no pueden ir a la iglesia, la Iglesia va a ellos.

—Sabemos que la iniciativa fue debida a un Premonstratense belga.

—Sí: El Padre Werenfried van Straaten, hombre de gran corazón y empuje. Vino a Alemania en mil novecientos cuarenta y seis para estudiar la situación creada por los fugitivos y expulsados de la zona soviética, a la que se añadía la miseria de la postguerra. Carecían de techo, de alimento, de abrigo... Vivían diseminados en las antiguas fortalezas, en los bosques... Y puso manos a la obra predicando y recogiendo donativos para ellos.

—¿Cuántos expulsados y fugitivos puede calcularse en este momento que viven en la Alemania Federal?

—Unos doce millones y medio.

—¿Cuáles son los principales problemas con que se encuentran ustedes en sus Misiones?

—El de la juventud, que se educa y crece sin educación religiosa, católica, sin sacerdotes y con amigos no católicos y materialistas. Luego como consecuencia, los matrimonios mixtos así como grandes apostasías. Los francmasones han colocado intencionadamente a los refugiados católicos en regiones protestantes y a los refugiados protestantes en pueblos católicos.

—Esto, no obstante, parece que puede ser una espada de dos filos en favor de la expansión católica...

—Ciertamente. Por de pronto, desde el tiempo de la Reforma, la misa se ha celebrado por primera vez en las regiones enteramente protestantes. Luego, las masas protestantes por primera vez

han entrado en contacto con el sacerdote católico. Y han visto que no era un "monstruo" y el enemigo que imaginaban. La cuestión celibato eclesiástico se discute entre esos protestantes y hace reflexionar a muchos.

—Alguna anécdota de su apostolado, Padre?

—Por ejemplo: Una mujer me dijo: "He tenido siete hijos varones, caídos todos en Rusia. Mi marido y mi hija asesinados por los bolcheviques. Yo he sido expulsada. Había perdido el valor, me sentía abandonada de todos aquí en la Diáspora. Gracias a la Capilla Ambulante volví a tener ánimo. Jamás olvidaré el lugar en que estaba enclavado el toldo. Vi que los católicos de Bélgica y Holanda pensaban en nosotros y que el Señor en persona ha venido a encontrarme en la Diáspora..."

EL CAMPO DE REFUGIADOS DE GIESSEN

La exquisita bondad de Monseñor Kindermann, al invitarnos a pasar unos días en la "Vaterhaus der Heimatvertrieben" (la Casa Paterna de los Refugiados), conjunto grandioso de edificios e instituciones que él dirige en las afueras de Königstein/Taunus, nos ha proporcionado entre otras cosas la visita de un campo de refugiados en Giessen. Se trata de uno de los tres campos que existen en Alemania llamados "de llegada", es decir, donde los refugiados son acogidos apenas llegan evadidos de la zona oriental. Este campo de Giessen, situado a unos 100 Kms. tan sólo del campo de aviación de Frankfurt, los recibe en cuanto llegan ahí directamente desde Berlín. Suelen llegar —como nos lo explica el Director del campo— de 10 a 50 refugiados diarios. Ayer eran 33 los que iban a entrar.

El aspecto del campo de Giessen es el de una población toda nueva. Vense varias casas grandes y bonitas, a modo de hoteles de más o menos pisos, en medio de largas construcciones de madera, de una sola planta pintadas de gris claro, con series de ventanas y con una puerta de trecho en trecho. Al entrar en estas construcciones apreciamos un largo corredor con numerosas puertas que dan al mismo; corresponden a otras tantas estancias que, por las ventanas antes citadas, dan a su vez —lo mismo que los grandes edificios— a la avenida principal del Campo.

Este Campo, junto con otro de Sajonia del Norte, acoge especialmente a los alemanes del Este. Sin embargo, la primera persona a quien encontramos al entrar es una polaca de Kattowicze que ya ha pasado por el campo de llegada de Friedland reservado a los refugiados no alemanes. Acompañada de su marido y de su precioso chiquillo rubio de cuatro años que inesperadamente se abraza

con efusión a nuestras rodillas, la joven madre nos proporciona el primer contacto con los refugiados.

—¿Contenta de estar en el Campo?

—¡Oh!, ciertamente.

—Venimos de España. Allí rezamos mucho por ustedes. En la ciudad de Barcelona, cuarenta y cinco mil escolares recitan cada día el Credo por sus intenciones.

En los ojos de la joven refugiada leemos la alegría y la emoción de ser sostenida moralmente desde tan lejos...

Nos dirigimos a las oficinas de la "Caritas". El capellán, belga, está ausente, pero nos acogen amablemente dos señoritas de la Obra, que se abnegan allí desde hace varios meses.

Nos damos a conocer como españoles representantes de la Alianza del Credo. Se interesan hasta el punto que nos proponen entablar correspondencia con los refugiados.

—Estoy segura de que van a escribirles a ustedes para agradecer a los españoles que recen tanto por ellos —decía la más joven.

A continuación nos muestran la "ficha del refugiado": En ella consta el número que éste recibe y constan los diferentes departamentos por que debe pasar: ducha, oficina de investigación sobre espionaje y contraespionaje, oficina del interrogatorio, donde 3 funcionarios recogen sus declaraciones incluida información de lo que sucede en la zona soviética. Muy raramente, se nos dice, se rechaza a alguien. No le fuerzan a irse pero se desentienden de él. Si huyen del Este por crímenes, la policía de la República Popular envía actas. En cuanto a la población del campo es en número variable. Sus casas pueden albergar de 400 a 500 personas.

—¿Se dan muchos casos de espionaje?

—Algunos, pero de poca monta. Los importantes no suelen pasar por los campos.

Después de almorzar, el Dr. Reuter, Presidente del Jurado del Interrogatorio, como atención hacia nuestra Obra, nos ha concedido gentilmente el privilegio de asistir a una de sus sesiones, tenidas siempre a puerta cerrada. Desfilan ante nosotros tres refugiados, una mujer y dos hombres, la primera se presenta acompañada de su marido y de su niño.

Se trata de una señora de buen aspecto, alta, rubia, frisando en los 50 años. Acaba de llegar con su hijito. El marido está ya en Alemania Federal desde 1955. En adelante volverán a vivir reunidos. El derecho de asilo le es concedido sin dificultad.

El segundo caso es verdaderamente interesante. Un drama de familia, por desgracia demasiado frecuente en Alemania. Comparece un hombre de 60 años, artesano de profesión, pulcramente vestido. Manifiesta que en 1947 regresó del cautiverio sufrido en su tierra natal, la Prusia Oriental entregada a Polonia. Su mujer y su hija habían huido en 1944 al acercarse el ejército ruso. Pero sólo consiguió pasar la madre. La hija fue devuelta por los rusos a la zona oriental para prestar servicio de enfermera en un hospital militar. Casada durante este tiempo, consiguió por fin llegar con su marido y sus hijos y reunirse con su madre. Y ahora, por fin después de 4 años el hombre que vemos ante nosotros va a tener la felicidad de hallar, con su mujer y su hija, a su yerno y a sus nietecitos a los que no conoce todavía. Por parte del jurado, ninguna dificultad se opone a ello.

El último caso que se nos presenta es —como nos lo advierte de antemano el Presidente— un caso típico de la anti-

gua Inteligencia alemana en conflicto entre su conciencia y los nuevos funcionarios comunistas, en zona oriental.

La puerta se abre para dar paso a un hombre alto, delgado, de facciones correctas en las que se pintan huellas de fatiga y de vejez prematura para sus 57 años. Unas gafas redondas, de montura dorada le dan un aire de intelectual. Interrogado, explica su vida. Jurista, antiguo juez de paz durante el III Reich, intentó después de la guerra ampararse en su profesión en una conocida ciudad de la Alemania oriental. Como se negara a entrar en el Partido comunista (S. F. P.) poco a poco fue sintiéndose arrinconado. Colegas comunistas iban tomando la dirección de toda la justicia alemana. Tras haber ocupado diversos puestos secundarios abandonó el Tribunal y entró en un Banco de donde le despidieron también, viéndose finalmente obligado a trabajar en diversas partes como simple oficinista.

“Me hallé — dice — en el caso de trabajar a más de 50 Kms. de mi aloja-

miento y de gastar la mitad de mi escaso sueldo en pagar los trayectos diarios, no remunerados. Acabé de comprender entonces que me querían hacer la vida imposible y escapé al Occidente. He tenido que dejar detrás de mí a mi mujer enferma, pero espero que venga pronto.”

El Jurado le pregunta:

—¿Por qué tenía usted miedo de entrar en el Partido que luego le hubiera permitido vivir?

—Pensé hacerlo al principio. Lo han hecho muchos de mis amigos (aquí cita varios nombres) pero pronto se han arrepentido.

—¿Por qué?

Aquí el ex-Juez explica varios casos ya bien conocidos de sentencias injustas que los Jueces se han visto obligados a emitir contra su conciencia.

—Otros Jueces que, como yo, se negaron a entrar en el Partido se vieron pronto obligados a aceptar los más modestos empleos, barrenderos municipales, por ejemplo.

El Jurado le reconoce inmediatamente el derecho de residencia. Una vez salió de la sala el compareciente, el Presidente nos explicó con detalle todos los derechos de que aquél va a gozar de nuevo. Podrá, por de pronto, sin ninguna vigilancia de la policía escoger su residencia indistintamente en Alemania o en el extranjero. (Por ejemplo, en España — ha añadido dirigiéndonos una amable sonrisa —). Además, dentro de algunos días podrá presentar su solicitud para reingresar en el cuerpo de Juristas, cosa muy fácil de obtener hoy en Alemania Federal.

Fue para mí una alegría la respuesta del refugiado al ser advertido cuando entró en la sala, por el Presidente del Jurado:

—Señor X. Tiene ante usted, entre nosotros a dos personas venidas del extranjero. ¿Tiene usted algún inconveniente en hablar ante ellos?

—Al contrario. Me alegro de saber que la opinión mundial se interesa por nosotros.

Isabel de MONTOLIU
Secretaria General de la Alianza del
Credo por la Iglesia Perseguida



La pacificación que la Iglesia desea no se la puede confundir, en modo alguno, con ese ceder y aflojar en la firmeza frente a ideologías y sistemas de vida que están en oposición manifiesta e irreductible con la doctrina social católica.

Tampoco significa indiferencia ante los gemidos que todavía siguen llegando desde regiones desgraciadas, donde son desconocidos los derechos humanos y se adopta la mentira por sistema.

Ni mucho menos puede olvidar el doloroso calvario de la Iglesia del Silencio, donde los confesores de la fe, émulo de los primeros mártires cristianos, se hallan sometidos a sufrimientos y torturas sin fin por la causa de Cristo.

(Del último Mensaje de Navidad de S. S. Juan XXIII)

CUARENTA AÑOS DE LABOR MISIONERA

De la Encíclica «*Maximum illud*» (Benedicto XV, 1919)
a la Encíclica «*Princeps Pastorum*» (Juan XXIII, 1959)

El actual movimiento de liberación política de pueblos hasta ahora coloniales, pone de manifiesto la *sabiduría y oportunidad de la orientación seguida por la Iglesia*, desde que Benedicto XV, al comprobar que “ha habido algo que falla en el método seguido hasta la fecha para la educación del clero destinado a las misiones”, la fijara en la Encíclica “*Maximum illud*”, fundamental en la materia. Subrayemos: hace 40 años.

Esta orientación puede resumirse “en un hecho de la mayor importancia: *el desarrollo de la Jerarquía y el Clero local*”.

En efecto: “*el fin último de la obra misionera no es otra que constituir de modo estable la Iglesia en estos pueblos y confiarla a una Jerarquía propia*” (Juan XXIII, citando a Pío XII, Encl. “*Evangelii praecones*”, 1951).

La realización de este último fin pende, especialmente, de dos condiciones: a) la formación de un clero perfecto en santidad y en sabiduría, y por ello capaz de asumir dentro de la Iglesia las mayores responsabilidades; b) la acomodación con la mentalidad, tradiciones y cultura de cada país, adecuadamente depuradas, en su caso.

El gran principio que regula esta orientación no es otro que la catolicidad misma de la Iglesia: “*La Iglesia de Dios es católica, y por lo tanto no es extraña a ningún pueblo o nación*”.

No hace falta subrayar que esta postura de la Iglesia entraña la *repudiación del prejuicio vejatorio de la inferioridad de los pueblos de color*, que la experiencia misma, por otra parte, ha venido a desmentir.

1.—El fin último de la labor misionera: la formación de una cristiandad con Clero y Jerarquía propios.

“Todos cuantos rigen una Misión deben atender con especial cuidado a promover y a formar “*ministros sagrados del pueblo mismo que evangelizan. En ello está la mayor esperanza de las nuevas cristiandades.*”

“El sacerdote indígena, por su nacimiento, mentalidad, sentimientos, ideales, etc., está compenetrado con sus paisanos. Goza, por lo mismo, de una maravillosa aptitud para comunicarles la fe, pues conoce mejor que nadie cómo persuadirles y tiene acceso donde el sacerdote extranjero encontraría el camino vedado.

“Para obtener, sin embargo, el fruto esperado del clero indígena es imprescindible que se le instruya y forme. En absoluto basta una formación esbozada y rudimentaria... sino que debe ser tan completa en todos sentidos como la que suele darse a los sacerdotes de las naciones cultas.

“Pues de ningún modo el clero indígena está destinado a servir de auxiliar a misioneros extranjeros en ministerios subalter-

nos, sino a que pueda un día... asumir el gobierno de su pueblo. *La Iglesia es católica, y como tal, no es extraña a ningún pueblo o nación. Es pues muy conforme que haya ministros suyos de cada país, a los que sus compatriotas sigan como maestros de la ley y guías en el camino de salvación.*”

“La formación del clero autóctono debe atender a hacerle apto para tomar en las manos, apenas ello sea posible, el gobierno de las nuevas Iglesias... desarrollando el sentido de responsabilidad y el espíritu de iniciativa, de modo que estén en situación de asumir, pronto y progresivamente, todos los oficios, incluso los más importantes, inherentes a su ministerio.

“Dondequiera que haya un clero indígena suficiente, bien formado y digno de su santa vocación, allí, felizmente terminada la labor misional, podrá con razón decirse que se ha fundado preclaramente una nueva Iglesia. Provista de tales fundamentos y raíces, ¡no dará ya qué temer, si el viento de la persecución la sacudiese un día, que no pueda resistir al embate!”

2.—La actuación del misionero. Peligro gravísimo: el “imperialismo” en todas sus formas.

Después de animar a los misioneros a que no pierdan nunca de vista la excelencia y magnitud de la obra a la que se han entregado, les dice que, considerando cada uno como a sí mismo dirigido el dicho de los Salmos: “*Olvida tu pueblo y la casa de tu padre*”, se acuerde en todo momento que debe propagar, no un imperio humano, sino el de Cristo, y dar ciudadanos, no a una patria terrena, sino celestial. En una palabra: el misionero no está al servicio de su propio país y menos de ningún “imperialismo”, bajo ningún pretexto:

“Fuera bien de doler que un misionero, *olvidando su dignidad*, se preocupara más de su Patria terrena que de la celestial, esforzándose indebidamente en dilatar su poderío o extender su gloria. *Sería ésta la peor calamidad para su apostolado*, que, de una parte, enervaría, en el ánimo del misionero, la caridad, y de otra debilitaría su autoridad ante el pueblo.

“Por bárbaros y rudos que sean, los hombres intuyen qué es lo que se propone y qué espera de ellos el misionero, y perciben inmediatamente si se propone algo que no sea el bien de sus almas. Por poco que se inspire en consideraciones terrenas y no se muestre en todo como varón apostólico, toda su labor será considerada en seguida con desconfianza por la población, y fácilmente será inclinada a opinar que la religión cristiana

es la propia de tal nación extranjera; de modo que, quien abrazare tal religión, se someterá por el mismo hecho a la protección y gobierno de aquella, abandonando la ciudadanía propia.

“Son para Nos causa de profunda pena las publicaciones aparecidas en los últimos años sobre las misiones en las que aparece, no tanto el empeño de dilatar el reino de Dios, sino el de aumentar los territorios sometidos al propio país, y nos sorprende ver cómo se despreocupan del hecho de que con ello alejan los ánimos de los infieles de la Santa Religión.

“No procede así el misionero católico digno de este nombre: sino que recordando de continuo que ha recibido su misión, no de su país, sino de Jesucristo, se comportará de tal modo que todos reconozcan en él, sin sombra de duda, el ministro de una religión que, por abrazar a cuantos hombres adoran a Dios en el mundo en espíritu y en verdad, no es extranjera a ninguna Nación.”

Dentro de esta tónica, y después de subrayar la necesidad primordial de santidad del misionero, y de su formación intelectual, anota Benedicto XV:

“En el primer rango de los conocimientos que el misionero debe adquirir, figura, como es obvio, el de la lengua del país

a cuya salvación se ha entregado. No debe contentarse con un conocimiento superficial de la misma, sino el necesario para hablarla fácil y correctamente. Se debe, en efecto, tanto a los

hombres cultos como a los sencillos y nadie ignora cuánto contribuye el conocimiento de la lengua del país a atraerles las simpatías."

3.—La formación del clero indígena.

"Para obtener el fruto esperado, debe instruirse y formarse el clero indígena sin que baste hacerlo de modo esbozado y rudimentario: su educación debe ser tan completa en todos sentidos, como la que suele darse a los sacerdotes de las naciones cultas". Comentando lo cual dice S. S. Juan XXIII:

"Una educación perfecta debe ir dirigida ante todo a adquirir las virtudes propias del santo estado, dado que el primer deber del sacerdote es atender a la propia santificación. El Clero puede demostrar, especialmente con la santidad, que la perfección de la vida cristiana es una meta a la que pueden y deben tender todos los hijos de Dios, sea cualquiera su origen, su am-

biente, su cultura. Acariciamos en nuestro ánimo paterno el día que el Clero local pueda dar sujetos capaces de educar para la santidad..."

Todo hombre, de cualquier pueblo o raza, puede y debe aspirar a la perfección de la vida cristiana; todo pueblo o raza puede dar sujetos aptos para "una educación intelectual sólida y perfecta, como la ha exigido siempre la Iglesia para sus sacerdotes. Que de ello sean capaces los jóvenes de toda raza y provenientes de todas las partes del mundo, no merece siquiera la pena recordarlo, pues lo han demostrado con evidencia los hechos y la experiencia".

4.—Compenetración con el país.

"Es indudable que la formación del Clero local debe tener en la debida cuenta los factores ambientales propios de las diversas regiones. Para todos los candidatos al sacerdocio vale la *sapientísima norma de que no han de ser formados en un ambiente demasiado separado del mundo* (Cita de Pío XII, Encl. "Menti nostrae"); porque de otro modo, cuando vayan en medio de la sociedad, encontrarán serias dificultades en las relaciones con el pueblo y con las clases cultas; sucederá entonces con frecuencia, o bien que adoptarán una posición equivocada y falsa con los fieles, o bien que considerarán desfavorablemente la formación recibida.

"Han de ser sacerdotes perfectos espiritualmente, pero también gradual y prudentemente insertos en aquella parte del mundo que les ha correspondido iluminar con la verdad y santificar con la gracia de Cristo.

"Con este fin, incluso por lo que se refiere al régimen de vida del Seminario, conviene insistir en el modo de vivir del lugar; y han de facilitarse generosamente a los seminaristas todas las ventajas de orden técnico o material que son ya un bien y un patrimonio de todas las civilizaciones, en cuanto representan un progreso real para un tenor de vida más elevado y una más adecuada salvaguardia de las fuerzas físicas."

"La Iglesia Católica no desprecia o rechaza en bloque el pensamiento pagano, sino más bien, después de haberlo purificado de toda escoria de error, lo completa y perfecciona con sabiduría cristiana. Así admitió también el progreso en el campo de las ciencias y de las artes... y en alguna manera ha consagrado las costumbres particulares de los pueblos: las mismas fiestas paganas, transformadas, sirvieron para celebrar la memoria de los mártires y los divinos misterios. (Cita de Pío XII, Encl. "Evangelii praecones"). (Discurso a escritores negros): Nos mismo hemos tenido ocasión de manifestar nuestro pensamiento en eso: por todas partes, en donde auténticos valores de arte o de pensamiento son susceptibles de enriquecer la familia humana, la Iglesia está dispuesta a favorecer y alimentar tales esfuerzos del espíritu. *Ella misma, no se identifica con ninguna cultura, ni siquiera con la cultura occidental*, a la que su historia se halla ligada estrechamente. Porque su *misión pertenece a otro orden*: al orden de la Religión y de la salvación eterna de los hombres. Pero la Iglesia, que goza de una tan rica juventud, incesantemente renovada con el soplo del Espíritu Santo, permanece siempre dispuesta a reconocer, más aún: a acoger y fomentar, todo lo que constituye honor de la inteligencia y del corazón humanos..."

5.—Espíritu de universalidad. Peligro de un nacionalismo particularista.

"Si es verdad que para que un apostolado dé los más amplios frutos es de primera importancia que el sacerdote nativo conozca y sepa estimar los valores locales, con perfecta inteligencia y prudencia, será también, y con mayor razón, verdad, que a propósito del mismo lo que decía a todos los fieles nuestro inmediato predecesor (Pío XII, Encl. "Fidei Donum"): *las perspectivas universales de la Iglesia deben ser las perspectivas normales de su vida cristiana*.

"Con tal fin, el Clero local debe ser no solamente informado de los intereses y de las vicisitudes de la Iglesia universal, sino que debe ser educado en un íntimo, universal espíritu de caridad.

"Por el hecho de que en muchos territorios de misión se va generalizando la aspiración de los pueblos al autogobierno y a la independencia y la conquista de las libertades civiles puede

desgraciadamente ir acompañada de excesos que no estén de hecho en armonía con los auténticos y profundos intereses espirituales de la humanidad... Nos confiamos plenamente que el Clero nativo, movido de sentimientos y de propósitos superiores en conformidad con las exigencias universalistas de la religión cristiana, contribuirá con ello al bien real de la propia nación.

"La Iglesia de Dios es católica y no extranjera a ningún pueblo o nación (Benedicto XV) y ninguna Iglesia local podrá manifestar su unión vital con la Iglesia universal si su clero y su pueblo se dejan sugestionar por el espíritu particularista, por sentimientos de malquerencia hacia los otros pueblos, *por un mal entendido nacionalismo que destruiría la realidad de aquella universal caridad que cimenta la Iglesia de Dios, única verdaderamente "católica"*.

6.—La regla de oro: la catolicidad de la Iglesia.

"Los fieles cristianos, miembros de un organismo vivo, no pueden permanecer cerrados en sí mismos y creer que es suficiente haber pensado en atender a las propias necesidades espirituales para cumplir enteramente con su deber. Muy al contrario, cada uno ha de contribuir por su parte al incremento y difusión del Reino de Dios sobre la tierra. La catolicidad es

una nota esencial de la verdadera Iglesia, hasta el punto que un cristiano no es de verdad afecto y devoto de la Iglesia si al mismo tiempo no se siente obligado a pensar en su universalidad, deseando que ella arraigue y florezca en todos los confines de la tierra. (Cita de Pío XII, Encl. "Fidei Donum")."

J. B.

EL MOVIMIENTO DEL «26 DE JULIO»

II

La propaganda bien organizada en favor de Fidel Castro y los desmanes y corrupción del régimen de Fulgencio Batista fomentaron una ola de simpatía por la revolución de Sierra Maestra. Mucho mayor fue entre los cubanos, inclusive católicos, que sufrían en su propia carne la corrupción y los desmanes y a quienes se dirigía principalmente la propaganda.

No podemos olvidar que Cuba había adquirido en los últimos años la triste reputación de ser uno de los países más corrompidos de Iberoamérica. Las fortunas ilícitamente hechas de la noche al día, el robo organizado por el propio gobierno, el soborno de los funcionarios, la legislación sobre el divorcio, el juego desenfrenado en los casinos, la falta de pudor en playas y piscinas, la literatura pornográfica impresa y vendida sin obstáculo de ninguna clase, la vida nocturna depravada, con "boites" y salas de fiestas presentando espectáculos licenciosos, por no citar más ejemplos, hacían que creciera esta pésima fama.

Tirando la máscara

Los católicos deseaban ardientemente que tales inmoralidades fuesen extirpadas. Por tal razón, saludaron el advenimiento del nuevo gobierno con júbilo y esperanza, olvidando quizá que el pasado de los hombres que asumían el poder no inspiraba ninguna confianza. Esto explica que el conocido periodista norteamericano Dale Francis, director de la agencia católica NCWC, divulgase en los dos primeros meses del corriente año varios artículos favorables a Fidel Castro. Sin embargo, en marzo, escribía amargado: "El pueblo de Cuba corre el riesgo de ser traicionado. Al sufrir bajo la tiranía terrible de Batista, hizo de Castro el símbolo de su esperanza y le ofreció su corazón — este corazón que está en peligro de ser lanzado a los chacales del comunismo —". El ar-

tículo del que transcribimos este párrafo fue publicado por primera vez en "The Tablet", órgano oficial de la Diócesis de Brooklyn y en el más influyente órgano católico de los Estados Unidos, el "Our Sunday Visitor" (cf. Almirante Penna Botto — artículo del 22-VI-1959, distribuido por la Confederación Interamericana de Defensa del Continente).

Los católicos que aplaudían lo que les parecía una nueva era para la historia de Cuba, divisaron, a los nueve meses, un futuro sombrío para su país. No sólo no fueron atendidas sus reivindicaciones de honestidad administrativa, de moralidad pública y privada, de observancia de los principios elementales del Derecho Natural, sino que tienen además que soportar una precaria situación económica, constantes amenazas de nuevas perturbaciones del orden y, lo que es todavía peor, la infiltración del bolchevismo en su patria.

Con el transcurrir del tiempo, los "barbudos" han ido tirando su máscara que les había sido asignada por la propaganda. Desde enero no ha transcurrido un solo mes sin que alguno de los líderes de la revolución no tachara a los Estados Unidos de imperialista. Nuestros lectores conocen perfectamente esta táctica que consiste en explotar reivindicaciones y resentimientos, muchas veces justos, para crear un clima favorable de aproximación a Moscú.

No contentos con hacer el juego al marxismo en su propia tierra, los "castristas" han intentado hacerlo también en las naciones vecinas. Primero fue el Panamá, invadido en marzo por un centenar de cubanos, deseosos de reanudar la aventura de Sierra Maestra. Después fue Nicaragua y más reciente la República Dominicana. Felizmente han fracasado todas las tentativas, aun a pesar de que en estos dos últimos países viene creándose un clima propicio por sus

respectivos dictadores hacia la revolución.

Tres episodios de la vida política de Cuba nos muestran claramente las verdaderas intenciones de Fidel Castro y sus camaradas.

Un comunista ordena la educación

Un grave mal que padece el catolicismo cubano es la deficiente formación religiosa de los niños y la ausencia de una "élite" cultural. La principal causa de esta situación reside en el laicismo institucional y tradicional que domina la vida pública del país. Parece esto a primera vista una paradoja cuando se considera que un 91 por ciento de los cubanos están bautizados. Pero deja de parecerlo si consideramos el hecho de que la mayoría de estos católicos está corroída por el liberalismo.

Las escuelas del Gobierno están cerradas para la enseñanza religiosa (600.000 alumnos). La Iglesia mantiene establecimientos docentes, pero con menor número de asistencia (60.000 alumnos). Hay que tener en cuenta que los padres que matriculan a sus hijos en las escuelas privadas tienen que contar con tres desembolsos: la mensualidad del colegio, el impuesto para la educación estatal y las tasas de inscripción en los exámenes, sin las que los diplomas y títulos no tienen ningún valor (cf. "Informations Catholiques Internationales". I-III-1959). Los católicos reivindicaban subvenciones para sus escuelas y la facultad de enseñar Religión en los establecimientos del Estado.

Las primeras declaraciones de los líderes revolucionarios eran favorables a estas reivindicaciones. Pero se esfumó la cortina. Armando Hart, comunista notorio, fue nombrado para la cartera de Educación y escogió sus colaboradores entre ateos y protestantes.

Uno de los primeros actos del nue-

vo ministro fue conseguir del gabinete la aprobación de una ley que retiraba el reconocimiento de las Universidades particulares y la validez oficial de los títulos en las mismas desde 1956. Con esta medida inicua perdía su existencia legal la única Universidad Católica del país. El Episcopado protestó en una Pastoral colectiva, que insistía también en la cuestión de la enseñanza de la religión en las escuelas públicas. Parecía que los Obispos no habían todavía perdido las esperanzas en relación con el nuevo régimen. En el mismo sentido se manifestaron los directores de las principales asociaciones religiosas cubanas. Por su parte el Comité Representativo de las escuelas protestantes distribuía un comunicado en el que daba ilimitado apoyo al gobierno y exigía una absoluta separación entre la Iglesia y el Estado, oponiéndose a cualquier clase de enseñanza religiosa en los establecimientos oficiales.

Días después, al salir de una entrevista con el Arzobispo de Santiago de Cuba, Mons. Pérez Serantes, el ministro Hart declaró: "Por razones históricas y constitucionales no podemos privar a la enseñanza estatal de Cuba de su carácter laico. Nuestro ideal es educar a los niños de forma que a los diecisiete años sean capaces de escoger la creencia religiosa que prefieran. Querer imponerles una religión a los ocho o diez años es pretender que el Estado tiene un derecho absoluto sobre ellos". No precisa destacar cuán cerca está esta norma de las máximas comunistas de la educación y cuán lejos de las normas de la Iglesia.

En resumen. No sólo los católicos vieron desatendidas sus reivindicaciones en materia de enseñanza, sino que también perdieron el reconocimiento oficial de su Universidad.

La reforma agraria

La mayoría de los cubanos anhelaba una mejor armonía en las relaciones económicas y sociales. Así, se deseaba que un nuevo gobierno pusiera

fin a la inflación, dejase de favorecer a la industria en detrimento de la agricultura y, principalmente, pusiera término a los fabulosos y excesivos lucros de unos privilegiados. En otras palabras, se ansiaba una mayor equidad en la vida económica, pero sin herir los fundamentos de la sociedad. Lo que viene ocurriendo en estos nueve meses es una verdadera revolución social que convulsionando las estructuras fundamentales de la nación no puede dejar de acarrear graves daños a la economía.

La revolución cubana — en este punto están de acuerdo los intérpretes oficiales del régimen, inclusive Fidel Castro — no debe parar hasta conseguir una sociedad sin clases. La ley de reforma agraria tiende a este objetivo.

Dicha ley fue calificada de comunista. Mons. Pérez Serantes declaró que sus autores y los marxistas "bebían de la misma fuente" (cf. "O Estado de Sao Paulo". 18-VI-59). Contiene disposiciones de un radicalismo brutal. No son aplicadas sólo a los latifundistas. Son numerosos los pequeños propietarios que no cultivan personalmente sus tierras. Por otra parte, junto con la distribución de propiedades improductivas hasta ahora, serán fraccionadas otras en pleno rendimiento. Es curioso observar que, de la misma forma que ocurre en toda Iberoamérica de modo general, las tierras improductivas del Estado son suficientes para acoger a todos los agricultores pobres. ¿Por qué no se comienza por ellas la división juzgada necesaria, en vez de comenzar por los particulares? (cf. "Le Monde". 18-VII-1959).

El balance general de la ley de reforma agraria es sintomático: socialización progresiva del campo; división de las grandes propiedades que explotan caña de azúcar, arroz y ganado — actividades que por sus características necesitan de grandes extensiones y capitales para su explotación —, acarreando una brusca disminución en la producción general de

la nación; éxodo de los agricultores a la ciudad y, con el incentivo de la industria, formación de un proletariado urbano, excelente cultivo para el comunismo.

Este es el segundo episodio.

Victoria de los revolucionarios extremistas

El tercer episodio es la dimisión del Presidente de la República, Urrutia. Fidel Castro y sus compañeros conocen perfectamente las reacciones que han causado sus leyes revolucionarias. Pero creen que con la violencia podrán contener la oposición durante el período crucial de aplicación de la reforma agraria. Después, ante el hecho consumado y apoyado por el proletariado sin clases, serán invulnerables. Pero entre los mayores obstáculos a esta política existía la acción e influencia del sector moderado de la revolución y de aquellos que sólo la apoyaran para verse librés de la dictadura de Batista. Urrutia era un cabecilla de los moderados. Fidel sabía perfectamente que era el señor indiscutible de Cuba y que un conflicto entre él y el Presidente de la República provocaría indudablemente la caída de este último. Utilizando las declaraciones hechas ante el Senado norteamericano por el ex-jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria, y algunas opiniones de Urrutia sobre la infiltración comunista en Cuba, el primer ministro pronunció una requisitoria contra el Presidente acusándolo de traidor a la patria y presentando al mismo tiempo su propia dimisión. Los hechos posteriores son conocidos. Representan una victoria más del sector extremista de la revolución contra los moderados. El clima de la revolución se torna cada vez más radical. El Partido Comunista, a pesar de las declaraciones de los líderes manifestando que la revolución no es capitalista ni marxista, ha salido reforzado de esta crisis.

Esta infiltración del comunismo es la más seria que haya habido jamás en tierras de América.

Sergio BROTERO LEFÈVRE
de "Catolicismo"

CLIMA RELIGIOSO DEL SIGLO IV

(CONTINUACION)

Divergencia con la realidad

La fanática obsesión de Constancio había creado una ficción no sólo con respecto a la realidad religiosa que era distinta a la definida en los concilios, sino incluso dentro de esos mismos concilios por él convocados y presididos. Aparte de los obispos de su camarilla y Consejo, los que concurrían a ellos quedaban como aprisionados en un cepo. A copia de citas en griego, que los occidentales no entendían, y sutilezas de lenguaje que escondían la herejía en las múltiples fórmulas propuestas a la controversia, de ordinario se sometían, no convencidos, sino coaccionados por la fuerza del emperador romano actuando de Pontífice máximo e imponiendo su ortodoxia.

Muchos obispos fieles a la fe "nicena", escandalizados de la "religiosidad" de "Su Eternidad el Emperador", rehuían concurrir a esos concilios y exclamaban con San Hilario de Poitiers: *"Señor, envíanos un verdadero tirano parecido a Nerón, y que la bienhechora arma de Tu cólera rescute a la Iglesia deshonrada por los besos del Judas-Constancio"*.

Otros se adherían y obraban conforme exhortaba San Efrén al huir escapando a la venganza de la guardia imperial por haberse atrevido a manifestar oposición en un concilio: *"Hora es de volver al desierto, Hermanos. ¡Es preferible oír el rugido de los leones y el aullido de los chacales que lo que hemos escuchado en el palacio imperial! ¡Felices los mudos! ¡Felices los que se esconden en el desierto donde no llegan las discusiones de los Maestros! ¡Dichosos los que han comprendido la inutilidad de las palabras! ¡Benditos los que no discuten! ¡Dichoso el que no trata de penetrar los misterios de Dios pero canta Su gloria en el arpa de la fe! ¡Dichosos los que ignoran cuán difícil es saber y conocen cuán dulce es amarte, Señor!"*.

Al hablar de este modo San Efrén, además de dar a entender el trasfondo político y cesaropapista de los concilios, tenía presentes los millares y millares de hombres y mujeres que, precisamente sin discutir, sin pretender "penetrar los misterios de Dios pero cantando Su gloria en el arpa de la fe", al margen de las discusiones y decisiones oficiales imprimían a la sociedad un nuevo rumbo. Con ellos tomaban carta de naturaleza los principios básicos y eternos de la transformación y saneamiento del mundo, frutos genuinos del cristianismo: la caridad y la virginidad.

Fortunas inmensas de las que apenas podemos hacernos idea (consistían en bienes positivos: oro, plata, gemas, posesiones tan extensas como el territorio de dos o tres de las actuales provincias de España) eran íntegramente repartidas entre los pobres y sus antiguos poseedores pasaban a ser "un pobre más". Centenares de esclavos eran igualmente liberados y su "dueño" de ayer, venía a ser "su hermano" porque ambos reconocían ser hijos de un único Padre que era a su vez su único Dios.

Este espectáculo nunca visto, y la continencia erigida como norma de vida constituyen las mutaciones más asombrosas y sugestivas de ese siglo IV que entraña una completa evolución ideológica.

Una de sus estampas más brillantes es el contraste entre las vestales y las vírgenes cristianas. Basta recordar los privilegios exorbitantes concedidos para toda la vida a las que sólo hasta los 30 años se ofrecían a guardar continencia para alimentar con manos virginales el fuego sagrado: ascendían automáticamente a los primeros rangos del imperio; sus emolumentos eran iguales a los de los más altos magistrados; únicamente ellas tenían derecho a usar el manto de púrpura como el emperador, y una sola mirada suya bastaba para indultar a un reo de muerte. Con todo su número era escasísimo, y aun entre esas pocas la historia privada demuestra que la mayoría, empujadas por la lujuria dominante, no vacilaban en arriesgar la vida,

puesto que si "oficialmente" eran sorprendidas en falta se las enterraba vivas.

En cambio, la gracia sobrenatural y divina con que el cristianismo refrigeraba el mundo abrasado por la concupiscencia, producía espontáneamente la virginidad consagrada; no por un precio, sino en holocausto de amor a Dios y al prójimo; no acompañada de honores, privilegios y ostentaciones, sino con humildad, austeridades y encerramiento en monasterios copiados del que bajo la dirección de San Pacomio florecía en la Tebaida.

Tampoco estaba lejano el tiempo en que San Basilio, inspirado por las Reglas de los Padres del desierto del Nilo, iba a modelar y definir para los varones la tendencia a recluírse en los Monasterios ordenando una Regla concebida con prudencia y sabiduría, apta para santificarlos y hacerlos útiles a la sociedad y a la cultura. En la elocuencia y las letras cultivadas por los monjes y la obra de los "escritorium" de esos Monasterios está nuestro entronque con los clásicos y a ellos debemos la conservación de su cultura, además de la maravilla de sus manuscritos miniados, joyas inapreciables de los bibliófilos.

El emperador pagano

A la muerte súbita de Constancio le sucedió su sobrino Augusto Flavio Claudio Juliano, único príncipe superviviente de la familia de Constantino el Grande a quien Constancio había perdonado la vida y destinado "a la Iglesia". De acuerdo con este plan, al que se sometió servilmente por miedo a la muerte, fue ordenado Diácono y era sorprendente la devoción con que ejercía sus oficios de "lector" en las iglesias de Atenas y Constantinopla, aunque ya sospecharon su hipocresía sus discípulos en la escuela de elocuencia Basilio y Gregorio Nacianceno.

Efectivamente. Oculto por un exterior devoto alimentó desde niño un odio morboso y enfermizo contra el cristianismo. Esta represión obligada de tantos años estalló violenta al verse único e indiscutido soberano de todo el imperio. Apenas proclamado substituyó la Cruz del Lábaro por una estatuilla de Mitra; se "purificó" del bautismo por el "taurabolio" y volcó toda la fuerza, casi omnipotente, de su poder imperial en el esfuerzo para borrar la memoria de Jesucristo, al que odiaba personalmente con toda su alma y llamada despectivamente el "Galileo".

En sus proyectos insensatos abrigaba la esperanza de arruinar también su obra: la Iglesia; deshacer los efectos de su doctrina: el Evangelio, y en cambio, reedificar el Olimpo helénico injertándole, en plagio descarado, las virtudes del cristianismo como si le fueran connaturales. Para lograrlo puso a contribución, además de sus recursos como emperador, toda su persona: su voluntad indómita y tenaz; su inteligencia, ciertamente privilegiada, y una astucia diabólica para cerrar los caminos a los cristianos, hacerles la vida imposible, acorralarlos por todos los medios y en forma tal que no aparecieran como mártires admirados, sino como infelices despreciables, ignorantes y envilecidos.

Para borrar la magnificencia y el recuerdo de la religiosidad "cristiana" de Constancio y hacerla odiosa en cuanto tenía de cristiana sin matizar si ortodoxa o no, quiso edificar a sus súbditos con una autoridad filosófica y el ejemplo de una piedad práctica a los dioses del Olimpo. En lugar de las numerosas plegarias y repetidas genuflexiones de Constancio ante el Lábaro, Juliano se arrodillaba públicamente ante un ídolo, le besaba los pies, iba y venía con gran celo — como si fuera un esclavo — partía la leña para el altar del sacrificio, atizaba el fuego, soplabá hasta quedar sin aliento, y se entregaba sin freno a la magia

y a la teurgía". Por la mañana y por la noche sacrificaba innumerables animales para leer en sus entrañas los augurios del porvenir, y espiritualmente estaba bajo la dirección del hierofante Máximo de Efeso que le había iniciado en los "misterios" de Mitra.

En Constantinopla organizó "procesiones" báquicas. El mismo, creyéndose el propio Dionisio, con el tirso en la mano, en un carro de oro rodeado de panteras domesticadas y precedido de bacantes y faunos, pagados y vestidos con todo lujo a costa del erario público, decía oír las voces de Júpiter y Mercurio que le eran familiares en sus "ascensos" místicos.

Ordenó que se celebrasen las panegirias en honor de Apolo en su templo del bosque de Dafne, cercano a Antioquia, y se quitaran de allí las reliquias de San Babilas porque "profanaban" el bosque sagrado; pronunciaba "sermones" en honor de Esculapio y otras divinidades; escribía "pastorales" a los sacerdotes y jerarquías que a imitación de los cristianos había establecido en los templos paganos abiertos de nuevo al culto: hacía ordenanzas y reglamentaciones para la administración de los asilos que estableció para contrarrestar la caridad cristiana porque no podía sufrir que "los odiosos judíos no tuvieran ningún pobre y aun hubieran de socorrer a los paganos", y las noches las dedicaba a escribir tratados contra la doctrina del "Galileo" y los "pescadores de Cafarnaúm".

Conocedor del tejemaneje de los Concilios de Constancio, para explotar la discordia que en ellos se había sembrado, permitió a los obispos desterrados que volvieran a sus sedes, ocupadas por arrianos. Para "facilitar" —decía él socarronamente— a los propios cristianos a cumplir su ley, destituyó a los Jefes del Ejército porque "les estaba prohibido matar"; y a los magistrados de sus empleos para "evitarles hacer injusticias". Prohibió la enseñanza de la elocuencia y la literatura valiéndose de textos griegos para que los maestros "no mancillaran la fe cristiana de sus discípulos a quienes bastaba estudiar a Lucas y a Mateo". Confiscó a la Iglesia todos los bienes que le habían dado sus antecesores y despojó a muchos particulares para que "se ejercitaran en la pobreza". En una palabra, no perdonó medio alguno para abrumarlos con su desdén filosófico.

Como auxiliares para esta tarea rodeóse, en vez de obispos, como hizo Constancio, de aquellos filósofos neopaganos propicios siempre a girar como satélites en torno a la ortodoxia imperial y que, a pesar de ello, hasta entonces no había logrado situarse más que en un segundo plano. Sin embargo aun éstos estaban muy lejos de compartir sus "entusiasmos" por los "olímpicos" y su odio por los cristianos.

Derrotado por la fuerza moral

Tan hábiles y estudiadas medidas se estrellaron contra la fuerza moral arrolladora, patrimonio analienable de los cristianos, que como colectividad, pesaban ya decididamente en el Estado.

El ensayo de estas medidas y su fracaso puede decirse que fue simultáneo, y dio al traste con la pretendida ecuanimidad filosófica de Juliano, poniendo en evidencia su desequilibrio intelectual.

Sólo borrachos, mujeres perdidas, ladrones, aurigas de circo, mimos y pordioseros, "porque nadie más había querido tomar parte" se prestaron a figurar en sus "procesiones báquicas", y aun éstos "pedían allí mismo recompensas y empleos ya que con ello habían comprometido la salvación de su alma".

A las panegirias de Dafne sólo concurrieron él y un borracho, y mientras el emperador saboreaba la amargura del abandono más absoluto, ni siquiera sus compañeros filósofos habían acudido, supo que para cumplir su orden de trasladar las reliquias de San Babilas una gran multitud se había desplazado de Antioquia para trasladarlas en procesión y entre nubes de incienso multitud de sacerdotes revestidos de ricas dalmáticas, monjes con esandartes, multitud de cristianos y gran número de doncellas y niños vestidos de blanco, cantando salmos y agitando palmas.

Sus "sermones" dejaban frío al obligado auditorio al mismo tiempo que la elocuencia cristiana de Gregorio Nacianceno, su discípulo, levantaba en vilo poblaciones enteras; los administradores de sus "asilos" administraban en provecho propio como él mismo comprobaba mientras cada vez más los cristianos ricos se despojaban de toda su fortuna para dársela a los pobres; incluso el hecho del retorno al "estado pagano", englobando en un sector a ortodoxos y arrianos, resultó favorable San Atanasio pudo entonces con habilísima maniobra atraer a la fe "nicena" a todos aquellos que, ortodoxos en el fondo, se habían dejado prender por las sutilezas de una terminología equivoca.

Por eso al "desdén filosófico" sucedieron los arrebatos de furor, que no tuvieron tampoco mayor éxito. Aunque produjeron numerosas víctimas, no intimidaron a nadie. Sus esbirros eran despreciados y ante las amenazas de exterminio los cristianos conscientes de su fuerza reaccionaban con valentía y con mayor razón aun que Tertuliano en su tiempo, podían repetir: "¿Qué podéis contra nosotros? ¿Teméis a los alemanes y a los persas? Pues nosotros somos mucho más temibles. Somos de ayer y ya llenamos el mundo. Vuestros campos, vuestros palacios, vuestro senado, vuestro foro quedarían desiertos si no fuéramos... son inútiles contra nosotros las espadas y el fuego..."

Por otra parte, además del temor, se le había perdido el respeto; los gófillos pintaban en las paredes una cabeza de chivo con diadema imperial, le llamaban "el carnicero" y cantaban a voz en cuello "desgraciados los gallos blancos—desgraciados los blancos toros—el emperador los sacrificará todos", aludiendo a las muchas víctimas que ofrecía a los dioses y destrozaba para los augurios.

Devorado por la rabia impotente soñó ser un nuevo Alejandro Magno y ordenó la preparación de una campaña contra los persas. No admitió ni dilación ni espera. "He empezado —decía— en las Galias y acabaré en la India, atravesaré el universo de poniente a levante como el gran Macedonio. ¡Veremos qué dirán entonces los galileos, veremos si se burlarán de mí cuando vuelva triunfante de Asia!"

Esto colmaba la medida. Aun sus íntimos, Prisco de Epiro, Salustio Secundo, Oribacio y otros neoplatónicos, no cristianos, pero ya tampoco paganos, le juzgaban como Munio Máurico, que tocándose la frente con el dedo decía refiriéndose a Juliano: "Rostro pálido, mirada febril, cabellos desgreñados, pasos desiguales, discursos incoherentes, crueldad y nerviosismo excesivos, y esta estúpida guerra con los persas... ¡locura manifiesta!"

Hasta el papa Dámaso y el emperador Teodosio

Después de Juliano ya no hubo otro intento formal de restaurar el paganismo. En cambio con el emperador Valente el arrianismo intentó levantar cabeza y motivó una persecución no sólo de los cristianos sino también de los semiarrianos. Su mujer, la emperatriz Justina, siendo regente intentó incluso medir sus fuerzas con San Ambrosio, obispo entonces de Milán.

Los cristianos eran dueños de los templos de la ciudad y la emperatriz pidió uno para celebrar su culto. Al serle negado emplazó a San Ambrosio a que acudiera al tribunal a dar cuenta de su rebeldía. San Ambrosio compareció ante el Consejo Imperial donde había de ser juzgado, pero con él compareció todo el pueblo. La regente no tuvo valor ni para iniciar el juicio pero, obstinada, se apoderó de una iglesia por la fuerza. San Ambrosio la acusó de sacrilegio y la conminó a devolverla. También el pueblo estaba con él. La emperatriz tuvo que ceder para evitar una revolución.

Entre tanto ibanse delimitando bajo el criterio de la Iglesia qué campos caían bajo la jurisdicción eclesiástica o la imperial. Graciano es el primer emperador que renuncia al título y atribuciones de Pontífice Máximo y quita las subvenciones que el Estado continuaba pagando a los sacerdotes idólatras y a las vestales.

Pero fueron el Papa Dámaso y el emperador Teodosio quie-

nes consolidaron y dieron estado oficial al triunfo de la fe que, al margen de las herejías, había ido ganando los corazones y quedado definida en el concilio de Constantinopla que confirmaba y explicitaba la "fe de Nicea".

La evolución religiosa era un hecho y para que la realidad oficial correspondiese a la realidad práctica el emperador Teodosio dio el siguiente edicto:

"Queremos que todos los pueblos regidos por Nuestra clemencia vivan en la religión que el divino Apóstol Pedro, ha revelado a los Romanos y que siguen al Pontífice Dámaso y al obispo Pedro de Alejandría, de evangélica santidad, según cuya disciplina apostólica y doctrina evangélica creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo forman una sola divinidad con majestad igual y pia trinidad. Y ordenamos por tanto que todos los que sigan esta fe tomen el nombre de Cristianos católicos; y como consideramos que todos los demás son dementes e insensatos, queremos que sufran las consecuencias de la herejía, y que sus conciliábulos no reciban la denominación de Iglesia. Además de la condenación de la divina justicia, debe-

rán aplicárseles las penas severas que nuestra autoridad, guiada por la celestial sabiduría, crea debe imponerles".

El estado cristiano quedaba fundado. Y Teodosio, hombre consecuente, de recio temple militar y piedad sólida de cristiano convencido, admitió sin reserva la supremacía espiritual de la Iglesia sobre el Estado, incluso sobre la persona del emperador que "está dentro de la Iglesia pero no sobre Ella".

La cruel sentencia de Tesalónica, dada por el mismo Teodosio en un arrebato de ira, dio ocasión para que demostrara prácticamente que este principio no era letra muerta. San Ambrosio le expulsó de la Iglesia hasta que hiciera penitencia pública y el emperador aceptó el castigo porque creía realmente que ante Dios él era solamente "un cristiano". Cuando en una noche de Navidad se presentó a las puertas de la iglesia pidiendo perdón y entrada, fueron todavía muchos los que "no sabían explicarse aquella fuerza moral del cristianismo que humillaba hasta el polvo al soberano del mundo mientras pronunciaba compungido las palabras del salmista: "Mi alma yace en el polvo, Señor, confórtame según tu palabra".

M.^a Asunción LÓPEZ SUÑÉ

ESQUEMA HISTORICO

(El Imperio Romano desde Constantino a Teodosio)

(CONTINUACION)

Galo, César

En el año 351 Galo, hijo de Julio Constancio, era proclamado César. Se le dio una corte en la que Augusto había colocado espías. Planeó una sublevación y fue depuesto y muerto en Pola de Istria en el 354.

Infancia y juventud de Juliano

Su hermano, junto con él, pasó su infancia en un castillo de Capadocia, después de la muerte de los parientes varones de Constantino. Se les dio una educación monástica y Juliano llegó a ser lector en las iglesias. En el 347 los libertaron, y Juliano se dedicó al humanismo. Adquirió una fuerte formación clásica y, en contacto con el mundo pagano y por reacción contra la rígida educación que había recibido, se convirtió al paganismo. En secreto realizaba prácticas paganas y en público asistía a los actos cristianos.

Cuando Galo cayó, Juliano fue enviado preso a Milán, pero, gracias a la emperatriz Eusebia y a su conducta, interesó al Emperador por él y le enviaron a Atenas para que terminara su educación.

Juliano, César. Muerte de Constancio.

A fines de 355 fue nombrado César y poco después enviado a la Galia, invadida por los germanos. Durante seis años gobernó esta provincia, y no sólo la libró de sus enemigos, sino que le llevó el bienestar.

Los persas invadieron la Mesopota-

mia, y Constancio pidió las mejores tropas de Juliano. Estalló un motín, y el ejército de la Galia nombró Augusto a su general. Éste se dejó forzar a admitir la púrpura. Marchó a la Iliria y desde allí a Panonia. Entonces le llegó la noticia de la muerte de Constancio a causa de la fiebre, después de hacerse bautizar. El 11 de diciembre de 361 entró triunfante en Constantinopla.

Renacimiento del paganismo

Al subir al poder levantó el velo y reveló sus creencias paganas. Creó una nueva forma de paganismo en la que había abundantes elementos cristianos y neoplatónicos. Ordenó que los sacerdotes llevaran una vida pura y que practicaran la caridad. Imitó también de la Iglesia la predicación, la penitencia y la confesión, etc.

Persiguió a los cristianos, aunque no de una manera cruenta. Quitó los bienes que Constantino había dado a la Iglesia; fomentó la división en el seno de la Iglesia; prohibió que los cristianos enseñasen literatura clásica. Incluso llegó a querer reconstruir el templo de Jerusalem, pero al abrir las zanja salieron unos globos de fuego que destruyeron el trabajo hecho.

Pero el paganismo estaba muerto y no era posible resucitarlo. Más tarde dará señales de vida, pero serán poco duraderas y sólo con Arbogasto, en tiempos de Teodosio, presentará algún peligro por el auxilio de los francos.

Muerte de Juliano

Al tercer año de su reinado murió frente a los persas. Los romanos sufrieron una derrota y tuvieron que ceder a los persas cinco distritos, y la expedición de Juliano, que quizá hubiese ganado para el Imperio extensos territorios, fracasó totalmente.

Joviano

El ejército eligió a un cristiano, Joviano, por emperador. El Lábaro volvió a ser el estandarte del ejército; las disposiciones religiosas de Juliano fueron derrocadas. Joviano se encargó de retirar el ejército, pero murió en Dadastana, en plena retirada, a los ocho meses de reinado (364).

Valentiniano

A los diez días de su muerte se eligió Augusto a Valentiniano, soldado valeroso y grave. Como le pidieran un corregente nombró a su hermano Valente, al que confió la prefectura de Oriente.

Valentiniano era un cristiano fervoroso, severo y justo. Mostró tolerancia para con los paganos y aseguró la libertad de cultos. A pesar de algunas sentencias rápidas y severas, era de sentimientos blandos.

Campañas de Valentiniano

Sus fronteras estaban amenazadas: en el Rin, por los alamanes y los sajones, y en Britania, por los pictos y los escotos. Marchó primero contra los alamanes, que fueron vencidos

por el *Magister equitum* Jovino, y más tarde Valentiniano los derrotó al otro lado del Rin (368). Los sajones fueron derrotados gracias a un perjurio romano. El general Teodosio, padre del emperador del mismo nombre, realizó unas campañas victoriosas contra los pictos y los escotos y luego abatió un levantamiento del norte de África.

Valente

Entretanto Valente luchaba contra Procopio, pariente de Juliano, que se había proclamado Augusto (365). En el 366 lo derrotó y Procopio murió ajusticiado.

En su política religiosa ambos hermanos difirieron mucho. Valente era arriano, mientras que Valentiniano era católico fervoroso. En Oriente se desencadenó una nueva persecución. Los católicos fueron oprimidos; los obispos que se negaron a firmar el símbolo de Rimini-Constantinopla fueron desterrados y sus sedes entregadas a obispos más dóciles. De nuevo corrió la sangre cristiana por no querer someterse a la herejía.

Muerte y sucesión de Valentiniano I

Valentiniano I murió en el año 375, en el transcurso de unas negociaciones con los godos.

Sus generales nombraron Augusto a su hijo Valentiniano II, de cinco años de edad, en oposición a Graciano, hijo de la primera esposa de Valentiniano I, Severa Marina, que había sido nombrado Augusto por su padre. Graciano dejó el título con una corte en Sirmium a su hermano.

Las madres de los dos Augustos se apoderaron del gobierno. Justina, madre de Valentiniano II, era arriana, y Sirmium se convirtió en un foco de arrianismo, y Tréveris, capital de Graciano, de catolicismo.

Entrada de los godos en el Imperio de Oriente y muerte de Valente

Los visigodos, empujados por los hunos, entraron en el Imperio de Oriente con el beneplácito de Valente para instalarse en la frontera del Danubio, pero, maltratados por los funcionarios, llamaron a los ostrogodos y sometieron la Tracia. Valente acudió a ellos y, sin esperar las tropas de Graciano que, habiendo vencido a los alamanes, marchaba hacia la llanura húngara, les presentó batalla en Adrianópolis. Fue derrotado y, herido por una flecha, llevado a una cabaña que fue incendiada por los godos. La Tracia y la Macedonia quedaron en poder de los bárbaros (378).

Teodosio nombrado Augusto de Oriente

Ante esta situación, Graciano nombró Augusto de Oriente a Teodosio, que, a pesar de una terrible injusticia cometida a su padre por Graciano, aceptó el cargo y no buscó la ocasión de su venganza personal, mostrando su alto sentido del patriotismo romano.

Por medio de pequeñas batallas y de sembrar la división en el campo enemigo, los derrotó. Pactaron y se encargó a los godos la protección de la frontera contra los hunos.

Caída de Graciano

Poco después estalló una grave rebelión. El motivo fue unas leyes de Graciano contra el paganismo. La mayor parte del Senado apoyaron a Magno Clemente Máximo y le nombraron Augusto. Éste se ganó las legiones de Britania y pasó a la Galia. Graciano, abandonado por los suyos, huyó, pero fue prendido en Lion y asesinado el 25 de agosto de 383.

Teodosio hubo de aceptar a Máximo como Augusto de la Galia, España y Britania; pero en las otras provincias del Occidente era Augusto Valentiniano II, cuya capital era Milán.

Derrota de Máximo

Aprovechando una revolución política pagana, Máximo entró en Italia, pero encontró los pasos guardados y tuvo que pactar. Pero en cuanto los pasos quedaron libres entró en Italia y se dirigió a Milán. Valentiniano huyó y pidió auxilio a Teodosio, casado con su hermana Gala. Teodosio trató con Máximo, buscando, principalmente, tiempo, pero al fin marchó contra él con un buen ejército. Como no quería luchar a favor del arrianismo y más aun por haber apoyado Máximo el catolicismo, hizo que Valentiniano y su madre se convirtieran al catolicismo (388).

En dos encuentros consecutivos Teodosio salió vencedor y el franco Arbogasto se apoderó de Máximo en Aquilea. Éste fué muerto y poco después su hijo. Teodosio devolvió a Valentiniano sus posesiones.

Muerte de Valentiniano II

Después de la muerte de Justina, San Ambrosio fue el consejero de Valentiniano en los asuntos religiosos, y en los civiles el franco pagano Arbogasto, que manejaban al Emperador como un muñeco. Un día se encontró a Valentiniano II ahorcado en un árbol de su jardín (392). Se dijo que se había suicidado en un acceso de locura. Pero los íntimos de Arbogasto eran quienes lo habían estrangulado.

El franco nombró Augusto al retórico y *Magister officiorum* Eusebio, sin decir nada Teodosio. La primera medida del nuevo Emperador fue restituir el culto pagano.

Derrota de Eusebio

De nuevo estalló una guerra entre el paganismo y el cristianismo. Teodosio marchó rápidamente a la Iliria, entró en Italia y se apoderó de los pasos alpinos. En Flumen frigidum, junto a Wipach, tuvo lugar el primer encuentro. La batalla quedó indecisa y Teodosio no quiso retroceder en contra del parecer de sus generales. Poco antes de la batalla decisiva recibió un ofrecimiento de un caudillo enemigo de pasarse a él a cambio del perdón, ofrecimiento que aceptó.

Eusebio cayó en manos de sus soldados que se habían pasado al enemigo y fue muerto por ellos. (Septiembre de 394).

Teodosio único Emperador

Poco después, entraba Teodosio triunfalmente en Milán con San Ambrosio a su lado. Trató con blandura a los vencidos, cosa que le ganó sus corazones.

Pero poco después moría en Milán, en enero de 395. Dejó su imperio a sus hijos: a Honorio, bajo la tutela de San Ambrosio y de Estilicón, Occidente y a Arcadio, Oriente.

Actitud de Teodosia ante el paganismo

Con Teodosio el paganismo recibe el golpe definitivo. Promulgó varias leyes por las que se prohibían los auspicios, se cerraban los templos y se impuso la pena de lesa majestad a los que participaran del culto pagano.

Teodosio ante el arrianismo

Teodosio siempre se mostró favorable a la ortodoxia, hasta el punto de que, habiendo estado enfermo de gravedad, sólo consintió en ser bautizado después de asegurarse de la ortodoxia de Acólón, que le bautizó.

El 28 de febrero de 380 publicó un edicto, en el que, si bien no declaraba expresa su adhesión a la doctrina de la consubstancialidad del Verbo, indica a San Dámaso como sucesor de San Pedro en la predicación de la verdadera fe.

Trabajó activamente para la convocación de un concilio ecuménico y, una vez reunido, con su actitud firme se consiguieron magníficos resultados. Prohibió a los arrianos reunirse en las ciudades y ordenó la devolución de las iglesias a los católicos. A partir de entonces el arrianismo careció de fuerza en el Imperio.

LA LUCHA POR LA ORTODOXIA

DESDE EL «GRANDE Y SANTO SINODO DE LA IGLESIA CATOLICA» EN NICEA HASTA EL SEGUNDO CONCILIO ECUMENICO

A los alumnos del Curso Preuniversitario del Instituto «Jaime Balmes»

LAS DIVISIONES DEL ARRIANISMO

Debilitada la resistencia de muchos obispos por la opresora "protección" de un poder que, al decir de San Hilario de Poitiers, "edificaba iglesias para demoler la fe", los "nicenos" fueron considerados en aquellos años como sectarios y heréticos. Sucesivos concilios de obispos occidentales — en Arlés, Milán y Beziers, de 353 a 356 — suscribieron bajo la presión imperial la condenación de Atanasio y de quienes permanecían en comunión con él. Quienes resistieron fueron desterrados, así Dionisio de Milán, Eusebio de Vercelli, Lucifer de Cagliari, y el gran Osio de Córdoba.

En oriente más que nunca se consideraba en vigor la condenación del gran obispo alejandrino, reiterada tantas veces desde el concilio de Tiro. Atanasio tuvo que huir al desierto, en donde vivió entre los monjes, sus fervorosos y fieles defensores, durante los años de más dura persecución; allí desarrolló una actividad intensa y escribió algunas de sus más importantes obras de polémica antiarriana.

Pero el predominio de que parecía gozar el arrianismo — en un tiempo en que la general claudicación parecía reducir a muy pequeño número el núcleo visible de la "secta nicena" — causó la división abierta entre los diversos sectores de aquél, agrupados hasta entonces bajo las ficciones de la táctica semiarriana.

En los años del emperador Constancio una dramática sucesión de concilios, símbolos y fórmulas doctrinales, marcan las fases diversas de su política religiosa al compás del predominio de las diversas escuelas o partidos. En torno a la corte del teólogo coronado, las cuatro "fórmulas de Sirmium" — Pannonia — marcan las etapas de esta evolución.

La primera fórmula — 351-352 — cuando no estaba todavía debilitada la fuerza que la ortodoxia nicena había cobrado con el apoyo del papa Julio I (337-352) y del emperador Constante, continuaba en la línea que se venía siguiendo desde el concilio de Antioquía en 341; se insistía en la condenación de las herejías sabelianas, de Marcelo de Ancira y de Fotino de Sirmium, y se excluía la fórmula nicena del "homousios" sin afirmar abiertamente las tesis arrianas.

Pero consolidado el poder imperial en manos de Constancio, el arrianismo se manifestó abiertamente, ya en el Pontificado de Liberio (352-366), en la segunda fórmula de Sirmium, obra de Ursacio y Valente (357). Representa la victoria del sector extremo que fue llamado "anomeo"; "el Padre es mayor que el Hijo en dignidad, en gloria y majestad, el Hijo debe ser llamado "no semejante" (anomoios) al Padre, inferior y sometido a Él". Se excluían además expresamente como no escriturísticos los términos "homousios" y "homoiouios".

Se producía así un hecho decisivo para las relaciones ulteriores entre los "semiarrianos" y la ortodoxia nicena: no sólo los nicenos que confesaban la consubstancialidad entre el Verbo y el Padre, sino los arrianos moderados, que afirmaban que el Verbo es "semejante en la esencia" — homoiouios — a Dios Padre, quedaban excluidos de la ortodoxia imperial.

En la complejidad de tendencias doctrinales reveladas al escindirse la alianza que venía combatiendo a Atanasio y a la fe de Nicea, se revelaron las dos corrientes fundamentales que habían confluído en el arrianismo. El "anomeísmo", que insistía en el modo de ser creado y temporal del Verbo, prolongaba el carácter que el arrianismo había recibido de la escuela de Antioquía, por el que puede considerarse, con las salvedades anteriormente formuladas, como una prolongación transformada del error judío y ebionita.

Los "homoiouiosianos" o semiarrianos no aceptaban la terminología nicena, pero tampoco compartían la tesis del carácter temporal y creado del Verbo; Dios es eterna y necesariamente

Padre y el Verbo es la imagen eterna y necesaria del Principio inengendrado. No se trata en el fondo de una atenuación del arrianismo anomeo de raíz antioquena, sino de una corriente doctrinal que tenía su fuente en el neoplatonismo de la tradición teológica derivada de Orígenes, tal como había sido interpretada por Eusebio de Cesarea.

El semiarrianismo propiamente herético concebía en la Trinidad divina la segunda y tercera hipóstasis como diversas y subordinadas a Dios, el Padre. En su visión neoplatónica venían a ser consideradas como grados intermedios en el descenso de lo uno a lo múltiple, del Bien supremo al mundo creado, cuya emanación es también necesaria y eterna.

Escindidos y contrapuestos ambos partidos, los dirigentes semiarrianos se encontraron en la necesidad de adoptar una actitud antiarriana, a diferencia de lo que venía ocurriendo durante tanto tiempo en que la alianza se había mantenido firme por la común posición antinicena.

El principal dirigente del partido "homoiouiosiano", Basilio de Ancira, consiguió poco después del triunfo anomeo suplantarse la influencia de los dirigentes del anomeísmo sobre el emperador Constancio. En 358 la tercera fórmula de Sirmium señaló la victoria de los adversarios del arrianismo extremo en los consejos del emperador. La ortodoxia oficial del imperio cristiano era entonces, por muy breve tiempo, la de que el Verbo es "semejante en la esencia" al Padre. Manteniendo la exclusión del "homousios" niceno, la fórmula de 358, en la que se rechazaban las fórmulas "anomeas" admitía, sin embargo, como las de Antioquía en 341, ser interpretada en sentido auténticamente ortodoxo.

EL «CREDO FECHADO» Y LOS CONCILIOS DE RIMINI Y SELEUCIA

Basilio de Ancira promovió entonces la reunión de un concilio universal del que esperaba la consolidación definitiva de la influencia de su partido. Pero pronto sus adversarios anomeos consiguieron suplantarse a su vez en su influencia sobre el emperador. Con una táctica hábil, sugerida por los adversarios de Basilio de Ancira, Constancio resolvió convocar separadamente el episcopado occidental en Rimini, en la costa italiana del Adriático, y el oriental en Seleucia de Isauria.

La unión de los obispos de ambas partes del imperio, distanciados desde tantos años atrás, podría haber favorecido el acercamiento de los consubstancialistas nicenos — la casi totalidad de los occidentales — y aquellos "homoiouiosianos" cuyo pensamiento era ortodoxo en el fondo, y a los que la rivalidad de escuela y de partido había enfrentado a Atanasio y mantenido en alianza con los arrianos.

El plan de los consejeros del emperador se reveló hábil también en otro aspecto. En muchos concilios occidentales se había experimentado la falta de seguridad del episcopado de occidente en el referente a la sutileza de las fórmulas griegas de los diversos concilios orientales. A la vez que se evitaba la alianza o el acercamiento entre los ortodoxos, se conseguía enfrentar al episcopado occidental ante las cuestiones suscitadas por las fórmulas propuestas por el poder imperial, sin suficientes elementos de juicio. En este punto el éxito de la táctica fue pleno y resonante.

En el momento de la preparación de los concilios de Rimini y Seleucia las necesidades de la política de Constancio y la habilidad de algunos dirigentes arrianos, adversarios de Basilio de Ancira, pero más preocupados por conservar su influencia que por mantener la rigidez de las fórmulas doctrinales, originaron la formación de un tercer partido que desde entonces influyó de modo predominante en la política religiosa de los emperadores arrianos.

Esta nueva táctica se expresó la "cuarta fórmula de Sir-

mium”, que fue conocida con el nombre irónico de “credo fechado”, aludiendo a su encabezamiento.

“La fe católica ha sido expuesta en presencia de Nuestro Señor el piadosísimo y triunfante emperador Constancio Augusto, Eterno, Venerable... el día 11 de las kalendas de junio” (22 de mayo de 359).

El “credo fechado” pretendía formular así la “fe católica”:

“Creemos en un único y verdadero Dios, el Padre todopoderoso Creador del universo.

”Y en un solo Hijo único de Dios, engendrado antes que todos los siglos, antes que toda potencia y todo tiempo concebible, antes que toda substancia imaginable, por quien todos los siglos han sido hechos y creado el universo.

”Único Hijo engendrado del único Padre, es Dios de Dios, semejante al Padre que lo ha engendrado, según las Escrituras; nadie conoce su generación sino el Padre que lo ha engendrado...”

“En cuanto al término «ousia» que los Padres emplearon con sencillez, pero que desconocido por los fieles, les causa escándalo, puesto que no está en la Escritura, ha parecido bien suprimirlo y no mencionar en adelante la “ousia” cuando se trata de Dios. Decimos por lo demás que el Hijo es semejante al Padre en todas las cosas (homoion kata panta) como dicen y enseñan las Santas Escrituras.”

La fórmula “homeana”, es decir que afirmaba la semejanza, con lo que se pretendía abandonar las tesis extremas del arrianismo anomeo, pero excluía con el término “ousia” las fórmulas de Nicea y las de los semiarrianos, se inspiraba en una táctica dirigida a suplantar la influencia “homoiousiana”. El credo fechado ofrecía en su vaguedad la ventaja de ser susceptible de interpretaciones diversas, y con él se pretendía someter a la uniformidad de un credo imperial lo mismo a los ortodoxos nicenos que a los semiarrianos y a los anomeos. A los nicenos se ofrecía a cambio del abandono del “homousios” la expresión [“Dios de Dios” (que el propio Arrio empleaba en un sentido de divinidad participada no propia y verdadera); a los “homoiousianos” se les ofrecía la vaga expresión de “semejante en todas las cosas” a cambio de que abandonasen la fórmula de la “semejanza en la esencia”, que propugnaba Basilio de Ancira y su partido.

Las intrigas de los arrianos políticos y la coacción oficial obtuvieron un éxito sorprendente y paradójico. Los 400 obispos de occidente reunidos en Rímini profesaban en su mayoría la fe y las fórmulas de Nicea y así rechazaron aceptar el credo fechado; pero Valente y Ursacio consiguieron con una maniobra hipócrita que la totalidad de los Padres de Rímini suscribiera finalmente una modificación empeorada de aquel, en que se omitían las palabras “en todas las cosas” al profesar la semejanza entre el Verbo y el Padre.

De este modo la que había de conocerse con el nombre de “fórmula de Rímini” se limitó a afirmar que el Hijo es “semejante a Dios Padre según las Escrituras”. Una parte del episcopado de Rímini no la suscribió sino a condición de añadir explícitamente que “el Hijo no es una criatura”; Valente y Ursacio fingieron transigir con esta modificación a reserva de expresar posteriormente que debía entenderse en el sentido de que el Verbo “no es una criatura como las otras”.

Por su parte los obispos orientales reunidos en Seleucia, en número de 160, se dividieron en cuanto a su actitud ante la fórmula imperial. Muy pocos, casi todos egipcios, pertenecían al grupo niceno; la mayoría la formaban 110 obispos “homoiousianos”. Al principio no se consiguió la aceptación de la fórmula “homeana”, mientras que los mismos “arrianos” se dividían a su vez a propósito de ella. Los “políticos” dirigidos por Acacio de Cesarea — de ahí el nombre de “acacianos” — no sólo la aceptaron sino que completaron su evolución táctica al anatematizar la expresión “anomeios”, juntamente con las fórmulas nicenas y semiarrianas.

Se trataba en el fondo de satisfacer a los adversarios del “anomeísmo” aunque sin abandonar lo substancial del pensamiento arriano. Pero con la nueva táctica el arrianismo primi-

tivo se modificaba en una dirección que le distinguía de los “anomeos intransigentes”. De aquí que se destacaran como partidos distintos los “arrianos” nombre que se reservó para los partidarios del “homeísmo” y los “anomeos” — llamados “eunomianos” del nombre de su principal teórico Eunomio — que se mantenían fieles a la doctrina primitiva del arrianismo.

El “nuevo arrianismo” así constituido como tercer partido llegó a triunfar sobre los obispos reunidos en Selucia por procedimientos semejantes a los empleados en Rímini. Al año siguiente (360) se ratificó en Constantinopla su victoria en un concilio que dio forma definitiva al arrianismo de la “fórmula de Rímini”, que desde entonces gozaría ya con exclusión de los otros partidos del apoyo de Constancio y posteriormente del emperador Valente.

Consecuencia de la victoria del arrianismo político fue pues el ostracismo de los semiarrianos. Macedonio, obispo de Constantinopla, uno de los dirigentes del partido de Basilio de Ancira, fue destituido de su Sede. Le sucedió Eudoxio, hasta entonces obispo de Antioquía, un arriano extremo que se había plegado a las nuevas fórmulas del arrianismo oficial. Desde entonces los “arrianos” es decir, quienes aceptaban las fórmulas “homeanas” de Rímini y Constantinopla, fueron conocidos con el nombre de eudoxianos, mientras que a los “semiarrianos” se les vino a dar posteriormente el nombre de “macedonianos”.

LA «FE DE LOS ORIENTALES» Y LA ACTITUD CONCILIADORA DE LOS «PALEONICENOS»

Después del concilio de Constantinopla del año 360 un edicto imperial imponía a todo el episcopado del imperio la aceptación de los acuerdos de Rímini y del propio concilio constantinopolitano. A excepción del episcopado egipcio la fórmula oficialmente impuesta fue suscrita por la inmensa mayoría.

“Todo el orbe gimió y se admiró de verse arriano” escribió San Jerónimo comentando los acontecimientos de los años 359-360. Pero la providencial coincidencia de diversas circunstancias fueron causa de que la herejía encontrara en su aparente triunfo el principio de su ruina.

La constante modificación de fórmulas y el abuso, por los diversos partidos, de la influencia imperial, desacreditaron a los dirigentes arrianos. Pero se modificó además decisivamente la posición de los semiarrianos al perder su eficacia engañadora las fórmulas intermedias.

Desde el triunfo del partido antinicensio, la herejía había obtenido en oriente conquistas mas aparentes que reales. La táctica semiarriana había conseguido enfrentar a Atanasio y a las fórmulas de Nicea a muchos cuya creencia era en el fondo ortodoxa. Las rivalidades que en tantos órdenes oponían Antioquía a Alejandría, las diferencias terminológicas y de mentalidad habían sido utilizadas para agrupar en la oposición a Atanasio a sectores mucho más amplios que los propiamente heréticos.

El semiarrianismo, entendido en este sentido, es decir como partido y no como doctrina, podría definirse por los solos rasgos de la hostilidad a la persona de Atanasio y la repugnancia al “homousios”. Conexa con tales actitudes estaba la insistente sospecha del peligro de que la terminología de Nicea y las tendencias de los amigos de Atanasio, produjesen el revivir de las herejías de Sabelio y Paulo de Samosata; de aquí la insistencia de la condenación de Marcelo de Ancira y de Fotino de Sirmium.

Dos factores principales producían, en cambio, a partir de 360, el acercamiento entre los semiarrianos “ortodoxos” y los antiguos nicenos. Por una parte los “homoiousianos” se vieron privados del apoyo oficial mientras que encontraron en quienes hasta entonces habían defendido contra ellos la fe de Nicea — los “paleonicenos” como se ha dado en llamarles modernamente — una actitud conciliadora así en las cuestiones personales como en las relativas a la terminología y a la diversidad de fórmulas adoptadas para expresar la fe.

En los momentos del peligroso predominio del arrianismo

la fe de Nicea había encontrado en San Hilario, obispo de Poitiers a partir de 355, a uno de sus más ilustres defensores. El destierro le había llevado a oriente y pudo conocer en los momentos de Selucia la mentalidad y la terminología de los obispos orientales. De aquí que San Hilario "el Atanasio de occidente" se impusiera la tarea de hacer comprender a los ortodoxos occidentales el sentido de las diversas fórmulas que habían tratado de substituir a la de Nicea.

En su obra "De Synodis seu de fide orientalium" escrita en 359, San Hilario se había esforzado en mostrar a los orientales la legitimidad del "homousios", acusado siempre por ellos de significado sabeliano, a la vez que se aplicaba a convencer a los obispos de la Galia y de todo el occidente el sentido ortodoxo en que habían podido ser admitidas por muchos las fórmulas de los concilios de Antioquia —341—, Sirmium —351— y especialmente la "tercera fórmula de Sirmium" que proclama la perfecta semejanza entre el Hijo y el Padre.

La misma actitud adoptó San Atanasio poco después en su tratado titulado también "De Synodis": "los que aceptan todo lo que fue determinado en Nicea, escribe, aunque conversando escrupulos a propósito del término "homousios", no deben ser tratados como enemigos. Yo no los ataco como secuaces de Arrio, ni como adversarios de los Padres; discuto con ellos, como un hermano con hermanos que piensan como nosotros y no difieren sino sobre una palabra".

La generosidad de los heroicos defensores de la ortodoxia tuvo pronto ocasión de prestar a la causa de ésta un servicio decisivo, punto de partida de su completa victoria sobre la herejía arriana.

EL CONCILIO DE ALEJANDRIA DE 362

El fin del reinado de Constancio modificó esencialmente la situación. Liberados de la presión del cesaropapismo, se produjo un retorno de muchos obispos al deseo de la unidad de fe y de comunión.

El problema fundamental que se planteaba a quienes habían permanecido fieles, era el de la actitud a adoptar frente a la gran muchedumbre de los que habían claudicado al aceptar las fórmulas del arrianismo oficial y la condenación de los defensores de la ortodoxia.

San Hilario, comprendiendo que la casi totalidad de los occidentales no se había apartado en el fondo de la fe nicena, y sólo por debilidad o engaño había suscrito la fórmula de Rímíni, mantuvo el criterio —concilio de Paris 360— de no exigir más que la profesión del credo ortodoxo y la repudiación de aquella fórmula: quienes aceptasen serían mantenidos en el lugar que ocupaban en la jerarquía eclesiástica. En poco tiempo la inmensa mayoría del episcopado occidental estaba de nuevo en comunión con el Papa Liberio y con San Atanasio.

El problema era más complejo en Oriente, en donde se había mantenido, desde poco tiempo después del concilio de Nicea, una actitud hostil, concretada en la formulación de nuevos símbolos y en la reiterada ruptura de la comunión eclesiástica con los atanasianos.

Si es cierto que no eran herejes todos los que habían participado en la compleja serie de concilios y de fórmulas de fe, es innegable que un grave cisma, lleno de graves peligros para la ortodoxia, separada a casi todo el episcopado de aquellos países del de Egipto y del Occidente.

Era imposible considerar como mera claudicación el hecho de que Atanasio —calificado en el momento de Sárdica-Philopopolis de criminal herético— y sus partidarios, entre los cuales se contaba nada menos que el Papa San Julio I, hubiera sido tantas veces rechazado. Menos aún podía atribuirse a claudicación el intento de redactar nuevos símbolos más o menos diversos u opuestos al de Nicea.

Para dar a estas cuestiones adecuada solución San Atanasio reunió en 362 un concilio. Aunque sólo unos 21 obispos asistieron a él, representa un acontecimiento de importancia extraordinaria para el triunfo de la ortodoxia en oriente.

Aquella asamblea que fue ya contemporáneamente llamada el "concilio de los Confesores" adoptó con apostólica magnanimidad una actitud fecundante y amplia: sólo se exigiría la deposición de los dirigentes y autores de la herejía. A todos los demás se reconocería su puesto jerárquico con la condición de anatematizar el arrianismo y confesar la fe de Nicea. Para que la profesión de esta fe fuese reconocida como íntegra se establecía como necesario que se reconociese de modo expreso la divinidad del Espíritu Santo.

Desde algunos años antes, en efecto, Atanasio había dirigido su atención a refutar la herejía que negaba al Espíritu Santo la divinidad y la consustancialidad con el Padre y el Hijo. Al tender la mano con actitud conciliadora a los "homoiouianos" se planteaba este punto como cuestión central. Bajo una misma terminología y mentalidad filosófica de ascendencia neoplatónica y origenista, muchos auténticos cristianos habían convivido con otros semiarrianos que substituían el misterio revelado por sus construcciones filosóficas en que la subordinación del Logos y del Espíritu respecto al Padre, reproducía las gradaciones descendentes de los sistemas gnósticos y neoplatónicos.

Cuando el reconocimiento de la posible equivalencia entre las fórmulas nicenas y las "homoiouianas" hubieran podido encubrir el abismo que separaba de la fe cristiana a los semiarrianos heréticos, la negación de la fe en la divinidad del Espíritu Santo era el rasgo que revelaba la herejía. Por esto los "adversarios del Espíritu", tomaron el nombre que sirvió para designar a los semiarrianos, e incluso se consideró sinónimo de este término y el de "pneumatómaco", a pesar de que la negación de la divinidad del Espíritu Santo era compartida por todos los sectores del arrianismo.

Pero el gran confesor que podía dar de sí mismo testimonio de no haber sido perseguido sino por causa de la fe, consiguió que el concilio de los Confesores evitase que diferencias terminológicas interfiriesen con las cuestiones dogmáticas y obstaculizasen la restauración de la unidad de fe y de comunión eclesiástica. Por esto San Atanasio se aplicó apostólicamente a superar todo malentendido, "ateniéndose a las cosas y dejando a cada uno en posesión de las palabras" que preferiera emplear para expresar su fe en el Padre el Hijo y el Espíritu Santo. Pero la comprensión de este punto exige que atendamos al grave acontecimiento contemporáneo que desde 360 contrarrestaba los esfuerzos conciliadores y que retrasó en gran parte sus fecundantes efectos.

EL CISMA DE ANTIOQUIA Y LA QUERRELLA DE LAS TRES HIPOSTASIS

La Sede de Antioquia estaba en poder de los arrianos desde el año 330. El núcleo ortodoxo de la gran metrópoli se había mantenido apartado de sus titulares heréticos y constituido una ferviente comunidad "nicena"; por su fidelidad a la memoria de su antiguo obispo San Eustacio, muerto en el destierro, los ortodoxos de Antioquia fueron conocidos con el nombre de "eustacianos". La situación de los "eustacianos" había resultado clara mientras se trató sólo de mantenerse apartados de los obispos arrianos. Pero en 360 se hizo sumamente compleja; en los tiempos de máximo triunfo del arrianismo de Rímíni fue elegido por influencia de Constancio, como obispo de Antioquia, Melecio, que había suscrito las fórmulas de Rímíni y Constantinopla, y que ocupaba hasta entonces la sede de Sebaste, en donde substituyó a su anterior titular, uno de los dirigentes del semiarrianismo. Para su elección en Antioquia contó con el apoyo de algunos católicos, pero también, desde luego, con el de los representantes del arrianismo oficial entonces triunfante.

La fe de Melecio era, sin embargo, en el fondo ortodoxa, y su lenguaje disgustó muy pronto a los consejeros de Constancio. Un mes después de su elección fue depuesto y desterrado de Antioquia. La fidelidad a la ortodoxia así manifestada ganaron la adhesión a Melecio de muchos ortodoxos de Antioquia.

Pero muchos antiguos eustacianos, se negaron a reconocer su legitimidad y mantuvieron la sospecha de su heterodoxia. Diri-

gido por el presbítero Paulino, el antiguo grupo eustaciano, se mantuvo como un islote paleoníceno en la ciudad de Antioquía. Tal era la situación en el momento del concilio de los Confesores, en el que estuvo representado Paulino. En la carta sinodal dirigida por el concilio a los antioquenos se recomendó a la comunidad que perseveraba bajo su dirección una actitud conciliadora respecto a los melecianos: se les exhortaba a no exigir más que "la fe de Nicea" y a no romper la unidad de comunión por causa de la diversidad de expresiones acerca de la afirmación de una o de tres hipóstasis en Dios.

El concilio de Nicea había anatematizado a quienes afirmaban que el Hijo es "de otra ousia o hipóstasis". La sinonimia de ambos términos parecía así reconocida, y por esto pensaron algunos antiguos nicenos que hablar de tres hipóstasis en Dios implicaba necesariamente la caída en la doctrina condenada.

La traducción literal del término griego "hipóstasis" era el latino "substantia", impuesto en occidente desde Tertuliano para significar la unidad de la esencia divina. Una "substantia, tres Personae". Tal era la terminología occidental. Habida cuenta del anatema de Nicea pudo parecer que la fórmula adecuada para expresar en lengua griega una fe común con la de los occidentales era precisamente la de afirmar una hipóstasis (substantia) y tres "Prosopa" (Personas).

Pero desde el siglo III se había extendido en la Iglesia griega la expresión "tres hipóstasis", con la que se quiso sobre todo mantener una neta reacción frente al modalismo sabeliano.

Pero ya desde los tiempos de Orígenes tal expresión había parecido tomar un sentido de separación y diversidad entre las hipóstasis divinas. Por otra parte el arrianismo se había apoderado de esta terminología como un elemento esencial en la formulación de su doctrina lo que no hizo sino aumentar la prevención con que fue mirada por los occidentales y por los antiguos "nicenos".

Así se explica que los malentendidos se multiplicaran en torno a esta cuestión. Quienes recusaban las tres hipóstasis pretendían combatir el "triteísmo" o el "arrianismo"; para los orientales, por el contrario, la afirmación de una hipóstasis o de una "substantia" parecía una clara recaída en el modalismo sabeliano, sin que se satisficieran por el reconocimiento de tres Personas, o de "tria Prosopa", que creían no significar sino tres aspectos diversos de una sola realidad.

En Sárdica, se había pretendido redactar una nueva fórmula de fe exigiendo la profesión de la unidad de hipóstasis en Dios. El propio Atanasio desaconsejó entonces tan arriesgado paso y en el momento del concilio de Alejandría rechazó de nuevo tal pretensión probablemente expresada allí por los representantes de Lucifer de Cagliari. Atanasio se convenció por el examen del pensamiento de uno y otro sector que una idéntica fe era profesada por todos. De aquí que precisara que no debía pedirse a nadie la aceptación de nuevas fórmulas que hubieran hecho más difícil el retorno de los orientales, acostumbrados a su propia terminología.

El espíritu conciliador del gran Doctor del Verbo Encarnado, llegaba incluso hasta aceptar la ortodoxia de quienes preferían omitir el "homousios", con tal que profesasen creer en la fe definida en Nicea y la expresasen reconociendo que el Verbo es "semejante en la esencia y en todas las cosas a Dios Padre" y que procede de la esencia del Padre.

Esta actitud disgustaba a Lucifer de Cagliari, que ya en 359 había polemizado contra San Hilario de Poitiers. Tal vez se explique por esto que cuando en nombre del concilio alejandrino se dirigió Eusebio de Vercelli a Antioquía, llevando la Carta Sinodal, se encontrase ante el hecho consumado de un grave cisma que agravaba de nuevo la cuestión de la cristianidad antioquena; Lucifer de Cagliari, convencido de la ilegitimidad de Melecio y sospechando de su heterodoxia, había procedido a la ordenación, como obispo de Antioquía, del presbítero Paulino, el dirigente de los "eustacianos".

El cisma local entre los dos obispos Paulino y Melecio había de durar hasta 392; sus repercusiones afectaron a todos los aspectos de las relaciones entre las Iglesias de Oriente y Occi-

dente. En 363, un concilio reunido en Antioquía por Melecio, del que formaban parte muchos obispos de Siria y Asia Menor, y entre ellos caracterizados dirigentes del arrianismo "homeano" dirigió al emperador el católico Joviano, una carta en la que declaraba aceptar el símbolo de Nicea y el término "homousios". Aunque la sinceridad del gesto parece sospechosa por parte de algunos que habían evolucionado tantas veces a tono con la actitud imperial, el hecho señaló la primera victoria del símbolo niceno en aquellos países desde la deposición en el año 330 del obispo San Eustacio.

Atanasio trató personalmente de restaurar la comunión eclesiológica con Melecio, pero el obispo antioqueno no parece haber dado una respuesta satisfactoria ya que el gran obispo alejandrino reconoció entonces abiertamente a Paulino como obispo de Antioquía. Paulino aceptó los acuerdos conciliadores de Alejandría en cuanto a las cuestiones doctrinales y terminológicas; pero la mutua suspicacia alimentada por la rivalidad de ambas comunidades mantuvo constantemente avivada la polémica. Para los paulinianos de Antioquía y para sus partidarios de Egipto y de Occidente — el Papa San Dámaso reconoció en 375 a Paulino — los melecianos eran frecuentemente considerados como simpatizantes de la herejía arriana. Para los melecianos y quienes estaban en favor de la legitimidad de Melecio — la casi totalidad del episcopado oriental — los intransigentes eustacianos de Antioquía eran sospechosos de recaer en el sabelianismo. De este modo la querrela antioquena dificultaba gravemente la superación de las diferencias terminológicas a que habían aspirado los grandes confesores de la fe de Nicea San Atanasio y San Hilario de Poitiers.

LA SUTIL TENTACION DE LA HEREJIA APOLINARISTA

El concilio de Alejandría de 362 hubo de ocuparse también de una polémica doctrinal suscitada en Antioquía acerca de la Encarnación.

El presbítero antioqueno Diodoro, más tarde obispo de Tarso, partidario fiel de Melecio y el más insigne representante en el siglo IV de la escuela antioquena, se enfrentaba con Apolinar de Laodicea, atanasiado ferviente y partidario de Paulino. Sus tendencias y concepciones teológicas se oponían en cuanto al modo de explicar la unión del Verbo con la naturaleza humana.

Diodoro de Tarso tendía hacia la dualidad hasta parecer dividir el Hijo del Hombre, del Hijo de Dios. Apolinar de Laodicea, consciente como San Atanasio de que el Redentor debía ser el mismo Hijo de Dios, llegaba en la exageración de la unidad a confundir en Cristo la naturaleza divina y la humana, y a negar en éste la existencia del alma con entendimiento y voluntad creados.

Precisamente el propio Arrio había caído en análogo error, al afirmar que el Verbo se unía a la carne y sustituía así a la mente humana, de la que Cristo carecía. Pero la perspectiva desde la que el paleoníceno Apolinar llegaba a idéntica interpretación del texto: "el Verbo se hizo carne" era de algún modo diametralmente opuesta. Apolinar pensaba que para restaurar la vida divina en el hombre y redimirlo del pecado, el Hijo de Dios no podía poseer ni unir a sí una mente o espíritu humano, que sería — pensaba — raíz de pecado.

Ante esta grave desviación la respuesta ortodoxa no tenía sino que insistir, con distinto acento, en la misma verdad que contra el arrianismo había servido para vindicar la divinidad del Redentor. "El hijo de Dios se ha hecho *Hombre*, para que el *hombre* fuese divinizado". Lo que no es asumido no es redimido, y puesto que el Hijo de Dios se encarnó por nosotros los hombres y por nuestra salvación, era necesario que se hiciese verdadero Hombre, "en todo semejante a nosotros excepto el pecado".

La sutil tentación de la herejía apolinarista — que está en la raíz de la herejía eutiquiana que en el siglo V había de estallar trágicamente y arrancar del seno de la Iglesia a los cristia-

nos de Egipto y de extensas regiones del Oriente — complicó por extraña manera las relaciones entre los dos grandes sectores que dividía la cuestión del cisma antioqueno. El apolinarismo, por su oposición a Diodoro de Tarso — cuyo discípulo Teodoro de Mopsuesta fue el auténtico autor de la herejía nestoriana que a su vez había de arrancar de la Iglesia a los cristianos de la Siria Oriental, Mesopotamia y Persia — parecía en ocasiones comprometer a los partidarios de Paulino.

La clarividencia de San Atanasio de una parte y posteriormente la advertencia de los grandes doctores de Capadocia, especialmente de San Basilio, contribuyeron a aclarar la grave cuestión doctrinal. La herejía apolinarista fue condenada por el Papa San Dámaso y, a partir de 375, la situación de la Iglesia antioquena se complicaba y aclaraba a la vez con la presencia de tres obispos: los dos ortodoxos Melecio y Paulino, respectivos representantes de los nuevos y de los antiguos nicenos y, Vital, jefe en la gran ciudad del Oriente de la herejía apolinarista.

LA DEFENSA DE LA FE CONTRA LOS «ADVERSARIOS DEL ESPÍRITU»

La fe ortodoxa fue ganando terreno, no obstante las dificultades suscitadas por la querrela de las hipóstasis y la cuestión apolinarista al acercamiento del Oriente respecto a Atanasio y al Pontificado. En 364 comenzó el reinado de Valente en la parte oriental del imperio (364-478) que reanudó violentamente la política arriana de Constancio con el intento tenaz de mantener la vigencia de la fórmula de Rimini.

Pero el arrianismo estaba herido de muerte. La ficción oportunista del "homeísmo" oficial, dividía y esterilizaba su fuerza mientras que los semiarrianos ortodoxos perseguidos por el poder y enfrentados a las fórmulas radicales de los teóricos del anomeísmo no podían ya aliarse a la táctica confusionista que les había mantenido tanto tiempo en posición antinicensa.

En 364 a los pocos meses del reinado de Valente en un concilio reunido en Lampsaco los homoiousianos rechazaron la fórmula de Rimini. Pero Valente rechazó sus acuerdos y prosiguió en su política de apoyo al arrianismo. Los dirigentes semiarrianos pensaron entonces en la necesidad de acudir al "hermano del emperador", es decir a Valentiniano, que regía el Occidente — en donde la fe Nicea había triunfado casi por completo — y al Pontífice Romano Liberio.

Los representantes de 64 obispos orientales "homoiousianos" presentaron a Liberio su profesión de fe, aceptando condenar el arrianismo y admitir el "homoousios". Poco después un Concilio en Tiana de Capadocia, ratificó este acto; se reanudaba así la unidad en la profesión de la fe y la comunión eclesial con Occidente, quebrantadas desde el concilio de Antioquía de 341.

Durante el Pontificado de San Dámaso (366-384) se consolidó de modo definitivo la victoria ortodoxa en Occidente, mientras que la política arriana de Valente encontraba ante sí por parte de la ortodoxia una triunfante resistencia. Al morir San Atanasio en 373 la situación difería radicalmente de la de los años de Constancio. Por eso el gran confesor de la fe, que había pasado en el destierro casi la mitad de su largo pontificado pudo morir en la Sede alejandrina; desde 366 el poder imperial se sintió impotente ante el pueblo cristiano de Egipto para imponer un nuevo destierro.

La acción de los grandes Padres Capadocios, San Basilio — obispo de Cesarea a partir de 370 — y San Gregorio Nacianceno, fue factor importantísimo del nuevo ambiente que conducía al triunfo de la fe ortodoxa. Los dos grandes doctores de la Iglesia griega como también San Gregorio de Nisa, se mueven en la corriente doctrinal derivada de Orígenes; su terminología y el carácter de su teología trinitaria señalan la madurez y apogeo de la Patrística griega.

Su enseñanza pudo penetrar así por modo más connatural en los ambientes y países en que prevalecían los modos tradicio-

nales de la Iglesia oriental en la concepción del misterio trinitario. La fórmula de las tres hipóstasis, con todo lo que en ella se concretaba tuvo en la doctrina de los capadocios los expositos que la aclimataron definitivamente en la teología cristiana.

Si este lenguaje les ponía de algún modo en continuidad con los semiarrianos ortodoxos, la decidida proclamación del "homoousios" y de la unidad de la "ousia" divina, les caracterizó irremediablemente como "nicenos".

Hay que rechazar pues como una falsedad histórica y un absurdo doctrinal la tesis de quienes han pretendido señalar una diferencia substancial entre los Padres Capadocios de una parte y el pensamiento de San Atanasio y San Hilario en los años anteriores a 359, en que iniciaron su aproximación a los orientales "homoiousianos". Ni varió en el fondo la doctrina de Atanasio y San Hilario, ni la de los Doctores Capadocios es distinta de aquélla, sino la misma afirmación del misterio revelado según el cual el Hijo y el Espíritu Santo, realmente distintos de Dios Padre, son un solo Dios con El.

No puede hablarse pues de "neonicenismo" si con este término se pretende aludir a una modificación en la doctrina. Lo que sí sabe reconocer es la diferencia de estilo y de actitud por la que un San Basilio difiere del gran patriarca alejandrino que venía defendiendo heroicamente desde tanto tiempo la fe en la divinidad del Hijo de Dios. San Basilio pertenece por su cultura y por su espíritu a aquel mundo del oriente helénico en donde la crisis arriana se había desarrollado y en donde había encontrado como vigoroso aliado el pensamiento neoplatónico derivado de Orígenes.

San Atanasio pertenecía en el fondo a la misma tradición pero el signo de su vida y la única razón de su grandeza fue su entrega a la pura defensa de la fe. Los grandes Doctores que vinieron en pos de él pudieron emprender la tarea, tan necesaria para superar los prejuicios y deshacer las dificultades acumuladas por tantos años de sutiles polémicas, de elaborar una explicación teológica más perfectamente sistematizada.

Fue sin embargo nada menos que Focio quien escribió: "Quien afirmase que Gregorio el Teólogo (es decir el Nacianceno) y el divino Basilio (de Cesarea) bebieron en los escritos de Atanasio como en su fuente todos los ríos de su luminosa doctrina, haría a mi juicio una comparación verdadera".

Como antes hemos ya indicado, el problema dogmático que aparecía en el centro de la atención, en estos tiempos en que el antiguo arrianismo perdía cada vez más su fuerza y atractivo, era el relativo a la divinidad del Espíritu Santo. Después de San Atanasio, que desde 359 hasta su muerte trabajó en su defensa contra los adversarios del Espíritu, los grandes Doctores Capadocios, con toda la fuerza de su genio y de su fe intervinieron en la admirable polémica en que de nuevo se trataba de mantener la pureza del misterio cristiano y el carácter "divino" de la vida comunicada y restaurada por la Redención.

"Cuando el espíritu de mentira quiso obscurecer — escribió magistralmente el P. Enrique Ramière — con la herejía de Macedonio el dogma de la divinidad del Espíritu Santo, los Doctores que Dios suscitó para combatir esta herejía tomaron sus principales argumentos de la presencia real del espíritu divino en las almas y de los efectos divinos que en ellas obra. ¿Cómo, dicen ellos, uno que no sea Dios podría deificar las almas, hacerlas vivir de la vida divina?"

EL SEGUNDO CONCILIO ECUMENICO

A pesar de la poderosa acción de San Basilio de Cesarea, cuya grandeza domina el Oriente cristiano desde la muerte de Atanasio, no estaban ni mucho menos sanadas las gravísimas heridas producidas por el largo predominio de la herejía y el prolongado cisma, alimentado por la hostilidad a Atanasio.

En algunos casos el acercamiento de los semiarrianos a los "nicenos" dejaba por aclarar la cuestión central de la fe en la divinidad del Espíritu Santo. Así la reconciliación iniciada en

el concilio de Lampsaco y en la embajada al Papa Liberio en 366, había dejado de lado dicha profesión de fe.

La victoria de la ortodoxia fue dificultada además, hasta el fin del reinado de Valente — 378 — por la opresión oficial que mantenía en las principales Sedes a obispos arrianos, lo que contribuía al aislamiento y a la situación confusa de las Iglesias de Oriente; San Basilio reclamaba con apremio la solicitud hacia ellas y la ayuda comprensiva por parte del Pontificado Romano y de los obispos del Occidente y de Egipto.

La cuestión del cisma de Antioquía continuaba interfiriendo no obstante en esta aproximación: Basilio de Cesarea apoyaba decididamente a Melecio mientras que Atanasio y después su sucesor en la sede alejandrina, Pedro, y también el Occidente continuaban defendiendo la legitimidad de Paulino.

La querrela terminológica, que concretaba las diversidades de mentalidad y de tradición, no estaba superada todavía y San Basilio insistía en denunciar en los paulinianos antioquenos la pervivencia de las doctrinas de Marcelo de Ancira, cuya condenación recomendaba a San Dámaso junto con la de la herejía apolinarista.

Un nudo inextricable y complejísimo trababa así la feliz evolución del Oriente y la inteligencia entre los dos mundos enfrentados desde hacía medio siglo. San Basilio murió en 1.º de enero de 379 sin alcanzar a ver restaurada la paz de la Iglesia y la unidad de la fe.

Pero los acontecimientos evolucionaron desde entonces con feliz rapidez. Unificado el imperio en manos de Graciano la Iglesia fue liberada de la opresión del poder arriano y los obispos desterrados, entre ellos Pedro de Alejandría y Melecio de Antioquía pudieron volver a sus sedes.

Gregorio Nacianceno, invitado por los ortodoxos de Constantinopla, oprimidos durante 40 años, hizo resurgir con su predicación en la capital del imperio la fe verdadera en la Trinidad.

Pronto entregó Graciano, en el mismo año 379, el mando del imperio oriental a Teodosio; hombre grande y genial como militar y político, el nuevo Trajano, con la sinceridad de su convicción cristiana y la "recia mano muy española" con que la defendió, hizo triunfar de una vez para siempre la doctrina ortodoxa sobre la Trinidad en la Iglesia bizantina. Apoyando la acción de San Gregorio Nacianceno, desterró el obispo arriano Demófilo y restituyó las iglesias de Constantinopla a los católicos.

Teodosio llevó consigo a la capital del futuro imperio Bizantino un criterio concreto y decisivo para discernir la fe de la herejía: su "Edicto sobre la fe católica" establece que hay que reconocer como fe verdadera "la religión que el Apóstol Pedro enseñó a los romanos y que siguen ahora Dámaso y Pedro, obispo de Alejandría".

Si la alusión, junto al Pontífice Dámaso, a Pedro de Alejandría, parecía insinuar la simpatía del emperador por el partido de Paulino — a quien reconocían Alejandría y Roma — la actividad de Teodosio evolucionó en este punto, y se acogió al hecho real de que la casi totalidad de los ortodoxos de Oriente estaban de parte de Melecio. Esta actitud se manifestó en un momento decisivo para la victoria de la fe de Nicea: el de la convocación del Concilio de la Iglesia Oriental en Constantinopla, que había de ser reconocido posteriormente como el II de los Euménicos.

El concilio de Constantinopla de 381 fue en efecto presidido en sus comienzos por Melecio de Antioquía. En el corto tiempo de su duración — mayo a julio — se puso de manifiesto en la sucesión compleja de sus actuaciones que aquella Asamblea eclesial de obispos orientales era en gran parte heredera de las actitudes y de los problemas que habían agitado aquel siglo IV.

Murió Melecio al poco tiempo de iniciado el Concilio. Se dio entonces la presidencia a San Gregorio Nacianceno, a quien la voluntad del pueblo y la complacencia de Teodosio habían obligado a aceptar la Cátedra Episcopal de Constantinopla. Según el orden tradicional de la prelación entre las grandes Cátedras Patriarcales, la presidencia hubiera correspondido al Pa-

triarca alejandrino, y en su ausencia al de Antioquía. Pero, la muerte de Melecio planteaba precisamente la cuestión del nombramiento de su sucesor, ya que la casi totalidad de los obispos reunidos en Constantinopla se negaban tenazmente a reconocer la legitimidad de Paulino.

San Gregorio Nacianceno invitó al Concilio a resolver la cuestión del cisma antioqueno reconociendo precisamente a Paulino, pero su propuesta levantó una violenta tempestad en que los prejuicios contra el Occidente y contra Alejandría se manifestaron con estridencia. Se dio, pues, un sucesor a Melecio en la persona del presbítero antioqueno Flaviano, lo que prolongó todavía durante algunos años el cisma entre los dos obispos antioquenos.

El fracaso de su intento conciliador de una parte, y la oposición de los obispos egipcios y macedonios — adictos a Occidente — al propio San Gregorio, cuya elevación a la sede de Constantinopla consideraban ilegítima, decidieron al gran Doctor a dimitir la cátedra episcopal y la presidencia del concilio. Esta fue ocupada desde entonces por Nectario, el sucesor de Gregorio Nacianceno en la Sede de Constantinopla; se afirmaba así prácticamente la primacía de la ciudad imperial sobre los patriarcas de Alejandría y Antioquía.

En cuanto a la cuestión doctrinal, para la que había sido principalmente convocado el concilio, se produjo la clara división que separó a los 36 obispos "macedonios" o "pneumatómacos" — el sector herético del semiarrianismo "homoiousiano" — que no se avinieron a confesar la fe en la divinidad del Espíritu Santo.

Después de la separación de los "adversarios del Espíritu" los 150 obispos ortodoxos adoptaron la profesión de fe que conocemos con el nombre de Símbolo "niceno-constantinopolitano"; el mismo que, con la posterior adición del "filioque" en la Iglesia Latina, se ha incorporado a la liturgia de la Misa.

El símbolo no es original del Concilio sino que se encuentra algunos años antes en los escritos de San Epifanio — "Ancoratus" (374) —. Más que una modificación del niceno, parece ser una fórmula bautismal empleada en Jerusalén derivada del símbolo apostólico con características añadidas nicenas, e incluyendo además la profesión explícita en la divinidad del Espíritu Santo, que le daba especial oportunidad en el momento del concilio de Constantinopla: "...Y en el Espíritu Santo, Señor y Vivificante, el que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, el que habló por los Profetas".

Se formularon además en Constantinopla cuatro cánones, el primero de los cuales se refiere también a la cuestión dogmática y a la condenación de las herejías contrarias a la fe ortodoxa.

Su texto refleja expresivamente la tendencia y estado de ánimo de aquella asamblea:

"No rechazar la fe de los 318 Padres reunidos en Nicea de Bitinia, sino que ésta permanezca firme, y anatematizar toda herejía, y en particular la de los "eunomianos" o "anomeos", la de los "arrianos" o "eudoxianos", y la de los "semiarrianos" o "pneumatómacos", y la de los "sabelianos", de los "marcelianos", la de los "fotinianos" y la de los "apolinaristas".

Al tiempo en que se confirmaba la necesidad de que permaneciera firme la fe nicena, y se condenaban las herejías arrianas en sus diversos grados: la de los "anomeos" — que continuaban al propio Arrio y a Eusebio de Nicomedia, obispo de Constantinopla del 338 a 342 — la de los "arrianos" o "eudoxianos" — secuaces del arrianismo político de Constancio y Valente, simbolizado en el nombre de Eudoxio, obispo de Constantinopla de 360 a 370 — y los "semiarrianos", generalmente conocidos con el nombre de Macedonio, obispo de Constantinopla de 342 a 360, parece como si el concilio hubiese querido contrapesar de algún modo la condenación de las doctrinas dominantes durante tanto tiempo en la capital del imperio.

Cuatro herejías situadas en el extremo opuesto al arrianismo eran simultáneamente mencionadas: el "sabelianismo" — que durante tanto tiempo se había creído ver resurgir en el "homousios" niceno —, la de los "marcelianos" — seguidores de Marcelo de Ancira —, la de Fotino de Sirmium — discípulo del propio

ENCUESTA SOBRE EL ARTE SACRO MODERNO

Dentro de esta encuesta, hemos recibido una carta del prestigioso poeta catalán Agustín Esclasans, creador del «sistema ritmológico», quien declara sus reparos ante las audacias del arte más innovador. Agustín Esclasans nos escribe en catalán — la lengua en que ha compuesto su sustanciosa obra poética —. Nos es gratísimo transcribir sus párrafos más destacados, conservando en su emocionada y cálida forma lingüística la expresión poética de un alma creyente que se rebela contra todo arte sacro que no esté impregnado de religión y de mística.

Dice Agustín Esclasans:

Segons l'accepció clàssica, l'arquitectura religiosa és l'art de construir temples, monestirs, sepulcres, i altres edificis de caràcter religiós. No pas magatzems, garatges, cinemes, fàbriques o camps de fútbol. Per tant, un edifici religiós ha d'ésser pensat, concebut, realitzat, elevat a la glòria de Déu. Ara bé: si jo fós Nostre Senyor,¹ puc assegurar-vos que em negaria a viure en la majoria d'edificis religiosos que ara es construeixen. El temple és la "casa de Déu", i en aquesta casa Déu s'hi ha de trobar "com a casa seva", i acompanyat de la família, que són la Verge i tots els Sants. Un temple sense imatges és com una casa sense records ni familiars. No hi ha cap motiu, doncs, per a que a casa nostra tinguem penjats a les parets els retrats dels pares i els fills, i en l'església no pugui haver-hi les imatges de tota la més alta Comunió dels Sants.

La nostra època és tan trista, tan grosserament materialista, tan glacialment socialista, que no té res d'estrany que el poble deixi buides les esglésies, si en elles no troba l'escalf "místic" de família que el seu esperit "religiós" li demana o exigeix. I els culpables d'aquesta fredor col·lectiva són els arquitectes moderns, que s'entretenen fullejant llibres tècnics estrangers, d'arquitectura, sense pensar que un temple és un monument elevat a la glòria de Déu i dels Sants, i que si l'arquitecte no

1 No hay que olvidar que está escribiendo un poeta, y para su objetivo polémico echa mano del lenguaje figurado. Esta idea, que empleada en sentido recto, podría parecer sobradamente audaz, cobra su verdadero sentido cuando la consideramos como tropo, como forma figurada, o como terrible ironía con que se quiere censurar la misma petulancia de los que se atreven a jugar con el arte dedicado al Señor.

Marcelo, y cuyo sistema parecía dar razón a quienes denunciaban en la reacción antiarriana el resurgir del sistema de Paulo de Samosata — y la de los "apolinaristas" — la sutil desviación que, insistiendo en la divinidad del Verbo encarnado destruía la naturaleza humana de Cristo.

En este canon se expresaba, pues, un justo deseo de precisión doctrinal, pero también un espíritu de rivalidad, por el que el concilio de 381 se mantenía en continuidad con toda la serie de concilios antiatanasianos.

También un espíritu de revancha frente a Alejandría y de exaltación de la Iglesia de Constantinopla, inspiraba el famoso canon III: "Al obispo de la Iglesia constantinopolitana le compete tener el primado de honor en la Iglesia, después del obispo de Roma, por ser aquella ciudad la nueva Roma".

Nos encontramos aquí con el primer intento de formular jurídicamente la aspiración de los obispos bizantinos a un "patriarcado ecuménico", elemento fundamental del futuro cisma que separaría la Iglesia bizantina del Pontificado Romano.

Hay que notar que el concilio constantinopolitano de 381 no fue, por su convocación y en el tiempo de su celebración, una asamblea ecuménica. Sólo posteriormente fue reconocida con este carácter a partir del concilio de Calcedonia (451) y de modo definitivo por los Pontífices romanos desde principios del siglo vi. Pero, como precisó el Papa San Gregorio Magno: "La Iglesia Romana no acepta los cánones y los actos de aquel concilio, sino que sólo lo ha recibido en cuanto a lo que en él se definió contra Macedonio".

està saturat de religió, de mística, de teologia, farà un pseudo-art, de llibràs o de manual, però no crearà un nou gran estil religiós digne de la nostra època. El fracàs dels arquitectes actuals, en aquest sentit, és evident. Déu no demana temples "funcionals", sinó refugis "espirituals", on la Comunió dels Fidels pugui viure i conviure.

Demaneu als joves arquitectes actuals menys pedanteria i més religió. Si l'estil d'ara ha d'assemblar-se a les fàbriques, els magatzems, els garatges, els estadis o els cinemes, no necessitem per a res el temple. *En tenim prou amb la interior oració mental.* Jo arribo a sospitar que molts arquitectes moderns comencen per no creure en Déu. Altrament, no es comprendria la fredor, seca i eixuta, lineal i hostil, d'algunes esglésies que es construeixen ara. I ja no parlo de certes imatges abstractes, sintètiques, neoprimitives o contorsionistes dels genis (!) de l'es-cultura moderna. Vivim una època d'entreguerres totalment patològica.

Deia l'Eugeni d'Ors, amb paraules magistrals, que *tot allò que no és tradició és plagiat.* Si destruïm les catedrals antigues, romàniques, gòtiques, barroques, tan belles i nobles com són, en nom d'un estil modern que no és més que la manifestació plàstica de la impotència espiritual de llurs autors, llençarem al foc tota la tradició, i aleshores (com passa ara) haurem de plagiar els estils dels altres països, dels quals no es recordarà ningú dintre d'uns quants anys o de quatre dies. La musa dels artistes actuals té un nom sinistre: IMPOTÈNCIA. Déu és el Ritme dels Ritmes. I la Casa de Déu ha d'ésser la concreció arquitectònica de tots els infinits ritmes de la Naturalesa posats a l'altíssim servei de Déu i de tots els Sants...

La profesión de fe en la divinidad del Espíritu Santo era en efecto algo de importancia central en la definición del misterio revelado. Después de los concilios "Cristológicos" del siglo v, la definición de Constantinopla apareció como el providencial y necesario complemento de la de Nicea, por cuanto en la enseñanza de ambos concilios quedaba íntegramente expresada la fe en la Trinidad divina.

La obra doctrinal del Concilio se había de consolidar definitivamente por la enérgica actuación de Teodosio, a quien el gran Doctor San Gregorio Nacianceno exhortó en ocasión solemne a la represión de la herejía. La fecha de 381 señala, pues, el decisivo acontecimiento del triunfo de la fe ortodoxa sobre la unidad de Dios y la Trinidad de las hipóstasis o personas divinas. El resultado de la larga lucha de San Atanasio, de la fidelidad perseverante de los heroicos confesores de la fe, y de la grandiosa tarea doctrinal de los Doctores capadocios quedaba ya incorporada a la herencia espiritual de la Iglesia de Oriente.

El "segundo concilio ecuménico" está de algún modo en la línea sucesiva de desgraciados actos que llevarían a la separación de las Iglesias, pero de un modo mucho más patente y grandioso constituye la encrucijada en que la Iglesia bizantina entre por los caminos de la "ortodoxia" que había marcado el Grande y Santo Sínodo de la Iglesia Católica en Nicea, y San Atanasio "el Padre de la fe ortodoxa de Cristo".

Francisco CANALS VIDAL
Catedrático de Filosofía del Instituto Jaime Balmes

EL ARTE MODERNO EN SU PROYECCION A LO RELIGIOSO

Concreta y perfilada, como de quien ha meditado hondamente el tema, es la respuesta de nuestro querido suscriptor y amigo Miguel Llosas Serrat-Calvó que a continuación publicamos. Su tarea de centrar el problema, de precisar términos y distinguir conceptos, es, ya de por sí, aún al margen de sus opiniones, una aportación positiva a los fines de esta encuesta.

El arte por el arte.—El hombre no es fin de sí mismo y, por tanto, los actos humanos han de estar supeditados, siquiera de manera remota, a la finalidad misma del hombre; para favorecerla o para conseguirla. Ninguna de las parcelas de la actividad humana es plenamente autónoma, desvinculada de aquella finalidad, y de ahí que la fórmula "el arte por el arte" sea inaceptable. Sería el arte de los sin Dios o sin más Dios que ellos mismos.

El arte religioso.—Si esto puede decirse del arte en general, con más motivo debe ser afirmado del arte religioso, cuyo objeto específico es el de glorificar a Dios, servir para su culto y estimular y favorecer la piedad de los fieles. Por muy artística que sea una obra, no merecerá la calificación de religiosa si desatiende su inmediata finalidad, aunque su tema ocasional, como simple motivo, pueda ser religioso. Y, por la misma causa, un Arquitecto puede idear un templo de gusto refinadísimo, que sea un exponente de arte, pero si, para lograrlo, ha de desatender su finalidad inmediata, la obra, por muy bella que sea, será inhábil, en todo o en parte, para el culto litúrgico.

Objeto de la encuesta.—¿Los cánones o directrices del llamado arte moderno son compatibles con el arte específicamente religioso? Y ¿son incluso recomendables, por reflejar el sentido estético de la actual generación? Ante todo, vayamos por partes:

¿Qué se entiende por "arte moderno"?—Sin determinar en qué consiste, es muy fácil andarse por las ramas y no acertar en el fondo de la cuestión.

En su lato sentido, podría conceptuarse como el que diverge del de ayer. El nuevo con relación al antiguo, cimentado en nuevas directrices estéticas y desvinculado de sistemas formales de vigencia heredada. El arte nuevo (mejor que moderno, para evitar el equívoco) se desentiende de ornatos innecesarios y de cuanto no responda a la función de los elementos y materiales empleados en la obra y a la función humana de la misma. De ahí que, al tratarse de templos, no los organice desde su fachada, sino que desde el interior, buscando, preferentemente, la exigencia de favorecer la liturgia y la máxima participación de los fieles en los actos de la misma. Todo lo restante es secundario y, en muchas ocasiones, inconveniente.

En este aspecto, la diferencia entre el arte de ayer y el de hoy no pasa, casi siempre, de formal o de estilo, ya que son muchos los templos de pasadas épocas que, con arreglo a los materiales y a la técnica de su construcción, venían supeditados a la función de los mismos, sin que se olvidara en su trazado —en lo que aquéllos permitían— la plena finalidad objetiva del edificio, causa de su erección. Y, en este aspecto asimismo, es evidente la conveniencia de adaptarse a las nuevas formas, rehuendo de pautas caducadas y de recargamientos innecesarios que, muchas veces, suenan a pura arqueología, cuando no a simple oropel.

El llamado "arte moderno".—El indicado concepto puede responder a una modalidad del arte nuevo, pero está muy lejos de reflejar la esencia del llamado "arte moderno". Y de ahí que hayamos indicado antes que el nombre podía ser equívoco. Porque la diferencia entre el auténtico arte moderno y cuantos le hayan precedido en el curso de los siglos, no es ya de estilo o formal, sino que afecta a la esencia misma de lo que pueda entenderse como arte. Y creemos muy necesaria alguna referencia a tan importante cuestión, ya que no es frecuente el estudio de la misma.

¿Qué es, entonces, el arte moderno? Si para definir el "quid divinum" del arte, se han propuesto por los más agudos fló-

sofos cien conceptos diversos, más difícil resultaría concretar en unas pocas palabras y de suerte exhaustiva, la naturaleza y el alcance del también llamado, por Ortega y Gasset, el "arte artístico". Mejor será referirnos a alguno de sus caracteres.

El verdadero arte moderno o autónomo es, ante todo, un rompimiento con el pasado y con el mundo sensible. Total y absoluto. No se trata de matices formales, simplemente. El arte moderno no se parece a ningún otro, porque su concepto es contradictorio de los restantes. Las viejas ideas acerca de la emoción estética, desde las épocas más remotas hasta un ayer muy próximo, han sido arrumbadas. Aquellos estupendos estudios del P. Ruiz Amado, publicados en "Razón y Fe", a comienzos de siglo, serían hoy piezas de museo de antigüedades y, con ellos, todos los ensayos acerca de la Filosofía del Arte, como los de Wilkelman, Lessing, Tolstoi, Taine, Spengler y de muchos otros. El único objetivo del arte es la "pureza", de suerte que el arte "puro" condensa, exclusivamente, la actividad artística del hombre, activa y pasiva.

El arte puro.—Radica en una simple relación estética de planos, colores, líneas o sonidos, despojada de todos los elementos que le sean extraños. O sea y para valernos de las palabras de Plinio: "El toque afortunado que sorprende el secreto de la naturaleza y lo fija para siempre", es para los modernos lo que no es arte. Y "el placer de la comparación de la verdad fingida con la real, a través de la visión del artista, y como causa de la contemplación estética, en la cual los sentidos y el entendimiento conspiran en armoniosa alianza a la perfección del conocimiento humano", nada tiene que ver con el arte, contrariamente a lo sustentado por el célebre P. Artega siguiendo las huellas de Aristóteles.

Según los apóstoles del arte moderno, el arte sólo existe en sí mismo y por sí mismo, nutriéndose de su propio ser, causa por la cual la imitación lo corrompe. El placer de la comparación, al verse reflejados en la obra artística nuestra experiencia o nuestros sentimientos, es mero narcisismo. La verdad no entra en la belleza.

Arquitectura moderna.—De ahí que la arquitectura pura —y ya que hablábamos de templos— al quedar independizada del mundo sensible y de las demás artes, haya de prescindir de lo pictórico, de lo plástico, de lo ornamental y de lo simbólico y representativo; de cualquier factor antropomorfo y, en consecuencia, del elemento objetivo o de la función. No es de extrañar, pues, se pugne por eliminar capiteles y columnas —elemento plástico de primer orden— y, con ellos, los perfiles, el ornamento, las estatuas y el decorado que no sea el color de los materiales u otro que les dé más vigor. Incluso las puertas y ventanas que pudieran significar un encuadramiento humano. Para el arte autónomo son vitandas cualesquiera referencias a formas vividas, simbólicas o alegóricas, por ser propias de un arte falso o de una arquitectura parlante. Y, por lo mismo, la representación arquitectural más auténtica son los cubos y los prismas, en los cuales aparecen en su mayor pureza las tres dimensiones del espacio.

No precisa recordar las características puras de las restantes bellas artes. La pintura ha de prescindir, con la representación, de los elementos tectónicos y de los plásticos o sea de la expresión de volúmenes; la plástica o escultura, de los primeros y de los pictóricos, y la música y la poesía de cualquier vivencia o latido humano, ni resonancia de lo sensible.

Como consecuencia, las artes y singularmente las plásticas, después de su último canto de cisne con el impresionismo, han preclitado hacia el cubismo, el fauvismo, el surrealismo y otros

ismos todavía, para quedar absorbidos por el llamado arte abstracto, prescindiendo si la abstracción es o no inherente a cualquiera producción de cualquier tiempo o escuela; el arte que repugna la más mínima significación objetiva y subjetiva, ciñiendo su ideal en romper con la realidad y con el pasado, aun sin tener en cuenta que, desde los orígenes del hombre, los tomó como centro de su contenido. El arte abstracto es un arte deshumanizado, como simple ecuación de planos, colores y líneas que tienen, en sí mismos, su única y exclusiva sustantividad. Nada figuran ni nada representan.

El arte religioso abstracto.—No vendría al caso barruntar cualquier linaje de crítica, ni significar si el ideal del arte puro ha podido ser conseguido. Pesa demasiado el factor humano, para que haya podido escapar totalmente del arte deshumanizado. Ni importa recordar, tampoco, si el arte llamado puro ha periclitado a la pura geometría, a lo heteróclito y a lo monstruoso, o si sólo ha logrado sus éxitos en un aspecto decorativo —arte útil—, como pueden haberlo logrado los caprichos de la naturaleza, las monas pintoras del zoo londinense o el rabo de un asno en un célebre cuadro.

Lo que sí queremos advertir es que, sin tan alocadas ambiciones, a veces con ropaje muy distinto y aún con razones seudomísticas, algunos de los panegiristas del arte moderno, en su proyección a lo religioso, se deslizan —aun sin sospecharlo— a los mismos postulados. A la arquitectura pura le sobra la significación y, paralelamente, se ha dicho que era conveniente evitar en los templos cuanto los pueda distinguir, para sacudirlos de una adherencia histórica. A la propia arquitectura le sobra lo plástico y, a la vez, se ha afirmado la casi necesidad de que desaparezcan las imágenes de los templos y la de remedarlas de suerte semiabstracta, v. gr. con unos hierros retorcidos (como hemos visto más de una vez, al tratarse del imprescindible Crucifijo) o con un mero sentido de albañilería y arquitectura. Sobra lo pictórico, lo simbólico y lo alegórico, y no es de extrañar que algunos templos avanguardistas ofrezcan la frialdad glacial de las capillas protestantes nórdicas —especialmente las finesas— sin ese fervor que muchas veces inspiran las piedras mismas. Y, ni siquiera, sin el más leve calor de humanidad. Igual son capillas que podrían ser almacenes o invernaáculos. El mismo altar tiene aspecto de postizo. Muy claras, muy cómodas, muy limpias... pero el corazón —pequeñez humana!— también necesita de un soporte sensible para elevarse. Se ha pregonado la libertad del arte, sin más fin que sí mismo, y se han proyectado templos sin otro prurito que el de lograr nuevos efectismos por la excentricidad y la extrañeza.

La liturgia, en un todo, es profundamente simbólica y representativa. Y, con la liturgia, cuanto concierne al culto católico, desde la iglesia y los ornamentos, hasta las imágenes y las campanas. De ahí que el arte religioso no pueda apartarse de su significación trascendente: "Ad docendum, ad erudiendum" e, incluso, "ad arguendum in justitia", como decía San Pablo a propósito de las Escrituras. Los templos pertenecen a la arquitectura parlante repugnada por los identificados con el arte puro, y no acertamos a comprender cómo, llevado a unos tales extremos, sin significación ni representación, pueda llenar, cumplidamente, una necesidad religiosa.

Un arte diabólico.—El arte moderno "strictu sensu", en lo que sea puramente decorativo, lleva en su germen todas las

negaciones, comenzando con la del Ser Supremo, y todas las rebeldías. El artista declarado autónomo, se ha convertido en demiurgo o absoluto, en yo omnipotente, capaz de crear la esencia de las cosas y vivir en la bienaventuranza de sus actos puros (!). En su afán de arrebatar a Dios su potencia creadora, comenzó por destruir, con verdadero sadismo, la belleza de las cosas creadas y sus relaciones recíprocas, para acabar distanciándose de lo humano y de la medida, "con sólo aptitud para representar al diablo o al hombre por él poseso, muy escasa para figurar al hombre grande y humano, y ninguna para la representación del santo y del Hombre-Dios", como dice Hans Sedlmayr en una obra recientemente vertida al español.

Será fastidioso para alguien que, en el fondo de toda la problemática humana, palpita una cuestión de orden teológico. El hombre no puede separarse de Dios, aunque quiera. Y la planteada por la moderna revolución del arte, cuyas últimas raíces se entroncan con las de la gran Revolución Francesa, es de orden gravísimo, como advirtió con la autoridad de su sagrada púrpura el fallecido Cardenal Constantini. Quizá pueda servir de orientación un hecho poco comentado: Los más cálidos apoyos para las ultra realizaciones modernistas, proceden de fundaciones (con los dólares que se quiera) de neta inspiración protestante o atea. Ayer, para tranquilizar a los incautos, se hablaba de renovar el arte y de abrirle nuevos horizontes "porque todo estaba ya hecho", no sin mostrar profundo respeto para la labor de otras edades que había merecido el aplauso unánime de las generaciones. Hoy se ha andado un paso más y uno de los pontífices del arte nuevo (Hilla von Rebay, directora del "Museum of non Objective Art", de Nueva York), ha repetido análoga consigna a las de los "sens culotte" de un día, acerca de la necesidad de derribar del centro de las antiguas ciudades, sus catedrales y basílicas, para ser convertidas en rascacielos. Quizá otro día se hable de la necesidad de pegar fuego a todos los museos que no sean de arte abstracto, para que no sean posibles las comparaciones odiosas. La revolución en marcha así puede exigirlo.

Conclusión.—Si las directrices del nuevo arte persiguen los objetivos que indicábamos arriba, que los fieles puedan participar realmente de los actos religiosos, que los templos se organicen desde su interior, sin supeditarlos a su fachada; si se trata de adaptar aquellas directrices aludidas para que las nuevas construcciones sean para la religión y no ésta para aquéllas, bien venido sea el arte nuevo. Pero si de lo que se trata es de que un arte desviado y en su esencia revolucionario y ateo penetre en el santuario, para hacer "tabula rasa" de nuestras más legítimas tradiciones, para romper con el pasado de la Iglesia e infiltrar la frialdad protestante en las conciencias católicas, aun a pretexto de misticismos bienintencionados, jamás. Con razones parecidas causó el jansenismo sus mayores estragos. Y máxime cuando el arte puro es pura entelequia y cuando esplendidas realizaciones modernas, pero de solera cristiana y de gusto exquisito, han aunado perfectamente aquellas nuevas directrices con el fervor de nuestra piedad, sin que sus autores hayan debido sentirse iconoclastas ni revolucionarios. Pero éstos eran católicos a marcha-martillo. Como dijo M. Machado en uno de sus sonetos,

"sólo Dios crea mundos de la nada".

MIGUEL LLOSAS SERRAT-CALVÓ



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Febrero - 1960

GENERAL: El Sínodo Romano para que reflorzca la vida religiosa en Roma.

MISIONAL: La persecución de la Iglesia en China, miembro del Cuerpo Místico.

EL ATLAS LINGÜÍSTICO DE ANDORRA

Entre las disciplinas que se desarrollan con creciente pujanza en las Universidades ocupa un lugar de honor, de prestigio, la Dialectología. Hablar de Dialectología no es sólo referirse a una manía, más o menos erudita, de catalogar voces, analizarlas, partirlas, descomponerlas en sus elementos, volverlas a componer, buscando detrás de todo eso, de la forma y la magia de las palabras, los secretos puramente mecánicos, puramente fonéticos del lenguaje.

La Dialectología tiene un campo bastante más amplio de irradiación. Esta disciplina me evoca en seguida el rumor del río de la Tradición. Si existen asignaturas tradicionales, y aun tradicionalistas, una de estas es la Dialectología. "Del campo al suburbio", se titula una obra de tema sociológico, que ha alcanzado recientemente uno de los más altos galardones literarios, de esos que con tanta abundancia y generosidad prodiga nuestro país.

Creo que se podría escribir sobre el mismo tema, en términos no de sociología, sino de Dialectología, de lengua, de tradición. Sociológica, moralmente, humanamente, el paso del campo al suburbio, de las tierras fecundadas por el trabajo del labrador, a los barrios de chabolas y al humo gris de los pisos cargados de gritos y realquilados, es la destrucción del pueblo y su conversión en masa. Filológicamente, lingüísticamente, el traslado del campo al suburbio, supone arramblar las tradiciones dialectológicas — toda la tradición, en esencia — para adaptarse a la corriente exigida e impuesta por las leyes duras, inhumanas y *standartizadoras* de la vida moderna, de la publicidad.

Desgraciados, podríamos decir parodiando una frase famosa, de los pueblos que olvidan su dialecto. Desgraciados de los hombres, de las sociedades que descuidan la lengua que las acunó.

Sé que, en ocasiones, se habla de fenómeno histórico, de victoria de lo histórico sobre lo que es estrictamente biológico. Pero no hay que olvidar — si se habla, no de historia marxista, sino de historia humana — que ésta debe realizarse sobre hombres, sobre una masa dotada de personalidad, y que ésta desaparece cuando de una manera trivial se despojan los pueblos de lo más vivo y espléndido de su piel.

Estas, y otras, consideraciones, me han danzado en la fantasía abriendo con extremo placer y curiosidad el "Atlas Lingüístico de Andorra" que acaba de publicar el prestigioso filólogo catalán Monseñor Antonio Griera. ¿Qué es un Atlas lingüístico? ¿Un Atlas dialectológico? Nada más mudo, aparentemente, para el que no sabe sentir, y, así, no sabe leer.

Nada más inmóvil, más apagado, para el que ha caído ya en la charca. La charca, claro, del tópico moderno, del tópico de la historia mecanicista, industrial y técnica, donde naufraga a menudo lo mejor del espíritu popular. Sin caer en los excesos del Romanticismo, que llegó a divinizar el concepto de pueblo, no podemos menos que regocijarnos purísimamente cuando ojeamos esta colección de mapas.

Ahora le ha tocado el turno a Andorra, como tiempo atrás, y por empeño del mismo Antonio Griera, lo tuvo Cataluña, y dentro de unos años, cuando se edite el A. P. I., le tocará a toda España — a toda la Península Ibérica —. El mapa de Andorra, se repite, monótonamente, pero armoniosamente, tantas veces cuantas son las palabras, frases o modismos analizados. Son expresiones que nos parecen familiares ya, porque lo mismo que se dice en Andorra lo hemos oído en Lérida o en la Cataluña oriental, o maneras de hablar que nos sorprende, nos chocan, pero nos dejan la luz vaga y nacarada de un ocaso musical lleno de irisaciones de plata.

Nos enteramos que "*abans d'ahir*", existe en el pequeño Principado en la forma "*després ahir*", expresión que puede oírse todavía en Vich. "*L'abeurador*", el "*lo còm*" como en el Pirineo catalán, y por acequia, como en toda la provincia de Lérida, úsase siempre "*segla*". Un mapa se dedica a un menester bien humilde, por cierto; y tanto que se trata sólo de agriarse la leche, y se nos dice cómo se agría la leche en los valles de Andorra.

(Una cosa es que su agrura se produzca, en la realidad, en la naturaleza. Otra, en los labios, en la lengua.) También en el Pirineo catalán existe esta forma. "*La llet s'ha brosat*". Las palabras cambian de forma como una piel que se adaptara al esqueleto espiritual de cada villa, de cada pueblo. Y así, si en Canillo nos hablan del "*agodzil*", en Encamp lo hacen del "*nunsi*" y en Les Escaldes de "*lo mandó*".

El ganso es "*l'ànec*", "*lo canarí*", "*la tirona*" y "*lo tiró*". Una campesina, se asoma al portal, sale a la era, y grita "*tirons, tirons*", convocando a los patos. No puede darse forma más simple de creación de una palabra. La onomatopeya, que debió de ejercer un papel destacado en los orígenes de las lenguas, tiene todavía, en las tierras campesinas, entre los labriegos, su función biológica, creadora.

El arco iris es "*l'arc de Sant Martí*" o "*El Pont de Sant Martí*"; los latidos del corazón, "*els batecs*", "*los trucs*", "*tic-tac*" y "*tic-tac-bat*"; el bigote, "*el bigoti*" o "*el mostatxo*"; el estercolero, "*la callissa*"; Pentecostés, "*Sancojesma*" (de Quinquagesima); rabioso, "*fóra de sí*" y "*enrabiat*" (para el sabio alemán Meyer-Lübke, la palabra *rabia* no era en Cataluña de uso popular, tratándose únicamente de una forma libresca); la lagartija, "*la sagrantana*" y "*la serralla*"...

Así, sencillamente, pero sabrosísimamente, va desfilando ante nosotros toda la magia de la lengua andorrana. Y nada esencial ha sido dejado en olvido, y hasta los apodos, como "*murri*", "*capgrós*", "*morot*", son recogidos en esta colección sazónada y pintoresca.

CRISTIANISMO Y CULTURA POPULAR

Sever Pop, catedrático de la Universidad de Lovaina, dedicó años atrás un estudio, que será de mucha utilidad al aficionado a estos temas, a la vida y a la obra de Monseñor Antonio Griera.

En Monseñor Antonio Griera la vocación sacerdotal, su alta misión cristiana, se ha conjugado dulcemente con su vocación científica. Días atrás, leí en una revista llena de ímpetus juveniles, una carta al Director cuyo autor lamentaba que los sacerdotes no se quemaran únicamente en su misión pastoral, y dedicaran horas y días a tareas científicas y espirituales.

Es posible que el autor de la carta, no hubiera meditado sobre la profunda conjunción que puede existir, a menudo, entre una misión científica y una vocación religiosa y sobrenatural. Con el mismo entusiasmo y la misma fe que ha dedicado al ministerio apostólico, ha podido entregarse Monseñor Griera a defender, y afianzar los valores personales, espirituales, del pueblo.

El naufragio de estos valores, de estas calidades enraizadas, auténticas, de esta historia que brota del mismo corazón de carne de los pueblos, puede suponer el resquebrajamiento de toda una alta tradición religiosa y espiritual. Un pueblo sin corazón, sin personalidad, sin tradiciones, se trueca un poco en una masa amorfa, pueblo sin alma, pueblo que ha dejado de serlo, despojado de los más ricos dones que le deparó la naturaleza, y más inapto, por ende, para recibir con provecho lo sobrenatural.

La sencillez de un empeño, no limita su grandeza. Cuando más sencillo aparece el empeño de un filólogo, como Monseñor Griera, que cuenta entre las obras fundamentales de su vida "*El Atlas lingüístico de Cataluña*" y "*El Tesoro de la lengua catalana*", más noble y más alta es su grandeza y su estimación.

Pero Monseñor Griera ha puesto en esta tarea silenciosa y abnegada, un celo y un entusiasmo que no han conocido depresiones ni declives — sin abatirse ante la adversidad, al contemplar después del 36 la desaparición de sus manuscritos más preciosos. Y es que nuestro filólogo, que a algunos les parecerá dotado de una pintoresca preocupación local, no ha hecho otra cosa que sumarse a la corriente universal de los modernos estudios de la Filología Románica.

Si en Francia, al cabo de unos sesenta años de la publicación del monumental *Atlas linguistique de la France*, de Gillieron, se ha creído necesaria la publicación de atlas lingüísticos regionales (acaba de publicarse el *Atlas Linguistique ethnographique del Lyonnais*, de Monseñor Pierre Gardette, y está avanzada la publicación del *Atlas Linguistique ethnographique de la Gascogne*, de J. Séguy); si en Bélgica se edita y se publica el *Atlas Linguistique de la Wallonie*, preparado por L. Remacle y E. Legróa; si en España es inminente la aparición del *Atlas Linguístico de Andalucía*, debido al profesor Manuel Alvar, es razonable que se publique el *Atlas Linguístico de Andorra*, a los cuarenta años de hechas las encuestas para el *Atlas Linguístico de Cataluña*, troncado, a la mitad de su publicación, y desaparecidos todos los cuadernos de las encuestas, y los manuscritos, por obra de la revolución de 1936.

Este Atlas que se gestó, el verano del año 1957, con ocasión de la celebración de los Cursos de Extensión Cultural que en el Principado dirige Monseñor Grieria, contiene, dentro de la corriente germánica de "*Wörter und Sache*" (palabras y cosas), un rico apéndice sobre las tradiciones andorranas —la "Sagra" de enero, rito de la pena de muerte, etc.— y una valiosa documentación fotográfica que sirve para ponernos en contacto con las formas armoniosas, naturaleza y cultura material, de los valles de aquel país lleno de recuerdos, pero también de vida actual, de innovación, de constante y siempre creciente rumor de novedades.

Francisco SALVÁ MIQUEL

BIBLIOGRAFIA

ANGELUS DOMINI, estudio en colaboración a cargo del Centro de Orientación Pastoral, Ed. Presbyterium, Padua-Roma-Milán, 1959.

Recoge el libro que comentamos diversos trabajos sobre el Angelus y el Ave María, destinados a difundir tan bella tradición popularizada en la Cristiandad Medieval y vivamente recomendada por los Sumos Pontífices y en especial por Juan XXIII, que pidió a todos los fieles del mundo lo rezasen por tres intenciones particulares: por el próximo Concilio Euménico, por el Sínodo Romano y por la puesta al día de la legislación canónica oriental y occidental.

Introduce un capítulo de Mons. Bafle y siguen "El Angelus por la Iglesia del Silencio", del P. Balic, franciscano yugoslavo, secretario de la Academia Mariana Internacional; "Por un retorno al Angelus", del P. Spiazzi, O. P.; "El Angelus" de Mons. Gawlina, presidente de la Federación Mundial de CC. MM.; y "La campana del Angelus", por el Emmo. Cardenal Valeri.

La segunda parte es la sustancial de una tesis presentada al Instituto Universitario Femenino de Estudios Religiosos y Sociales, por una monja ursulina, Sor M. Celide Artioli, bajo la dirección de Mons. Adone Terzariol, sobre la historia del Ave María. En diversos apéndices se encuentran parafrasis líricas del Avemaría, testimonios arqueológicos y abundante bibliografía.

Ilustran la obra magníficas reproducciones de pinturas clásicas y modernas, con lo que el libro se hace doblemente agradable, por su contenido y por su presentación. A. L.

CORNELIU Z. CODREANU, in perspectiva a douazeci de ani. Editura "Libertatea". 1959.

Veinte años se cumplen del asesinato de Corneliu Codreanu, que celebran sus legionarios en el exilio con la edición de la presente obra. Codreanu fue el portaestandarte de su patria en la lucha contra los enemigos de la fe. Y hoy, las palabras de Codreanu resuenan en las catacumbas de la noble nación rumana, destruidas por el comunismo su libertad y las más puras tradiciones patrióticas. La conmemoración de su muerte, señala George Uscatescu, "es la única significación noble que pueden adquirir los aniversarios trágicos en esta hora de terrible soledad moral".

El movimiento que encabezó Codreanu había tomado como

lemas "Dios y la Nación". La doctrina de Codreanu, fragmentos de la cual recoge esta obra, era netamente patriótica. Su concepto de nación englobaba: Todos los rumanos vivos; todas las almas de los rumanos difuntos y las tumbas de los antepasados y todos quienes en el tiempo nacerán rumanos. Y la Nación como tal posee tres patrimonios:

- a) un patrimonio físico y biológico: la carne y la sangre,
- b) un patrimonio material: el suelo de la patria y sus riquezas,
- c) un patrimonio espiritual que comprende:

- 1.º la concepción de Dios, del mundo y de la vida,
- 2.º el honor, tanto mayor cuanto haya puesto en práctica, en su desarrollo histórico, las normas derivadas de su concepto de Dios,
- 3.º la cultura, resultado de su vida, nacida de sus propios esfuerzos, en el dominio del pensamiento y del arte. Esta cultura no es internacional. Existe en función de la lengua nacional y más aún, nacida de la propia carne y de la propia sangre.

Y expone Codreanu sobre este particular una comparación: el trigo y el pan pueden ser internacionales en cuanto artículos de consumición, pero llevarán siempre la impronta de la tierra que los ha producido. Los tres patrimonios de la nación tienen importancia, pero sobre todo el patrimonio espiritual, porque es el solo que subsiste a través de los siglos y lleva la marca de la eternidad.

La doctrina de Codreanu es una doctrina de esperanza. Que la sangre derramada generosamente por él, hace ya veinte años, fructifique y libere a la nación rumana de la tiranía que la oprime. A. L.

PIO XII, Ed. Presbyterium, Roma-Padua-Milán, 1959.

La Editorial Presbyterium, a través de su colección "Quaderni del clero", rinde homenaje a la figura del Pontífice extinto, maestro durante casi veinte años y Padre Universal. Reúne el libro diversos trabajos.

El P. Raimundo Spiazzi, O. P., trata sobre la doctrina espiritual de Pío XII, abriendo el libro y sobre "Pío XII y la evangelización del mundo moderno" y "La herencia apostólica de Pío XII", concluyéndolo.

La doctrina social es estudiada por el Cardenal Lercaro, la Liturgia por el P. Bugnini, C. M., Mons. Fernando Baldelli titula su trabajo "El Papa de la caridad". Y Mons. Alberto Giovanetti nos habla de Pío XII y la Iglesia Perseguida. Sobre el movimiento obrero italiano trata Mons. Luis Civardi.

El magisterio de Pío XII arroja luz sobre innumerables problemas de dogma, de moral y de espiritualidad cristiana. Indudablemente el estudio a fondo de su doctrina haría necesarios varios volúmenes. El fin de este libro es ofrecer diversos panoramas sobre los que se volcó su magisterio y su actividad apostólica. A. L.

JUAN XXIII, Angelo Giuseppe Roncalli, por Andrea Lazzarini. Barcelona. Ed. Herder, 1959.

Juan XXIII de Andrea Lazzarini ha aparecido simultáneamente en diversos países a raíz de la elección del Cardenal Roncalli al Supremo Pontificado. El autor conoce indudablemente a fondo la figura y la persona del Papa, como nos lo demuestran las numerosas y documentadas notas de que está salpicada la obra.

Andrea Lazzarini ha expuesto un esbozo de la figura de Juan XXIII que probablemente, sin urgirlo el tiempo, hubiera cristalizado en una espléndida biografía. A pesar de ello la obra es excelente y sólo plácemes merece el autor y la editorial que la ha lanzado al público.

A lo largo de nueve capítulos y algunos apéndices desfila ante nosotros la bondadosa persona del Nuncio en Bulgaria, Grecia, Turquía y Francia, del Cardenal Roncalli, del Patriarca de Venecia.

Recomendamos vivamente la lectura de esta obra a nuestros suscriptores. A. L.

PAÑOS MARCET

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA Y ESTAMBRE
SELECTAS NOVEDADES EN PAÑERIA

General Mola, 24 - TARRASA - Teléfono 2219

TRINXET

SOCIEDAD ANONIMA

FABRICA DE TEJIDOS DE ALGODON

Cien años de calidad

Vía Layetana, 97 - Teléfonos 22 87 51 - 21 04 11 - BARCELONA

Juan Piera, S. A.

ALAMBRES Y DERIVADOS

TREFILERIA Y LAMINACION

DE ALAMBRES DE HIERRO Y ACERO EN TODOS LOS PERFILES
Y PARA TODAS LAS APLICACIONES

Oficinas: Tenor Massini, 61 - Teléfono 39 27 10 - Fábrica: Rosés, 10 al 24

B A R C E L O N A